MARIANA ENRIQUEZ

Cómo desaparecer completamente



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Cómo desaparecer completamente
Créditos

Para Georgina Rôo

Because once you've got a scar on your face or your heart, it's only a matter of time before someone gives you another.

NICK CAVE
And the Ass Saw the Angel

I want to walk in the snow and not leave a footprint.

RICHEY JAMES EDWARDS

Matías cerró la puerta y subió el volumen de la radio. No soportaba más los gritos de su hermana en la habitación de al lado, y mucho menos esa forma que tenía Lucía de calmarla, en voz baja, como si no quisiera despertar a alguien o molestar a los vecinos. Mamá debería estar ahí, pensó, haciendo callar a su hija, pero sin embargo estaba en la casa de atrás, haciéndose la tonta.

¿Era posible que no la escuchara? A lo mejor. Las dos casas estaban separadas por un patio interno, y la del fondo, donde Mamá se había quedado después del desastre, era silenciosa como si perteneciera a un mundo diferente. Además, Mamá se tomaba temprano las pastillas y se dormía con la boca abierta, gorda y enorme sobre la cama. En la mesa de luz también tenía una radio, y la dejaba toda la noche encendida. La última vez que Matías la había ido a buscar, harto y enojado porque su hermana Carla aullaba desde hacía horas y las palabras de Lucía no servían para nada, la encontró desparramada boca abajo, babeando sobre la almohada. La radio aullaba: «Mañana será igual, historia sin final. ¡Me amas y me dejas! ¡Me amas y me dejas!». Quiso matarla. Pensó en buscar un cuchillo y clavárselo en el cuello. Pero solo la observó un rato largo, temblando de desprecio, y cruzó el patio de vuelta a la casa de adelante.

Con la puerta cerrada y la música más fuerte que los gritos, Matías sacó de la caja que guardaba debajo de la cama las dos únicas cartas que había enviado su hermano Cristian desde Barcelona. Eran muy breves. En la primera, un poco más larga que la otra, mandaba besos para él y para Carla, y decía que estaba bien. Pero no ponía remitente y aclaraba que todavía no tenía dirección fija; unos chicos le estaban prestando una pieza bastante grande hasta que pudiera alquilar. La segunda era casi un telegrama. Y después, silencio.

Matías no sabía dónde estaba su hermano, no podía escribirle, no tenía forma de contarle lo que había pasado. Le había preguntado a Rafael, el mejor amigo de Cristian, si sabía algo. Pero Rafael había dicho que no. «Está borrado, el hijo de puta. Hace no sé cuánto que no me manda ni un mail.» Matías no le había creído del todo, a pesar de que Rafael parecía un poco enojado con Cristian. Su hermano era raro. A lo mejor no aparecía nunca más.

¿Le había dejado los cuadernos por eso, porque no iba a volver? Matías los guardaba en la misma caja con las cartas, y cuando salía, si usaba la mochila, llevaba alguno con él. Eran tres en total. Hojas y hojas en la letra nerviosa y desprolija de su hermano, cuadernos rayados, uno escrito hasta la mitad, otro lleno hasta las contratapas, sin anotaciones al margen, frases sueltas, diálogos, casi sin tachones, sin relación, sin ningún motivo. Matías recordaba que su hermano escribía a cualquier hora, en casa, y dejaba los cuadernos al alcance de cualquiera. Una vez le había preguntado para qué y por qué. Cristian le había dicho que le gustaba hacerlo. Y Matías lo conocía lo suficiente para saber que, si no quería decir más, jamás conseguiría una explicación mejor. Eran lo único que le había dejado cuando se fue. Ni siquiera se los dio en la mano. Los dejó sobre la cama, con una notita que decía «para vos, Mati».

Abrió uno de los cuadernos en cualquier parte. «Ayer enterré a mi vieja. ¿Sabés por qué estoy tranquilo? Porque en el hospital se desesperaba por respirar, pero en el cajón estaba tranquila. En paz. Chau, se acabó» (Gerardo, ayer a la tarde). Qué Gerardo sería, pensaba Matías. Seguro que el gasista gritón, un insoportable que siempre tenía algo para contar sobre su hija contadora. Cristian se hacía amigo de gente común y, por algún motivo, lograba que a ellos no les importara que le temblaran tanto las manos, o que tuviera la cabeza medio rapada, los escasos pelos parados y el cráneo asomando entre los mechones rubios, aquí y allá. Podía hablar con ellos durante horas y sonreía (tan rara la sonrisa radiante en esa cara demacrada). La sonrisa lo hacía parecer... bueno, pensaba Matías. Buen tipo. Una tarde había visto a su hermano desde lejos, con su risa áspera y el cigarrillo cerca de la boca, y había pensado «qué macanudo es mi hermano». Hablaba con un señor que tenía

un puesto de sandías en la feria del barrio, un hombre que llevaba una luna tatuada con tinta azul en el antebrazo (un tatuaje tumbero, pensaba Matías). Hablaba con la Gorda Suárez, o por lo menos la saludaba con una sonrisa. Hablaba con el panadero pelado, que siempre le fiaba. Esa gente pensaba que Cristian era joven y rebelde, y que por eso se arruinaba el pelo así. Era extraño, porque a cualquier otro que tuviera la apariencia de Cristian lo habrían tratado de puto y drogadicto, pero con él era distinto. A lo mejor porque lo conocían de chico, o porque Cristian no se hacía el loco; Matías no podía entender cómo su hermano conseguía que toda esa gente dejara de ser prejuiciosa y jodida, aunque fuese por un rato. Le parecía increíble.

Cristian nunca le había sonreído a Matías como al señor del puesto de sandías. Nunca hablaba con él. Y apenas lo hacía con Carla, o con Mamá, y sabía que jamás le dirigía la palabra a Papá. A veces Matías lo miraba y se mojaba los labios porque quería decirle algo, o lo seguía con la mirada, pero Cristian nada, era otra persona en la casa. Por eso no era tan raro que no supieran dónde estaba. Seguro que no los extrañaba. Matías se enfurecía cuando pensaba en eso, porque él sí lo extrañaba, y lo quería. A lo mejor, si volvía y si pasaba un tiempo, si Matías, por ejemplo, se animaba a hablarle de verdad y decirle cosas (¿qué cosas? Algo, lo que saliera), si se atrevía, Cristian le sonreiría como al del puesto de sandías. Porque esa tarde en la feria, de lejos, Matías había visto que los pelos parados y rubios de su hermano no eran amenazantes si se reía, y que tenía los dientes blanquísimos y sanos a pesar de que fumaba un montón, y que movía mucho las manos al hablar, como explicando cosas que Matías no podía imaginar porque en casa las manos de Cristian temblaban siempre, o descansaban nerviosas sobre sus rodillas.

Matías se dio vuelta en la cama, cerró el cuaderno y apagó el velador. Tenía sueño, pero le dolía la espalda otra vez.

Matías se acordaba de que, cuando era chico, el barrio era distinto. Estaban las casas bajas, donde él vivía, y, cruzando la avenida, los monoblocks. Detrás de los edificios, había solamente terrenos baldíos; a veces se podía jugar al fútbol ahí pero era bastante arriesgado porque estaban las lagunas (no eran lagunas de verdad, eran una especie de pozos grandes llenos de agua, con pastos y juncos alrededor, muy profundos), la pelota caía ahí seguido y además estaba prohibido acercarse porque algunos chicos se habían ahogado, hacía mucho. Pero desde hacía unos cuantos años mucha gente se estaba mudando a los terrenos y se había formado una villa. Por ejemplo, antes, se daba cuenta, nadie pensaba que su barrio era peligroso. Era medio grasa y pobre, pero nada más. Ahora todos le decían que era peligroso, los chicos no jugaban más en la calle y la gente se metía adentro temprano. Antes se quedaban en la puerta hasta tarde, sentados en sillas en la vereda, tomando mate o charlando; ahora ya no pasaba eso. Habían enrejado casi todas las ventanas que daban a la calle. El barrio parecía una cárcel. Decían que ni la Policía se metía en la villa y que ahora hasta los monoblocks, que tenían una placita en el medio con juegos para los chicos, la única del barrio, estaban llenos de delincuentes. A Matías nunca le había pasado nada, sin embargo. Una vez sola le habían robado la bicicleta, pero sin tirar un tiro, él la había dejado afuera de la rotisería sin candado, y era obvio que se la iban a chorear. Y le daba asco porque en el barrio se la pasaban todo el tiempo diciendo que en la villa eran todos chorros y negros, pero la verdad era que ni los conocían. Él había hablado un par de veces con los chicos del carrito que juntaban botellas, cartón y porquerías, y le habían parecido comunes, solo que no tenían trabajo y eran medio bravos. Y él tenía derecho a tener prejuicios, porque después de todo unos tipos de la villa habían matado a su cuñado, el Tigre. Pero eso, como decía Rafael, no tenía nada que ver con la villa: al Tigre lo iban a bajar tarde o temprano porque se la venía buscando bien buscada desde hacía años.

Matías conocía al Tigre desde antes de que fuera su cuñado. Era amigo de sus hermanos mayores desde chico. Pero nunca había llegado a quererlo. Lo envidiaba un poco, eso sí. El Tigre parecía

vivir en el kiosco de Rafael; estaba siempre sentado en la puerta tomando cerveza, y todos los pibes del barrio que pasaban lo saludaban con una mezcla de euforia y respeto. Desde ese trono de rey suburbano había enamorado a Carla, y le había costado bastante. Carla lo había vuelto loco: sabía que, aunque no era la más linda del barrio, era la más deseada solo porque el Tigre estaba enamorado de ella. Él salía y se acostaba con todas las otras, las morochas de labios gruesos y caderas aprisionadas en los jeans, las tanas de ojos claros y padres estrictos, las altas y delgadas que trabajaban como promotoras en el shopping los fines de semana. Pero se moría por la Rusita –así le decían a Carla–, esa chica que probaba todo lo que le daban, cualquier droga, cualquier trago, cualquier boliche, cualquier tipo. Esa chica que, cuando Rafael subía la radio porque pasaban a los Rolling Stones, bailaba en la vereda con los pantalones tiro bajo que dejaban ver una rosa tatuada sobre el hueso de la cadera, tomando cerveza del pico. Carla tenía el pelo larguísimo, rubio, y cuando se lo ataba en una alta cola de caballo, su rostro desnudo, siempre sin maquillaje, se iluminaba. Esos atardeceres de verano, cuando bailaba borracha con la panza al aire, parecía la chica más linda del mundo. Nunca rechazaba a los que la invitaban a salir, a pasear en auto, a dar una vuelta manzana. Pero cuando se iba del kiosco con otro, saludaba al Tigre con un beso húmedo, y le sonreía. Él sabía que era cuestión de tiempo, y esperó.

Matías no había estado presente la noche cuando el Tigre dejó de ser el amigo de la infancia de su hermana para ser el hombre de su vida, pero los había visto juntos una noche en la Sociedad de Fomento del barrio tan contentos que ahora siempre trataba de recordarlos así. Esas fiestas que los vecinos hacían en la Sociedad de Fomento era otra de las cosas que el barrio había perdido. Todos se emborrachaban y había que aguantarlos contando anécdotas repetidas, pero igual no eran fiestas aburridas. Tomaban como bestias en el barrio, y la entrada costaba solo un peso. Cantaban zambas y tangos, pero era divertido, porque las mujeres aparecían con unos peinados rarísimos de peluquería, y hasta usaban vestidos brillantes, como si fuera una velada de gala. Sobre un escenario improvisado –apenas unos tablones– Gerardo el gasista anunció que

iba a cantar «Calle angosta» y de repente Matías vio que el Tigre se ponía romántico y le cantaba a Carla, y ella se reía pero también estaba emocionada. Y el Tigre le acarició la mejilla y le dijo, bajito, «cómo podés ser tan hermosa, hija de puta». Matías había podido leerle los labios, siempre los miraba cuando ellos no podían verlo. Cuando el Tigre terminó la serenata se rió, de pelotudo y enamorado que estaba. Y Matías no podía olvidarse de él esa noche, el Tigre, diecinueve años, remera cortita y pelo grasoso, ojos chiquitos y brillantes cantándole «Calle angosta» a Carla. Se la había llevado a algún pasillo para besarla y tocarla con las guitarras de fondo, con los vecinos desafinando a los gritos. A Matías le pareció que todo era hermoso, que iban a estar bien, que todo se iba a arreglar, algún día.

Poco después, el Tigre se mudó a la casa de adelante. Papá la había construido sobre un terreno que antes era un patio a la calle, muy grande, para que viviera ahí el hijo que se casara primero. Carla y el Tigre nunca se habían casado, pero daba igual. A Mamá nunca le había gustado el Tigre –lo llamaba «delincuente prontuariado»–, pero reconocía que era el único capaz de dominar a su hija. Así que Mamá, Papá, Cristian y Matías se habían quedado con la silenciosa y grande casa de atrás, donde habían vivido siempre. Matías la odiaba. Odiaba las paredes demasiado altas con humedad cerca del techo, el baño chico, sin bañera, con el inodoro manchado de sarro, la cocina siempre fría porque daba al patio, y tampoco le gustaba ese patio, mitad de baldosas, mitad de tierra, con yuyos crecidos en las macetas porque Mamá jamás podía hacer crecer una sola planta; odiaba su habitación al lado del lavadero y escuchar toda la noche la canilla que goteaba, y el living comedor con sus muebles viejos, de fórmica, y la mesa inestable porque nadie nunca se molestaba en poner unas monedas bajo la pata más corta para que dejara de moverse. Por eso se la pasaba en casa de Carla y el Tigre; los visitaba ni bien ellos se levantaban, siempre después de las dos de la tarde, y miraba callado cómo su cuñado armaba papeles de cocaína en paquetes, o repartía el dinero ganado cada tarde entre él y Javier, su socio.

Cristian nunca los visitaba. Le decía «el Bocón» al Tigre. Por algún

motivo que Matías no conocía, ya no eran amigos. Cristian ni siquiera le compraba drogas. Rafael sí, y se quedaba muchas noches hasta tarde en la casa, hablando enloquecido frente al plato que, cada tanto, calentaba en una hornalla de la cocina, para que la cocaína no quedara pegoteada. En ese comedor, Matías había escuchado las interminables historias del Tigre. Sobre la cárcel –había estado preso unos meses a los dieciocho–, sobre tal movida, aquella merca buenísima que por pura suerte había conseguido, aquel cliente enfermo que lo llamaba tres veces por noche. Había visto cómo dividían el negocio con Javier, y cómo el Tigre siempre se las arreglaba para quedarse con la mejor parte. El Tigre siempre le acariciaba la cabeza al pasar, como si Matías fuera una mascota. Lo mandaba a comprar cigarrillos y cerveza de madrugada. No lo consideraba un testigo peligroso, y a veces lo invitaba a dar una vuelta por el Centro en un auto robado que abandonaba por ahí esa misma noche. Siempre con Carla, claro: ella iba en el asiento de adelante, y en cada luz roja besaba al Tigre hasta que las bocinas furiosas les avisaban que el semáforo ya estaba en verde. Cuando Cristian se enteraba de que su hermanito había pasado la noche sobre un auto robado, le hacía escándalos a Carla, y ella lo trataba de cagón, de pacato, de policía. Así que, al final, se había desentendido del asunto. Jódanse, les había dicho. Pero nunca le había pedido a Matías que evitara esas escapadas. Ya no le hablaba.

Las cosas no cambiaron mucho cuando Carla quedó embarazada. Ella siguió yendo al kiosco de la esquina, siguió ayudando al Tigre con su negocio, lo acompañaba en los repartos que hacían en moto. Solamente dejó la cocaína y los cigarrillos. No le tenía miedo a nada. Cuando rompió bolsa, de madrugada, ni siquiera avisó a la familia, aunque solo tenía que cruzar el patio hasta la casa de atrás. Se fue con el Tigre al hospital en un remís y llamaron desde ahí a la mañana, cuando el bebé ya había nacido. Lo anotaron como Juan Pedro, y organizaron una fiesta de dos días en la casa; Mamá se ocupó del recién nacido mientras los padres y amigos se emborrachaban. A Carla nunca se le ocurría que las cosas podían salir mal. Y de pronto todo había salido mal, de golpe. Era comprensible que se volviera loca.

A Matías lo había sorprendido la muerte del Tigre. Sabía que era descuidado, pero también creía que era invulnerable. Como máximo, imaginaba que podía caer preso otra vez, pero jamás que podían asesinarlo. No entendía bien por qué había pasado. Solo sabía que, por culpa de la muerte del Tigre, su hermano había decidido irse a Europa. Y los odiaba a los dos por eso.

Matías se levantó de la cama, la espalda dolía demasiado. Como hacía siempre cuando no podía dormir, se sentó en el sillón del comedor y encendió el televisor. Carla ya se había dormido, y también Lucía. Desde donde estaba, podía ver que la luz estaba apagada en las dos piezas. Se había mudado definitivamente a la casa de su hermana hacía dos meses, porque ya no podía soportar más a Mamá, la vaca, siempre llorando por los rincones porque Papá la había dejado, el hijo de puta de Papá. Su habitación era en realidad el garaje, y todavía dormía cerca de la moto del Tigre, que nadie se había atrevido a vender a pesar de que necesitaban plata, qué duda cabía. Lucía dormía en la habitación que había sido de Juan Pedro; ahora el nene vivía con Mamá en la casa de atrás, cosa que a Matías le parecía un desastre, pero era mejor que viviera con su abuela loca y no con su madre deforme, su tío adolescente y una chica buena, pero sobrepasada de trabajo. Carla se había quedado en su pieza, la que antes compartía con el Tigre. El piso del living todavía era de cemento, el del baño también. Samuel, el albañil, no había podido terminarlo. Otro muertito más, pensó Matías, y se mordió el labio de abajo.

Samuel era paraguayo, uno de los primeros que había llegado a la villa. En esa época Papá estaba construyendo la casa de adelante. Pero no tenía mucha idea de construcción, y Samuel se ofreció a ayudarlo, por poca plata, a cambio de que lo invitara a comer. Después, como trabajaba bien, edificó un montón de habitaciones y pisos de arriba en el barrio. La gente le decía que tenía que irse de la villa, pero como era extranjero no podía alquilar. En la villa,

Samuel puso una especie de almacén, pero, contaba, lo único que vendía era vino y también un mezcladito con jugo de naranja que metía en damajuanas. Al principio le fue bien, pero una vez lo asaltaron y tuvo que poner rejas. Después no hubo más problemas, por un tiempo.

Rafael y Cristian se hicieron amigos de Samuel, y siempre lo invitaban a jugar al fútbol. Rafael decía que el paragua era un arquero del carajo. Una tarde, después del partido, a Samuel se le ocurrió una idea: organizar partidos con los de la villa los domingos, en una canchita que había quedado entre las casillas, lejos del agua: ahí no había peligro de que alguien se cayera al estanque ni de perder la pelota. Rafael se entusiasmó, y se le ocurrió organizar campeonatos y hacer choripán. La idea era juntar plata en el barrio, comprar los chorizos y llevar una banda de rock, amigos suyos, a tocar. Matías era chico pero se acordaba de que los recitales y la choriceada eran divertidos. Samuel quería que se empezara a cobrar en los recitales y en los partidos. No con plata: con comida o materiales o cosas para los chicos. Hasta hablaron de poner un comedor: ese era el objetivo a largo plazo.

Pero todo se acabó cuando una noche Samuel no quiso fiarles vino a unos tipos que se calentaron y lo mataron a tiros. Rafael se enojó y se puso triste y dijo que al final eran de verdad unos negros de mierda. Él conocía a los que habían matado a Samuel, pero no los denunció. Dijo que Samuel se lo había buscado, porque no podía pretender que le pagaran esos chabones que estaban hechos mierda, no tenían laburo, venían de pedir todo el día en el Centro, venían repuestos de pasta y vino de cuarta, había que entenderlos porque estaban como locos. Pero a él, decía Rafael, no le daba más la cabeza. Que se hiciera cargo otro con más pelotas o con más amor al prójimo. No podía arreglar las cosas. Que se fueran a la mierda. Hablaban siempre de eso con Cristian. Que estaba todo bien con los de la villa, pero no se podía hacer nada. De última, ellos también estaban hechos mierda. Ahí habían empezado a hablar de irse. Pero recién decidieron que no quedaba otra cuando lo mataron al Tigre. Cristian lo había logrado. Rafael estaba juntando plata desde hacía un tiempo, y se iba a ir pronto. Allá Cristian había

conseguido trabajo enseguida y le decía a Rafael que se comprara el pasaje, que había trabajo para él también, de lo que quisiera, y bien pagado. Que la ciudad era hermosa y estaba llena de argentinos. Rafael juntaba plata como loco atendiendo el kiosco y además trabajando como remisero, pero apenas alcanzaba a guardar unos pocos pesos. Matías se sentía mal porque, en el fondo, le alegraba que Rafael no pudiera ahorrar. No quería que se fuera. No podía quedarse solo.

¿Le gustó alguna vez?

Matías pensaba eso cuando ya no le interesaba la televisión a las cuatro de la mañana. ¿Por qué la tele era tan aburrida a esa hora? No lo entendía, porque si alguien mira tele a esa hora es porque no se puede dormir, y si no se puede dormir es porque tiene mucho en que pensar y no quiere pensar ni un poco. Alguien tenía que darse cuenta de eso y poner programas buenos para todos los infelices como él que no se podían dormir. Lo único más o menos entretenido eran esos programas tipo propagandas, en los que vendían cosas. Siempre los miraba.

Pero ¿le gustó?

Estaban bastante buenos esos cuchillos que cortaban todo. Cortaban fierro, tomates, milanesas finitas. Y otros aparatos cortaban en espiral, dejaban los pepinos como serpentinas y los zapallitos como estrellas de mar. A la gente le encantaban. Decían ¡oh! y se miraban asombrados. A veces aplaudían. Una vez, Matías había discado el número de la empresa de compras telefónicas para averiguar si era cierto eso de que se podía llamar a cualquier hora. Era cierto. Cortó, avergonzado por su desconfianza. Después se lo contó a todos, pero a nadie le pareció interesante. Seguramente porque era todo carísimo y no podían comprar nada. Lo mismo pasaba con los números de líneas eróticas en vivo, o los de las putas del diario. Siempre contestaban. A veces había que esperar, pero tarde o temprano alguien levantaba el tubo.

Pero ¿le había gustado o no estar con Papá?

El canal de documentales a veces estaba bueno. Le gustaban muchos los programas especiales sobre castillos, por ejemplo. Uno le había dado tanto miedo. Una mujer fantasma recorría los laberintos de ligustrina de algún castillo escocés o inglés, no se acordaba bien. Paseaba y corría por el parque, vestida de blanco. Con la boca abierta, como si gritara. Pero no podía gritar, porque la Inquisición, después de acusarla de brujería, le había cortado la lengua.

Ahora en el diario venían anuncios de putos, también. ¿Atenderían a cualquier hora, como las putas? Por ahí. No podía dormir porque le dolía la espalda, así que podía ponerse a llamar, para hacer algo. La tele estaba demasiado aburrida esa noche. Pasaban series viejas, y a Matías nunca le habían gustado las series antiguas en blanco y negro, donde la gente andaba en naves espaciales que parecían de cartón y hablaban boludeces. Las películas que pasaban esa noche ya las había visto todas y ninguna le había gustado tanto como para volver a verla.

Las propagandas estaban buenas, eran ridículas, divertidas, pensaba Matías. Pero ¿qué estaba haciendo él a las tres de la mañana de un sábado en su casa, aburrido, leyendo avisos de putos en vez de estar en la esquina con otros chicos tomando cerveza o tratando de levantar minitas? Era un desastre.

Mamá había contratado a Lucía, más o menos. En realidad era una chica medio parienta de Clide, la mamá de Rafael, que no tenía trabajo y venía del interior, y apenas tenía un poco de experiencia como enfermera. Así que cuidaba a Carla, y a Matías también, de alguna manera. Limpiaba y hacía las camas, y cuando tenía ganas, cocinaba. No tenía que hacerlo, pero Matías sospechaba que la ponía nerviosa la mugre y que nadie se ocupara de nada y que el techo se les pudiera caer encima sin que nadie se preocupara. No era fea Lucía, aunque parecía mucho más vieja de lo que era. Le había dicho a Matías que tenía veinte años, pero parecía de treinta. En

Corrientes tenía un hijito de dos años y lo extrañaba. Pero no se quería volver. Había venido a Buenos Aires para conseguir un buen trabajo y traerse al nene porque allá, decía, todavía la gente se horrorizaba si tenías un hijo de soltera y era todo muy difícil y no quería seguir viviendo ahí ni que el nene creciera y se convirtiera en un macho correntino que le pega a las mujeres. En Buenos Aires había trabajado limpiando, y un día se encontró con una parienta lejana, la mamá de Rafa, y ella la había tratado de ayudar, pero lo mejor que le consiguió fue cuidar a Carla, cosa que a Matías no le parecía algo demasiado bueno, pero a Lucía sí porque por lo menos tenía casa y comida, aunque Mamá no le pagara. Mientras tanto buscaba un trabajo de verdad: quería trabajar a la mañana por ejemplo, y después cuidar a Carla por la tarde. Iba a terminar trabajando todo el día, pero Lucía decía que no le importaba, que quería alquilar y traerse al nene. Matías le preguntó si sus padres no le podían mandar plata, y Lucía le contestó que no, que no tenían.

A veces le agarraban dudas, le contaba a Matías. ¿Y si no le iba bien y pasaba mucho tiempo y el nene se olvidaba de ella? Tenía apuro: quería mandarlo a una buena escuela. Los alquileres eran más caros de lo que se había imaginado, y no quería terminar en una pieza ni en un hotel, quería un buen departamentito. Lucía había terminado la secundaria y había estudiado algo de enfermería, no quería ser sirvienta, quería algo más para su vida. Pero no podía conseguir trabajo.

En fin, Lucía no sabía qué hacer. Más o menos como él. Por eso se llevaban bien. Y además Lucía no era bruta. Matías había creído que sí porque todas las chicas de la provincia que conocía eran brutas, pero Lucía era distinta, y se sintió mal cuando se dio cuenta, se sintió forro y racista. Lucía era mucho menos bruta que su mamá, había estudiado, y siempre le decía que quería progresar, cosa que a Matías le parecía bien. Además, no se quejaba nunca de tener que cuidar a Carla, y la trataba muy bien, no se impresionaba. Si no hubiera sido por Lucía, Matías se daba cuenta, su hermana estaría muerta o abandonada, porque nadie más la tocaba. Él se le acercaba cada vez menos. Todo era demasiado espantoso.

Como ese mismo mediodía, por ejemplo. Despertó en el sillón, y

por la puerta abierta de la pieza, había visto a Carla sin el pasamontañas blanco. Un segundo.

Lucía le había sacado el pasamontañas a su hermana para pasarle la apestosa crema que evitaba una deformación mayor. La película de piel que cubría el hueco donde había estado el ojo izquierdo de Carla se estremecía cuando ella respiraba. Como si parpadeara. Todo ese lado de la cara se estaba poniendo rugoso; las áreas lisas eran rosadas, pero estaban atravesadas por carne que sobresalía, amarronada, como costurones. No tenía labio inferior, ni mentón. Matías cerró los ojos, pero sabía que nunca iba a olvidarse de ese parpadeo.

Cuando terminó de atender a Carla, Lucía preparó fideos. A la cacerola le faltaba una manija. Ella la agarraba con dos repasadores. Dejaba caer el agua gris, como jabonosa, en la pileta de acero de la cocina. Nunca se le pasaban los fideos.

Matías cortó un pedazo de manteca y dejó que se derritiera en medio de los fideos. Miró la película dorada con el montoncito amarillo claro que flotaba en el medio, cada vez más chico.

–¿No comés?

Lucía dijo que no. Tenía ojeras.

–¿Te molesta que fume mientras comés?

–No.

Matías enredó los fideos en el tenedor y encendió el televisor con el control remoto. Las pilas estaban flojas y hacía tiempo que no tenía la tapita que las mantenía unidas al aparato. La cinta Scotch que servía para que no se cayeran estaba empezando a despegarse.

Alguien tenía que comprar cinta Scotch.

–Carla quiere ver a Juan.

–Mmm.

–Voy atrás a avisarle a tu mamá para que lo traiga.

–Mmm.

–¿Le querés avisar vos?

–No.

–Bueno.

Matías cambió de canal. Tenía 65 canales distintos y a esa hora andaban todos, salvo los codificados. Estaban colgados del cable

hacía más de un año, y todavía no había venido nadie a cortarlo, por suerte. No estaba seguro de poder sobrevivir sin el cable.

Lucía tenía una voz hermosa, como de recién levantada, un poco ronca. Matías quería decirle que era lindo escucharla hablar, y que no le gustaba que tuviera ojeras. Lucía cuidaba a Carla y buscaba trabajo toda la mañana y se preocupaba y era mucho. Pero Matías no sabía cómo hablar con Lucía, porque ella lo miraba a los ojos todo el tiempo. No podía saber lo que ella pensaba. No importaba. Otro día iba a decirle cosas, cuando se animara.

Apagó el televisor y llevó el plato hasta la pileta para lavarlo. Cuando terminó lo dejó sobre la mesada y sacó un cigarrillo del atado.

Lucía le acercó un fósforo encendido.

–Gracias –dijo Matías.

Lucía sonrió. Matías quiso sonreírle también, pero se rascó la cabeza.

El cigarrillo le dio arcadas y estuvo a punto de vomitar, pero alcanzó a llegar corriendo al baño.

Por ejemplo, pensó, seguro que todos los chicos a los que les había pasado lo mismo que a él estaban en alguna parte olvidándose de todo, borrachos y tomando todas las drogas que podían, seguro, pero él no era así porque era un careta.

Tenía que mudarse de habitación urgente, pedirle cambiar a Lucía, o irse de la casa directamente, porque si seguía acostándose a la madrugada iba a terminar durmiendo dos horas por día: los del taller de enfrente empezaban a arreglar los coches a las siete de la mañana, y al lado habían puesto una remisería, así que el ruido era infernal todo el tiempo. El garaje daba a la calle, y ya era insoportable que entrara tanto sol –no tenía cortinas, no le sobraban sábanas para improvisarlas– como para encima bancarse los motores, el griterío y la cumbia, chiquichiqui a la mañana y a la tarde y a la noche escuchando esa mierda de música, esa mierda de gente.

Otro problema que tenía y también por eso quería irse, porque a lo mejor en otro lado se le pasaba, era que no le daban ganas de coger, para nada. Se masturbaba a la noche, eso sí, pero a veces se

preocupaba porque paraba antes de acabar, y nunca pensaba en nada en especial, no buscaba películas en la televisión con mujeres desnudas ni se imaginaba una situación, lo hacía más para tener una sensación linda que otra cosa, como rascarse la espalda cuando picaba mucho, que estaba buenísimo pero no era la muerte de nadie si no lo hacía. Y a veces se pajeaba después de dormir un rato, en el calor de despertarse, pero lo asociaba con el momento tibio de remolonear antes de levantarse, era muy lindo pero nada urgente, no conocía la urgencia de una calentura. Y no era tonto: sabía que todos los chicos –había visto a sus compañeros de secundaria– se mataban a pajas, iban a fiestas solo para ver si finalmente podían meterla en alguna parte. Hasta pagaban putas.

Él había ido con Roberto, su amigo de la secundaria, a buscar putas una vez. El lugar quedaba bastante cerca de la casa de Roberto, y le resultó raro porque no era un boliche, era un departamento en un primer piso que tenía una barra en el living y después un pasillo que llevaba a piezas donde se iba con las chicas. Uno hablaba con ellas antes de llevárselas a la cama y ellas bailaban un poco si se lo pedían (y Roberto siempre les pedía). Eran hermosas y eran extranjeras, de Dominicana o algo por el estilo, mulatas y jóvenes, debían tener dieciocho años, más o menos, tampoco eran nenas. Era un lugar agradable porque las chicas hablaban mucho y contaban cosas de su país y no parecía que la pasaran mal: Roberto había dicho que las ponía de buen humor que ellos fueran pendejos y limpios, porque siempre les debían tocar viejos verdes. Él podía hablar con las chicas, y tomar cubalibre, no decir nada importante porque además ellas siempre estaban medio borrachas, era como ir a visitar amigas. Y no cobraban barato, pero Roberto tenía plata. Matías se había acostado con una de las morochas, pero no se había vuelto loco especialmente: le dio mucha vergüenza y ella trató de tranquilizarlo y hacerlo reír y él se puso muy nervioso porque no podía embocar y cuando trataba de meterla se salía para todos lados, porque no la tenía demasiado dura, debía ser eso, porque la chica tenía un agujero enorme (tenía que tenerlo, porque era puta) y entonces ella le pidió más plata para chuparle la pija y él se la dio, pero no hubo caso tampoco, se le ponía medio

dura pero nada más, y eso fue todo. La chica lo trató bien, y culpó a lo mucho que habían tomado y la edad y los nervios, pero no había sido nada de eso, o sí, pensaba Matías, pero también había sido que no le gustaba mucho la situación, la pieza era fea, estaba pensando demasiado en que tenía que hacerlo, era todo forzado, pero esas, pensaba Matías, no eran cosas que tendrían que preocuparle a un hombre cuando estaba con putas. Por ahí era puto porque, pensándolo bien, le parecía imposible no calentarse terriblemente con la piel de esa chica, tan suave, como afiebrada, o no volverse loco con la transpiración que le chorreaba entre las tetas cuando bailaba. Pero solamente le parecía algo lindo de mirar, era preciosa, le gustaba, lo ponía contento. Con los chicos no le pasaba ni eso, no le parecían ni lindos, tenían el cuerpo demasiado parecido al suyo, y eran duros, brutos, despedían un olor feo, como metálico. No. En realidad, se daba cuenta, la verdad era que no le gustaba tanto coger como a los demás, o le daba mucho más miedo que a los demás. Por ahí era culpa de Papá, pero no estaba seguro. Si estaba tan desesperado por coger era para demostrar que era un chico normal, que se podía calentar, que algún día iba a poder tener una mina, que le interesaba lo mismo que a todo el mundo, que podía disfrutar y pasarla bien sin pensar tanto y que no era un petiso rubio insulso que hablaba poco, que podía ser algo más que un imbécil algún día. Pero eso iba a ser imposible en casa, en el barrio, entre la gente que conocía, tenía que irse a otro lado, tenía que olvidarse de él mismo, de lo que era, para poder ser otro.

Siempre se le contracturaba la espalda cuando trataba de dormirse. De a poco, desde la cintura hasta los hombros. Tenía que sentarse y masajearse, pero nunca alcanzaba los nudos. Aunque caminara y se retorciera para aflojar, dolía demasiado, y esa noche no podía dormir. También se le adormecía el brazo izquierdo, hasta que apenas lo sentía.

Entonces fumaba. Era imposible quitar el olor a cigarrillo de su

habitación y su ropa y sus sábanas, sobre todo en invierno, cuando dejaba las ventanas cerradas. Y se quedaba dormido por todas partes. Frente al televisor, al lado del teléfono, en el sillón del living, a cualquier hora. Quince minutos. Una hora. Siempre tenía los párpados hinchados y la boca pastosa. Tanto que se lavaba los dientes muy seguido: sentía que se le acumulaba mugre entre las paletas y los caninos, raspaba con el cepillo hasta que le sangraban las encías. Pero la molestia seguía ahí. En una época había usado escarbadientes, pero solo había conseguido sentir que toda su dentadura se aflojaba. Le provocaban una especie de fobia las dentaduras sucias o arruinadas. Le pasaba con Javier, el socio del Tigre: no podía mirarle la boca. Como era pelirrojo y tenía la piel casi traslúcida, tan pálida, sus dientes se veían demasiado amarillos, y encima los tenía manchados de nicotina y le faltaban unas cuantas muelas. Javier solía contar que, hacía unos años, cuando todavía tomaba demasiada cocaína, se le caían los dientes sin que se diera cuenta. Ahora, decía Javier, estaba más rescatado. Menos mal, pensaba Matías. Le decían «el Tiburón» por su desastre dental y porque nunca se quedaba quieto. Javier hablaba sin escuchar, largos monólogos frenéticos que nadie comprendía. Todo el mundo lo evitaba, pero Matías no sabía cómo hacerlo y muchas veces caía prisionero de Javier y su charla llena de sobreentendidos y frases dichas por la mitad. Por suerte, hacía mucho que no lo veía. Al principio, Javier visitaba a Carla, pero como ella no le hablaba –no le escribía– y muchas veces se tapaba la cara con la sábana cuando él entraba en su habitación, había dejado de hacerlo. Matías lo agradecía. Le costaba demasiado soportar el parloteo nasal de Javier, las gotitas de saliva que salían despedidas de entre los dientes chuecos y salpicaban todo alrededor.

Cuando no podía dormirse y estaba muy cansado, lloraba. Una noche había salido de la casa llorando hasta el kiosco de Rafael, a comprar cigarrillos. Rafael no se había animado a preguntar qué le pasaba, pero no le cobró. Al amanecer, el atado ya estaba retorcido en un rincón, el cenicero lleno, y cada vez que Matías intentaba respirar hondo, le silbaba el pecho.

La noche que Lucía lo encontró llorando frente al televisor en el

living, Matías estaba empezando a creer que iba a morirse de dolor de espalda. Porque ¿y si no estaba contracturado y era otra cosa? Hacía muchísimo que no iba al médico, así que no sabía si estaba enfermo. Tanto dolía que ni siquiera se había sorprendido al ver salir de su pieza a Lucía, y eso que ella siempre apagaba las luces y dejaba de escuchar música antes de las doce. Se levantaba temprano, porque Carla se despertaba antes de las ocho, dolorida. Después Lucía salía a buscar trabajo.

Cuando lo vio, ella fue directo al sillón para mirar tele, fumando. Estaba por pitar el cigarrillo cuando vio que Matías reprimía un gemido.

–¿Qué pasa?

Lucía llevaba puesta una remera azul y unos amplios pantalones de buzo grises, su pijama.

–Me duele la espalda.

–¿Y por qué no te tomás una de las pastillas de Carla? Son para el dolor.

Ella podía hablar de Carla. Matías había descubierto con cierta sorpresa que nadie se atrevía a decir alguna cosa que se relacionara con «eso» que le había pasado a Carla. Salvo Lucía.

–No me hacen nada.

–No puede ser.

–¿Me vas a decir a mí si me sirven o no?

–Entonces debés estar medio loco, che.

–Mmm.

–¿Querés que te haga masajes?

–...

–¿Querés o no querés?

Los dedos de Lucía eran hábiles. No lograba que le doliera menos, pero era lindo sentir esas manos calientes y rápidas que frotaban y acariciaban. Hacía mucho, pensaba Matías, que nadie lo tocaba así ni de ninguna otra manera. No le gustaba mucho que lo tocaran, igual.

Una cosa que había descubierto mirando películas y programas de televisión era que los abusados no le contaban a la gente: no andaban diciendo por ahí que se los había cogido el papá, un pariente o algún otro adulto. Había visto una película que se trataba de una chica que mataba a su papá porque siempre la violaba, pero le hacían un juicio por asesinato porque nadie comprendía por qué había asesinado a su querido papá. Entonces ella le contaba al abogado y el abogado armaba así la defensa y ella decía que jamás había podido hablar de eso, ni siquiera con su mamá (que ya estaba muerta), ni con su novio. Cuando se puso de novia le explotó la cabeza y no quiso que su papá la siguiera tocando, entonces lo mató. Al final de la película decían que era un caso real. La chica había ido presa igual, porque tampoco era cuestión de andar matando, se podía hacer una denuncia a la Policía, decía el juez.

En los programas donde iban invitados a contar las historias de sus vidas, cuando eran historias así, pasaba lo mismo. Bueno, en algunas cosas coincidía, pensaba Matías. Porque él tampoco había querido decir mucho, pero era distinto porque Mamá había *visto*. Pero lo extraño era que siempre fue un secreto. Él no se lo había dicho a nadie (casi), pero... Rafael lo sabía, por Cristian (si no, no se explicaban ciertas buenas ondas de Rafael muy exageradas). Carla sabía porque estaba ahí, Cristian se enteró por el quilombo que se armó (él nunca se lo había contado, le hubiera gustado pero). Solo se lo había contado a Roberto, pero no servía como dato porque cuando lo hizo estaba borracho y deprimido, y todo era porque..., qué patético, porque no quería curtirse a esa chica que Roberto decía que estaba regalada y él decía que no, no quería, y Roberto le gritó porque también estaba en pedo y se la quería curtir ya, y si él no se curtía a la amiga de la chica de Roberto le cagaba la noche, porque las pendejas venían juntas, y le gritó si era puto o qué mierda le pasaba. Y Matías en vez de enojarse se puso a llorar, porque de verdad que no se podía curtir a la chica, no se le iba a parar, tenía miedo, no le gustaba, no quería y punto. ¿Si ella se daba cuenta, por ejemplo, o si no funcionaba y se daba cuenta de que Papá lo había hecho puto? Y cuando lloró Roberto se puso sobrio de golpe porque Matías lloraba mucho (también porque estaba en pedo,

si estaba careta se la curtía porque no pensaba cosas raras, pero borracho se acordaba todo el tiempo), entonces le contó todo, y Roberto trató de hacerlo sentir bien y también lloró un poco y le dijo que lo tenían que solucionar, que se fuera de su casa, algo, la Policía, la denuncia, lo de siempre. Matías le dijo a todo que sí y escuchó las propuestas y planes de Roberto sabiendo que no iban a hacer nada. Cuando Matías decidió dejar la escuela (le iba bien, pero le daba demasiada vergüenza, sospechaba que Roberto podía contarle a alguien –él hubiera contado), Roberto le habló por teléfono y le prometió que lo iba a ayudar, pero no llamó nunca más, lógico. Además era una pavada eso de ayudarlo, era un decir, porque Papá se lo había curtido cuando era chico, no se lo estaba garchando ahora, era historia antigua. Además, Papá ahora era cristiano y ya no lo hacía más con nadie, se había «curado».

Era muy loco que los abusados de la tele y de las películas se aguantaran de contar. Les debía dar miedo. A él no le daba miedo, porque no creía que su papá lo fuera a matar, no le tenía miedo, nada más que no quería hacer quilombo, lo ponía nervioso el escándalo y además ir al psicólogo y a la cana y a juicio... Lo cansaba pensar en todo eso, y además no se imaginaba cómo hacer ni por dónde empezar, y sobre todo le parecía que no hacía falta.

Igual su historia no era lo peor que había escuchado. En los programas de la tarde se escuchaban cosas mucho más espantosas que la suya, eran todas de terror, ¿de dónde las sacaban? Ahí en la tele su caso sería un aburrimiento total. Por ahí lo mejoraba un buen conductor, como la exactriz que lloraba cada vez que le contaban algo tremendo y pedía un corte cada cinco minutos porque todo la superaba. Pero igual, no podía competir con esos desastres. Por ejemplo, el de la chica del trasplante. Lo veía, lo escuchaba y no lo creía.

Se acordaba de la chica porque había sido un rollo conseguirle el corazón y hasta se había reído de Lucía que gritaba «sacame a ese hombre de la tele que mira la cámara pidiendo el órgano y parece que me deseara la muerte, che». El que pedía era el marido de la chica, que tenía dos hijitos con ella y lloraba y parecía un buen tipo, sufrido el pobre. La piba había conseguido el corazón, operación

exitosa y fiesta. La tele la esperó cuando salía del hospital y estaba demasiado flaca, un desastre, pero viva, y todos parecían felices menos la chica, pero eso no era raro, pensaba Matías, pobre, la había pasado tan mal.

Dos meses después la exactriz había invitado a la chica del trasplante a su programa, pero para contar otra cosa. Parecía que el marido la cagaba a palos, mientras estuvo enferma y después también, operada y todo. La tenía en una casa mugrosa de la villa llena de cucarachas y humedad, cerca de un arroyo contaminado, y eso que la chica necesitaba «asepsia», como decía la conductora. Y eso no era nada. La chica contaba su historia y decía así.

–¿Qué pasó, mi amor, cuando estabas internada? –preguntaba la conductora.

–Yo no podía decir nada, ¿vio?, por el tubo...

–El respirador –aclaraba la conductora.

–Sí, el tubo, pero él me visitó con una de las nenas chicas, la tenía en brazos así y yo le vi que...

Lágrimas. La conductora también lloraba, Matías todavía no entendía por qué.

–Y le vi que tenía los pantalones desprendidos y el pene parado así, con la nena, y le hacía cosas a la nena. Por eso quiero que me las devuelva a las chicas, porque quiero que me las revisen, porque él las toca y además me enteré que cuando estaba internada se quiso violar a una mujer.

Silencio acongojado de la conductora que obvio pidió un corte porque eso la superó.

Bueno, eso habría superado a cualquiera. A él lo había superado. Era demasiado. ¿Alguien podía imaginar algo más denso? Tampoco estoy tan mal en comparación, pensó Matías.

El programa que seguía era *todo* de abusados. La mayoría eran mujeres, y a Matías no le interesaban mucho. Las escuchaba, pero no era lo mismo. Quería ver cómo iba a ser *él* dentro de diez años.

Por fin apareció un varón, y Matías encendió un cigarrillo e hizo un esfuerzo para aflojar el músculo de la espalda que tenía más contracturado. Sabía que si lograba un ruido especial, un crac que podía identificar, le dejaba de doler, o por lo menos le permitía mover normalmente el brazo. A esa altura le estaba doliendo de verdad: solamente tenía fuerza para cambiar de canal con el control remoto.

El tipo tenía unos treinta años y estaba contando lo de su papá. Verlo y darse cuenta de que era un pobre tipo. Matías se preguntó si él terminaría así también. Lo más probable era que sí. Si no podía ni coger. No, no, no. Pero no tenía que dramatizar. Tenía que pensar fríamente y, cuando lo hacía, se daba cuenta de que no era tan difícil vivir con lo que le había hecho Papá. Si uno dramatizaba, todo era peor. Como Carla. Sí, es un bajón que maten a tu marido, ni hablar. Pero para ir y pegarte un tiro tenés que verte de arriba haciendo todo el teatro de agarrar un arma, ponértela en la cara y tirar. Te tenés que ver como en una película. Porque si de verdad te ves a vos y no te tomás todo tan a la tremenda, llorás y llorás y te la bancás. (Bueno, por ahí él era un insensible o estaba «negando» como decían en los programas. Por ahí. No lo había pensado tanto.)

El tipo decía:

–No tengo recuerdos claros, tengo como imágenes, me acuerdo de que él me desvestía, y yo tenía miedo...

(Extraño, pensó Matías. Él se acordaba de todo. Y no le había dado tanto miedo, al principio. Era más como qué raro, eso pensaba, esto es raro.)

–Y me acuerdo del dolor...

(Eso sí, pensó Matías.)

–Y cada vez que lo recuerdo, es como un dolor en el alma muy grande que no sé manejar, me cuesta hablarlo, la verdad...

(Dolor en el alma era una grasada, pensó Matías, y además tampoco le dolería tanto si lo estaba contando como si tal cosa en la tele. A él no le pasaba eso cuando lo recordaba. Era más como basta basta basta, por ejemplo, como ver a un perro atropellado y reventado en la calle, y uno no quiere mirar porque sabe que es asqueroso y después al recordarlo va a ser horrible, entonces uno

dice «no voy a mirar» y mira, o alguien lo obliga a mirar, no importa cómo, la cuestión es que lo ve, y después quiere olvidarse y no puede.)

Después el hombre contó que se escondía del papá y que el papá una vez le mató al perro como advertencia para que no dijera nada. Mmmm, pensó Matías. A él nunca le había matado nada, pero le había dicho que le iba a romper la cara si contaba, y él le había creído, porque lo había visto pegarle a gente (bueno, a Mamá) y el guacho pegaba *fuerte*. Nunca se había escondido, por las dudas. Si se hubiera escondido, podría haber habido quilombo, se jugaba la cabeza. Era más fácil aguantar.

Lo que le llamaba la atención a Matías era que pocas veces tenía bronca. Cuando tenía, bueno, sabía que lo odiaba y lo odiaba y lo odiaba, pero sobre todo porque, en un momento, el guacho lo había convencido de que hacía todo eso porque lo quería, y hasta se había sentido especial cuando Papá le había asegurado que era nada más que con él, que nunca lo había hecho con Cristian o Carla, eso lo había hecho sentir especial, pero qué enfermo, pensaba Matías, él y yo igual de enfermos. Porque se había creído que lo quería y había pensado, mucho después, que Papá se había aburrido de él. Y llegó a la conclusión de que se equivocaba. Lo que Papá quería era coger con chicos, y el chico más cercano que tenía era él.

Ahora tenía ganas de vomitar.

Matías casi siempre lograba escaparse cuando Mamá entraba a la casa todas las mañanas, justo cuando Lucía salía a buscar trabajo. Pero ese día se había quedado dormido en el sillón, y se despertó con un empujón de la mano gorda de Mamá. La miró un instante antes de levantarse de un salto, sintiendo cómo el dolor del brazo izquierdo se trasladaba al pecho. A lo mejor tenía un infarto, pensó, y así se terminaba todo. Respiró hondo, y el dolor aflojó. Pero los latidos de su corazón lo hicieron temblar. Era eso, o el odio.

–Matías, a vos te pasa algo. ¿Te andás drogando? Yo no puedo

cargar con un hijo así, un inútil...

Mamá siguió rezongando, siempre le decía lo mismo, que tenía que buscar trabajo, acaso no se daba cuenta En Qué Situación Estaban, cría cuervos, no sé para qué parí a estos malagradecidos, y la ignoró como siempre. Sabía que se le pasaba y hacía mucho que no quería discutir con ella. Tenía miedo de pelear. No sabía dónde podía terminar una discusión con Mamá. A lo mejor la mataba de verdad. A lo mejor ella lo echaba, y él no tenía adónde ir. Solamente la miraba y le bajaba el volumen mentalmente, hasta que Mamá era solo una mujer gorda que gritaba en medio de un living casi vacío, al lado de un sillón con los almohadones llenos de agujeros por los que se escapaba la gomaespuma, cerca de un televisor viejo acomodado sobre una cajonera. Siempre usaba batones que la hacían parecer más vieja de lo que era y no se teñía el pelo desde hacía años, desde que Papá se había ido. Además, cuando gritaba, le aparecían gotas de transpiración sobre la boca, como un bigote húmedo. ¿Habría sido linda alguna vez?, pensaba Matías. Recordaba fotos de Mamá joven, pero siempre le había parecido igual de espantosa: con una malla floreada demasiado ajustada en Mar del Plata, la permanente teñida de un color rojizo sucio, sandalias que dejaban ver las uñas de los pies pintadas de rojo. No recordaba la última vez que lo había besado o abrazado. Ahora, si a Mamá se le ocurría tocarlo, Matías creía que podía quedar paralizado hasta el desmayo.

Mamá dejó de hablarle, y Matías vio que detrás de ella estaba Juan, con un par de autitos en la mano, una remera rayada y pantalones cortos, descalzo. Como siempre, el nene no los miraba. Mamá lo agarró del hombro y lo obligó a sentarse en el piso, para que jugara. Juan obedeció sin decir nada. Tenía el pelo rubio demasiado largo, y tenía que sacárselo de la cara a cada rato para poder ver lo que hacía.

La puerta de la habitación de Carla estaba abierta, y Mamá entró. Matías sabía lo que pasaba ahí dentro, aunque hacía mucho que no lo presenciaba. Había que darle el desayuno a Carla, y era muy difícil. Después, si lograba hacerle tragar un poco de pan blando y té, Mamá hacía entrar a Juan. Entonces, por lo general, el silencio era completo. Salvo cuando Carla, que no podía hablar, gruñía y

gritaba: era su forma de pedir que sacaran a su hijo de la habitación, porque no quería verlo. Mamá la retaba, le decía que nada justificaba que fuera una mala madre, dónde tenía el instinto, ella no podía más, era vieja, no sabía cómo cuidar a un pendejo. Siempre la misma vaca egoísta, pensaba Matías, justo ella hablar de instinto cuando no era capaz de abrazar a su propia hija aunque la veía cada vez más flaca y deformada, tan abandonada por todos que seguro ya no tenía fuerza para caminar. Carla se negaba a dejar la cama, se abrazaba a la almohada y se aferraba a las sábanas cuando alguien le sugería que tenía que pararse; era tal el escándalo que ya nadie le insistía. Lucía no era enfermera: a veces le flexionaba las piernas y Carla se dejaba, pero seguro ese ejercicio no era suficiente. Y a Mamá no se le ocurría que hacía falta alguien profesional. O sí, pero era demasiado cómoda. No tengo plata, gritaba si alguien le hablaba de contratar a una persona. Para eso no tenía un mango, pensaba Matías, pero le alcanzaba para hablar por teléfono, eso sí.

Ni bien terminaba de darle el desayuno a Carla y después de la «visita» de Juan, se pegaba al tubo. Hablaba media hora con alguna compañera de la Iglesia evangélica. ¿Por qué no le pedía a alguna de esas almas caritativas ayuda con su hija? No, eso no. Armaban cadenas de oración. Como si los rezos le fueran a arreglar la cara y la vida a Carla. Qué montón de idiotas, pensaba Matías. Hablaba media hora más con la tía Cristina, siempre de Papá, la plata que no le daba, lo mucho que ella sufría. Matías se encerraba en el garaje y ponía música, pero a veces la escuchaba solo porque Juan le daba demasiada pena y se quedaba a jugar con él en el living, aunque el nene no le hablara. Lucía volvía después del mediodía, no estaba afuera tantas horas, pero a Matías le parecían años. Por suerte, Mamá nunca se quedaba a comer. Ella se encargaba de alimentar bien a su nieto, decía, como si desconfiara de la comida de Lucía, y volvía al fondo. Matías la miraba irse resoplando, y tenía ganas de abrazar a Juan, sentarlo a la mesa, robárselo a esa vaca loca. Pero nunca se atrevía.

Matías paró a charlar con la Gorda Suárez después de comprar cigarrillos. Le daba mucha lástima. La gente del barrio apenas la saludaba cuando la veían sentada, enorme y enferma en la puerta de la casa, sobre dos sillas, sola. No podía levantarse sin ayuda. Matías se preguntaba, mientras le decía buenas tardes, si la señora Suárez usaba pañales o se aguantaba o si a cada rato alguno de la familia la buscaba y la llevaba al baño. Él la saludaba y le hablaba, era el único del barrio que lo hacía desde que Cristian se había ido. La Gorda siempre le decía que él y su hermano eran los mejores chicos del barrio, que tenían un gran corazón. A Matías le daba vergüenza que dijera eso, pero al mismo tiempo le gustaba un poco.

No quedaba ninguno de los chicos Suárez. Marcelo se había casado y vivía en Temperley. Carlitos vivía solo en Constitución y había entrado en el sindicato de los gastronómicos, por suerte, así no lo podían echar del trabajo. Mario estaba preso por robar coches y venderlos a desarmaderos. Solo quedaba el señor Suárez, verdulero, y su hermano Ovidio, que, como trabajaba de noche, la acompañaba a la tarde, los dos sentados en la puerta comiendo bizcochitos y tomando mate. Ovidio era sereno en el cementerio de Lanús.

Carla, Cristian y el Tigre nunca habían sido amigos de los chicos Suárez. Les tenían miedo: decían que el tío limpiaba cadáveres y no se lavaba las manos para comer. Y a veces atendía la verdulería de su cuñado con las manos sucias. Decían que les robaba anillos y ropa a los muertos. Así que casi nadie jugaba con los chicos Suárez, morochos y callados.

Pero espiaban a la Gorda Suárez. Antes, Matías se acordaba, en su casa había una pileta honda, celeste, al lado del galpón del fondo. No era de plástico, no estaba empotrada en el suelo: era de material, levantada sobre la superficie del patio, y cuando se rajó, Papá la tiró abajo para ampliar el galpón. A Matías le encantaba esa pileta, y había llorado cuando Papá la destruyó con la ayuda del albañil Samuel. Los Suárez tenían una Pelopincho anaranjada, y se los podía espiar desde el techo del galpón. Cristian, el Tigre, Carla y Matías podían pasar gran parte de la tarde en el techo, muertos de

calor, quemándose con la chapa que ardía, solo para ver entrar en la pileta a la Gorda Suárez.

Llegaba y, con una lentitud de elefante, metía primero una pierna violácea, después la otra. Y tambaleando se dejaba caer, con el batón puesto. Nadie podía imaginar que se atreviera a usar una malla.

El batón se hinchaba y flotaba a su alrededor, enorme. Los chicos casi siempre salían de la pileta cuando ella entraba, o quedaban como apéndices de un monstruo marino agarrados de los esquineros de plástico celeste. La Gorda sonreía, feliz y agitada. Le gustaba el agua, la refrescaba, la ponía contenta.

La apuesta de la tarde era si la entrada de la Gorda Suárez iba a rebalsar o no la pileta. La señora sabía que se reían de ella y sufría. Pero saludaba a todos desde la puerta, preguntaba por los parientes enfermos, por el estudio, por el trabajo, y algunos chicos le regalaban mandarinas. Ella las desmenuzaba con sus manos moradas. Le gustaban las mandarinas. Olía a mandarinas y a sudor.

Una vez, la señora se metió en la Pelopincho y empezó a chapotear, y Carla a reírse. Pero el Tigre se paró sobre el techo de chapa, bronceado, con sus shorcitos de jean, y dijo:

–Le está agarrando un ataque, boluda, callate.

Carla siguió riéndose igual. La Gorda gruñía y hacía gestos espasmódicos, la boca ovalada para juntar aire.

–Mamá se ahoga –gritaba Carlitos Suárez, y toda la familia corrió hacia la pileta, y Cristian se bajó del techo. Enseguida lo vieron aparecer en el fondo de los Suárez.

La señora ya no se movía, y el sereno del cementerio gritaba que era el corazón, que le había fallado el corazón. El papá Suárez gritaba pidiendo una ambulancia. Cuando Carla dejó de reírse, Cristian y los demás trataron de sacar a la Gorda de la pileta. Bufaban, querían dar vuelta la Pelopincho, pero nada. Cuando el enterrador dejó de gritar y los ayudó, lo lograron.

–Si vienen los doctores con esas planchas que te ponen para revivirte en las series de médicos, se electrocutan, o la electrocutan a la Gorda. Se va a morir –sentenció el Tigre.

El papá puso la cabeza entre las tetas de la Gorda y gritó. El Tigre

tuvo que taparle la boca a Carla, para que no la escucharan reírse. Y entonces el papá y Cristian se sentaron sobre la Gorda y empezaron a golpearle el pecho como si fuera un tambor, con los puños, para atravesar la grasa.

La Gorda reaccionó.

Después empezó el sainete porque la camilla le quedaba chica y tuvieron que sacarla de la casa izada por un montón de sábanas, mientras boqueaba y gemía.

Cristian nunca más pagó en la verdulería. El señor Suárez fue a agradecerle y lloró y le dijo que era un héroe. La señora Suárez lo miraba con timidez y pudor, y él empezó a visitarla, a sentarse con ella en la puerta, cuando pudo volver a salir a la calle. Charlaban. Nadie sabía qué se decían. Cristian nunca lo contó.

Papá y Mamá habían dicho que tendrían que haberla dejado morir a la pobre. Todos los vecinos decían eso. Igual que cuando Carla intentó volarse la cabeza y había errado, pero no tanto: se quedó con media cara, sin lengua, casi sin nariz.

De noche también miraba los canales de videos musicales cuando no podía dormir. Todo el tiempo pasaban el de un cantante por el que las chicas morían (bueno, no todas, pero bastantes). Se llamaba Nick Mansell. Matías miró al chico Mansell que cantaba una canción de amor en el video. Era rubio como él. Pero ese chico que brillaba (brillaba y no parecía alegre, tenía algo tibio, como un ¿sol? Sí, era eso. Eso o las luces del video) no era rubio como Matías. Tenía el pelo color arena, no amarillo. Un marrón claro falso. Mucho más lindo que el de Matías. Más lacio. Podía verse que era suave. No como el de Matías. Los ojos no le brillaban tanto, y mucho menos con ese brillo nervioso y húmedo de Matías. Ni eran azul chillón: eran verde mar, casi gris.

Matías estaba harto de la perfección de Nick Mansell. Estaba harto de su sonrisa encantadora en la televisión, en las revistas. Si hasta

Lucía, siempre indiferente a ese tipo de cantantes, había dicho «está muy lindo el chiquito ese».

Matías encendió un cigarrillo.

Nick Mansell era delgado y bajito. No flaco y petiso, como Matías.

¿Cuántas cosas sabía de ese chico, después de haberlo visto miles de veces en reportajes de la tele? Era de Acuario, se había tatuado alguna cosa que Matías no podía recordar en la ingle. Vivía en una mansión de Lake District, «una antigua casa de campo cercana a un bosque», decía en las entrevistas. Ese chico parecía usado, a veces. Cansado. Nunca gastado. Como Matías. Nunca inútil. Debía saber hacer cosas, debía tener ideas y debía tener una vida fantástica.

Matías apagó el televisor.

No era que quisiera estar en esos videos maravillosos para verse siempre lindo, pero le gustaría poder decir las cosas que decía Nick Mansell. «Me abruma vuestro amor», decía. Y sonreía. Siempre sonreía. Bueno, no tenía motivos para estar triste, le parecía a Matías.

A él no le gustaba Nick Mansell. Pero no le gustaba la mayoría de las cosas que escuchaba la gente. Era demasiado aburrido escuchar todas esas canciones que hablaban del barrio, de los amigos del barrio, de la cerveza en la esquina del barrio (con amigos), de chicas a las que querían (o de chicas que los habían dejado). Porque él no tenía amigos en el barrio y nunca había tenido una chica ni tomaba cerveza con nadie ni le gustaba el barrio. Odiaba el barrio y a la gente del barrio. Era tan feo. Casas grises, puertas de chapa pintadas de verde, persianas torcidas, muchas rejas por los robos. Todos estaban paranoicos con los robos y las historias de las jeringas en los umbrales y los drogadictos que asaltaban a la noche. Los reductores de velocidad, dos por cuadra, tres por cuadra, porque todos chocaban esos coches ruidosos de vidrios polarizados. Seguro que era más lindo ese lugar. Lake-District-Distrito-De-Los-Lagos. Seguro que ahí no había ese olor húmedo del limo verde que se juntaba al lado de los cordones. Agua podrida que manchaba la ropa cuando un auto pasaba rápido (y todos los autos pasaban rápido) y salpicaba. Seguro que era más lindo vivir cerca de un bosque y seguro que eso hacía que la gente te quisiera tanto aunque de

verdad no te conociera. Seguro que si vivieras ahí serías tan... ¿diferente? No. Tan... ¿qué? No encontraba motivos para querer al barrio. A lo mejor le gustaría más si fuera amigo de alguien, pero nunca le habían prestado demasiada atención, porque lo veían raro. Y después estaban los que escuchaban cumbia, los que iban a los bailes y se ponían en pedo, y bailaban y festejaban y conocían a una chica, y por ahí si estaban muy amargados por algo terminaban cagándose a trompadas o a tiros o acuchillando a alguien. Como no tenían plata, antes de ir al baile robaban para poder comprarse unos tragos. A Matías le causaba cierta admiración tanto coraje. A lo mejor se divertían, pero él no entendía qué carajo había que festejar, si estaban hechos mierda y no tenían plata y les iba tan mal en la vida, por qué llegaba el fin de semana y tenían ganas de estar contentos. Nunca iba a entender eso, y odiaba esa música y esas sonrisas y a las chicas de tetas grandes que bailaban en los programas de tele donde tocaban grupos de cumbia. Todas esas chicas a las que nunca se iba a poder coger, a las que no tenía ganas de cogerse, que era mucho peor.

Está tan flaca, pensaba Matías, que da miedo. El codo puntiagudo era difícil de mirar, parecía el de un cadáver, una momia seca. Y verla masticar así, con tanta insistencia, y tirar la cabeza para atrás al tragar, ayudándose con los dedos. No le gustaba vigilarla para comer, aunque sabía que tenía que hacerlo porque Carla podía ahogarse. Él no quería que se ahogara. Por lo menos no quería que se ahogara delante de él. Matías trató de imaginarse cómo sería no tener lengua y no pudo.

Los médicos decían que Carla podía aprender a hablar de nuevo, pero que tenía que practicar mucho, y ella no quería. Se arreglaba escribiendo en un papel. Pero últimamente solo usaba la lapicera cuando quería ir al baño –había que ayudarla, porque estaba demasiado débil para hacer la caminata sola– o ver a su hijo. Ya no iba al psicólogo, y comía cada vez menos.

Carla empujó el plato. Matías odiaba que hiciera eso, ¿qué necesidad de portarse como un animalito, como un bebé?

–¿No querés más?

No, con la cabeza. Por suerte tenía el pasamontañas, aunque el pasamontañas era bastante feo también. Carla, por algún motivo, quería usar uno solo, el blanco, y dejaba que se lo sacaran solo para lavarlo. Siempre estaba sucio en los bordes alrededor de la boca, con restos de puré pegoteados, y se estaba deshilachando a la altura del cuello, pero no había forma de obligarla a usar otro. Tenía otro color negro, que la hacía parecer una terrorista hambreada. El negro, pensaba Matías, era mejor porque la mugre se notaría menos. Pero Carla lo odiaba y pateaba cuando intentaban ponérselo. Después de todo, pensaba Matías, que se quedara con el blanco si le gustaba. Igual, nadie la veía, no se suponía que debía quedarle bien.

–Bueno. ¿Tomás algo?

Sorbía rápido. El pasamontañas no escondía los labios deformados. Uno de los ojos verdes lo miraba con atención. Del otro no quedaba nada, pero Matías no podía verlo, porque estaba oculto por una venda. Si hasta el pelo rubio, antes tan lindo, ahora parecía de muñeca sucia y vieja, corto y aparentemente canoso.

¿Tenía que hablarle a su hermana del Tigre y todo ese asunto del container? No, seguro que no. Él había escuchado decir en la televisión a un psicólogo que para enfrentary-superar-situaciones-traumáticas-había-que-hablarlas, pero a Matías le parecía que estaba equivocado, por lo menos en el caso de Carla. No se atrevía a darle ánimo y convencerla de que con la cirugía iba a quedar bien, porque no tenían plata para operarla, ni obra social, y además a Matías no le parecía que su cara tuviera arreglo. A lo mejor tenía que hablarle de Juan, decirle que el nene la necesitaba y la quería, pero... tampoco. ¿Y si ella lloraba o enloquecía del todo?

A veces pensaba en esas situaciones de película de televisión norteamericana, y se imaginaba que su hermana le decía «matame» o «ayudame a matarme» o le contaba que iba a intentar suicidarse otra vez y le pedía que no dijera nada. ¿Qué haría él en esas circunstancias? Bueno, no la ayudaría, pero tampoco la pararía si quería volver a intentarlo. Nadie le iba a echar la culpa... si todos

querían que Carla se muriera. O no, que se muriera no, pero sí que no le errara, eso seguro. Qué pesadilla haber errado así. Él no había estado en el momento del tiro, pero había visto la sangre después y... parecía que hubieran descuartizado animales en la habitación. Todo salpicado de sangre: la pared, las sábanas, la mesita de luz, el espantoso detalle de los restos de dientes y hueso de la mandíbula por el suelo, eso sí lo había visto. Qué loco que fallara, pobre Carla. Le hubiera gustado hablar con Cristian y preguntarle qué podía hacer, o decir, pero Cristian no estaba.

Matías salió a fumar a la vereda, para alejarse de Carla, que había empezado a gritar. Carla tenía una voz preciosa antes, pensaba Matías. Un poco molesta, a lo mejor. Como de nena. A los tipos les encantaba. Ahora gemía y se parecía tanto a un ser humano como las gatas en celo se parecen a un bebé.

Faltaba poco para Navidad y los vecinos de enfrente habían decorado los árboles de la vereda y el frente de la casa con lucecitas de colores. Quedaba horrible, y hacía demasiado calor. Pronto iban a empezar los cortes de luz, como todos los veranos. Me tengo que ir pronto, pensó Matías, porque no aguanto un día más en esta casa, si ni siquiera tenía ventilador, porque el viejo se había roto y no tenían plata para comprar otro.

La remisera de al lado lo miraba para saludarlo y Matías pensó «ni ahí de decirte algo, chusma de mierda», pero terminó sonriéndole y diciendo buenas noches y después se odió por ser tan marica. ¿Dónde mierda había aprendido a ser tan educado? Seguro que no lo había aprendido de Mamá, siempre tan grosera.

Rafael, el mejor amigo de su hermano, trabajaba de remisero para la Chusma. No lo había visto en todo el día, ninguna de las veces que había ido hasta el kiosco a comprar cigarrillos y chicles, así que seguramente tenía mucho trabajo y eso era genial. Rafael hablaba todo el tiempo de irse a Barcelona, últimamente. Allá pagaban un montón por lavar platos y podías vivir bien «aunque igual siempre

sos un sudaca de mierda» decía Rafael, eso le había dicho Cristian. Matías pensó que él podía lavar platos también, tranquilamente.

Además, empezaban a ocurrírsele otras cosas. Allá en Barcelona podría conocer a una chica y cogérsela, por ejemplo, cosa que acá no podía hacer. Rafael decía que la ciudad era hermosa, y eso lo entusiasmaba. No sabía cómo era Barcelona, pero cuando se la imaginaba pensaba en Distrito-de-los-Lagos y veía casas de piedra con jardín, silenciosas, bicicletas, bares con clientes tranquilos que tomaban café mirando la calle. A lo mejor se equivocaba, pero le parecía que en otro lugar podía hacer como si fuera normal, como si no importara, empezar todo de nuevo, cambiarse el nombre, ser otra persona, olvidarse.

La Chusma se le acercó y pidió que le convidara un cigarrillo. No fumaba de los mismos que Matías, pero él conocía lo suficiente a la Chusma como para saber que le quería sacar conversación. Cuando Carla se había pegado el tiro la Chusma había estado un montón de días en la vereda, todo el tiempo, como si viviera en la calle. A Matías le parecía que se metía adentro solo para dormir. Lo peor era que Mamá le prestaba atención a la Chusma, la invitaba a tomar mate, le contaba todo. Seguro que había *algo* que no le contaba, pensó Matías, y sonrió porque todavía era dueño del secreto por el que la remisera Chusma daría la vida.

–¿Cómo te va, querido? ¿La familia bien?

¿Es un chiste?, pensó Matías.

–Todo bien –dijo.

–Qué suerte.

Te odio, pensó Matías.

–Te enteraste de lo que le pasó al Rafael, me imagino, ¿no, querido?

Matías se sintió mareado, pero pensó que si a Rafael le hubiera pasado algo realmente malo, la Chusma no se lo diría así, como al pasar. Antes de que le contestara si sí o si no, la Chusma se lo dijo.

–Le cargaron el auto con tíner.

–...

–¿Qué, no entendés lo que pasa, querido? Se arruina el motor con tíner, lo funde el tíner. Andá a saber dónde lo cargó el Rafael. Yo,

viste, a mí no me gusta hacerle esto, porque yo sé que él se quiere ir afuera, pero me va a tener que pagar el arreglo del motor, porque con un coche así no se puede trabajar más.

–Uh. Qué bajón.

–Tsk, queselevacer.

–Me voy adentro –dijo Matías.

Para no pegarte me voy adentro, yegua. Chusma agarrada de mierda, por qué lo iba a cagar así a Rafael. Él sabía que tenía muchas muchas ganas de irse. Hacía como un año que estaba juntando plata, desde que se había ido Cristian. ¿Por qué le tenía que pagar el coche que igual se iba a romper un día de estos porque era chatarra, un Falcon del año del pedo al que ni se le podían bajar las ventanillas y se quedaba parado todo el tiempo? Y además Rafael trabajaba en el kiosco de su mamá tres veces por semana, a la noche, así que pasaba esos tres días sin dormir, todo para irse. Chusma insensible.

Se tiró en el sillón y encendió la tele, pero como siempre no había nada para ver. Tenía que comer algo, pero la heladera estaba vacía y además sabía que si empezaba a comer iba a terminar con ganas de vomitar. Lucía decía que eso le pasaba porque fumaba demasiado y él sentía que si no fumaba se volvía loco, así que no había arreglo. Pero podía ir a ver a Rafael, visitarlo para charlar y saber cómo estaba. Borracho, seguro, pero a lo mejor necesitaba hablar con alguien.

Rafael todavía no estaba muy borracho, pero faltaba poco. Lo primero que le dijo a Matías, cuando lo vio aparecer por la puerta del costado del kiosco, fue «no me digas nada del coche, no estoy ni ahí de seguir hablando de ese coche de mierda, entrá y acompañame con una birra». Buenísimo, pensó Matías. Él tampoco tenía ganas de hablar del coche porque si Rafael estaba muy deprimido de verdad no iba a saber qué decirle, como de costumbre.

Pero no aceptó el vaso de cerveza que Rafael le ofrecía. No podía tomar alcohol con el estómago vacío.

–Después. ¿No tenés algo para comer?

–Agarrá un sándwich de miga de la heladera. Igual, no los compra nadie.

Matías eligió un triple de jamón, queso y tomate. Los primeros bocados le dieron náuseas, pero de a poco su estómago se fue acostumbrando a la comida. No sabía cocinar casi nada, así que solamente comía cuando Lucía preparaba algo, y a veces las porciones no alcanzaban para los dos. Aunque se muriera de hambre, le decía a Lucía que comiera todo, que él se arreglaba; mentía, le aseguraba que había picado algo por ahí. Mamá cocinaba, pero él no quería deberle nada. Además, últimamente su comida le daba asco. Le resultaba demasiado grasosa, le molestaba que untara con grasa la plancha para los bifes, odiaba sus salsas con carne picada barata. Cuando era chico, se acordaba, adoraba la comida de Mamá, y le encantaba el ruido del agua escurriéndose por el colador cuando echaba los ravioles del domingo. También le gustaban los asados de Papá, y todavía más los del Tigre, pero nunca había aprendido cómo se hacían ni tenía con qué pagar la carne. Había adelgazado mucho en el último año, pero le gustaba su cuerpo, que había perdido toda la grasa infantil y estaba flaco y tenso como una rama.

Pero la dieta desastrosa se le notaba en la cara. Tenía los párpados hinchados y le sangraba el labio inferior, siempre cortajeado, como en invierno. Le temblaban las manos. Sabía que Rafael lo notaba, pero nunca le decía nada. Algunas veces lo invitaba a comer a su casa, pero muy de vez en cuando. No sabía si Rafael no quería meterse o estaba demasiado preocupado con sus cosas como para agregarse otro problema más.

Después de dos sándwiches, aceptó la cerveza y la charla de Rafael. Lo escuchó contarle pavadas, cosas de sus amigos, del fútbol, de lo que había visto en la tele, de los pasajeros del remís, los viajes raros que había hecho. Matías, sin embargo, apenas lo escuchaba. La cerveza le había revuelto el estómago y, aunque se esforzaba, no podía contener más la acidez dolorosa y el vómito.

Tuvo que levantarse de golpe, y casi correr hasta el baño. Apenas llegó al inodoro se le llenaron los ojos de lágrimas no solo por las arcadas, sino porque tenía miedo de no ser capaz de volver a comer normalmente, como antes. No entendía por qué algo tan sencillo se había convertido en lo más difícil del mundo.

Cuando salió del baño, después de limpiar cuidadosamente el inodoro con papel higiénico y hacerse un pequeño buche, encontró a Rafael de pie, encendiendo el último cigarrillo del paquete. Se sentó, y se preparó para el sermón. Lo esperaba, y a lo mejor lo necesitaba.

–Matías, estás hecho mierda, boludo –dijo Rafael.

–Y sí.

–¿Qué te pasa?

Matías se quedó mirándolo. Le pasaba de todo. Pero le salió decir «no duermo».

–¿Cómo que no dormís, loco?

–Eso, no duermo, nunca puedo dormir. Y me duele la espalda. Y me quiero ir a la mierda. No aguanto estar en mi casa.

–Pero si estás todo el puto tiempo en tu casa, Mato.

Era cierto. Se pasaba las noches ahí adentro pensando siempre en lo mismo y, como apenas dormía, cuando se despertaba a las dos de la tarde estaba cansado y con dolor de cabeza. No le daban ganas de salir ni de hacer nada, así que seguía tirado en el sillón haciendo zapping, pensando y sin comer. Y lloraba, eso era lo que más le preocupaba, aunque no se sentía exactamente triste. Era raro estar en casa con un enfermo. No había que hacer ruido, ni traer gente, y menos a la noche. Y además sentía que estaba mal irse y dejarla sola, era como borrarse, todo el mundo se había borrado. Los amigos de Carla la visitaron al principio pero después, cuando se dieron cuenta de que ella estaba loca, o que ya no había nada que hacer, o cuando se impresionaron mucho, dejaron de hacerlo. Papá se había portado peor todavía, porque un mes después de que Carla se pegó el tiro, anunció que tenía otra mujer y se mudó con ella. Mamá lloraba y era inútil todo lo que se le dijera porque estaba completamente de la cabeza..., aunque por lo menos se hacía cargo de su nieto. Y él se quedaba en casa y era un buen hermano,

aunque no le hablara a Carla y pasara casi corriendo por la puerta de la pieza para no verla.

–A mí me parece –empezó a decir Rafael, que a esta altura estaba seriamente borracho–, no es para que te ofendas, pero por ejemplo cuando se fue el viejo, mi viejo, mi mamá estaba hecha bosta, deprimida, y como no se ponía las pilas fue a una psicóloga. Y le vino bien, viste que mi vieja es una copada. A vos te pasaron un montón de cosas y por ahí, digo, nomás. Sos pendejo y es difícil, es una mierda, bancarse todo lo que te pasó.

–Y qué le digo a la psicóloga.

–No sé, Mato. Algo tendrás para contarle.

–No.

–Bueno.

–No, no quiero ir.

–Bueno, loco.

–Si voy le tengo que hablar de Papá y no estoy ni ahí.

Rafael se sobresaltó un poco, pero no dijo nada. Solo se mordió un poco las uñas y se puso colorado. Matías nunca lo había visto tan incómodo, y por un momento sintió un verdadero desprecio por el amigo de su hermano, por su forma bonachona de evitar ciertos temas. Ni siquiera habían hablado de lo de Carla. Él lo había disculpado, porque comprendía que Rafael podía estar impresionado; después de todo, había participado del desastre de la peor manera. Pero ahora, descompuesto y cansado, tuvo ganas de molestarlo, vengarse de algo, no sabía de qué.

–Rafa, no te hagas el boludo que vos sabés todo, Cristian te contó, me revienta que nadie diga nada nunca, nadie habla de eso, estoy harto.

Matías estaba muy cansado, algo borracho, se sentía casi drogado, de otra manera nunca hubiera sacado el tema. Pero cuando lo hizo fue como si el nudo que tenía todo el tiempo en la boca del estómago se aflojara. Hasta pensó en la posibilidad de sacar otro sándwich de la heladera. Aunque le había temblado la voz y tenía ganas de llorar, no le daba vergüenza. Era tan extraño. Y no podía parar de hablar, tampoco.

–Y aparte estoy pensando últimamente. Quiero decir, pasé años

sin pensar en eso pero ahora es como que me acordé de todo y no me lo puedo sacar de la cabeza y estoy enroscado. Y medio caliente también porque nadie habla de eso nunca y porque nadie se metió en su momento.

–Yo era muy pendejo para meterme, y aparte me enteré mucho después, vos sabés.

–Ya sé, no te estoy reprochando nada a vos, boludo.

–Y no te pregunto porque, yo pienso, ¿no?, no te debe gustar hablar de eso.

–No me gusta pero tampoco es como que no puedo hablar ni nada. No hablo porque nadie me saca el tema nunca. Y porque me da vergüenza, pero con vos no me da vergüenza porque sos como mi hermano.

Era peor que eso todavía, pensó Matías. La verdad, le parecía que no le molestaba para nada hablar de eso. Le molestaba porque se suponía que tenía que molestarle, y se suponía que tenía que reaccionar mal cuando alguien le preguntaba por Papá, los ojos llenos de lágrimas y un acongojado no-puedo-hablar-de-eso y hasta levantarse e irse no-me-puedo-enfrentar-a-eso-entonces-escapo. Pero no era así. No le molestaba. Era cierto que hablaba poco, pero no porque no quisiera hablar, soy-reservado-y-estoy-traumadoy-tengo-muchos-problemas. Si no hablaba era porque no estaba acostumbrado a que le preguntaran, nada más. Falta de práctica, pensaba Matías. Pero Rafael no quiso seguir preguntando y se puso a contarle de Barcelona, de lo lindas que eran las playas cerca de ahí, de cómo y qué comían y todo el trabajo que había, y el bajón de que pasara lo del auto justo cuando había juntado para el pasaje, qué leche, pendejo, qué mala leche tenemos, la puta que lo parió.

No tenía ganas de llorar. No estaba triste. Tampoco podía levantarse del sillón. Encendió la tele.

Un periodista le preguntaba a una chica:

–¿Sabés diferenciar el bien del mal?

(Insegura.)

–Creo que sí.

–¿Qué ves de malo ahora?

–Algunas cosas que se ven en la tele.

Otra chica había ganado un premio con un cuento sobre la donación de órganos. No, un cuento no. Un ensayo. ¿Qué sería eso? Todos los chicos que estaban ahí, con el periodista pelado y feo, decían que iban a donar sus órganos cuando se murieran. Todos tenían uniforme. Matías no había ido a un colegio con uniforme. Ni siquiera había usado guardapolvo. Era mejor. Tampoco le parecía que fuera a donar sus órganos.

–¿Tenés algún sueño para cuando seas grande?

Ya *son* grandes, pensó Matías. Estaban todos en la secundaria.

–Que el país sea confiable.

–¿Te gusta cómo se están portando los grandes?

–No. En la televisión se ven cosas poco éticas.

El periodista miraba la cámara. Era realmente feo.

–Si vos no tenés un ejemplo, sé tu ejemplo.

Qué montón de pelotudos, pensó Matías. Se le habían terminado los cigarrillos, otra vez.

Tenía que tomarse las cosas en serio. Tenía que ir al psicólogo. Tenía que estudiar o trabajar. Tenía que cuidar a su hermana. Tenía que pensar con conceptos, como hacía esa gente inteligente que iba de invitada a los programas de la tele. Como ese hombre, por ejemplo. Trabajaba de editor en una revista o un diario (lo había dicho el periodista que conducía el programa) y parecía que su trabajo lo tenía contento y lo hacía sentir inteligente, y se veía que tenía plata (y una casa hermosa, seguramente, prolija y con buen gusto, como la de Roberto, su amigo rico de la secundaria). El hombre (ojos azules, anteojos, nariz fina, lindo sobretodo) decía que «el problema con la crítica de arte en la Argentina es que no existe un pensamiento social a partir del hecho artístico».

Bueno, pensó Matías. ¿Y a mí qué mierda me importa? ¿De qué carajo estaba hablando? ¿Era algo importante? ¿Era grave que él no entendiera nada? Siempre parecía que había que decir cosas así.

Que las cosas eran y además había que pensar sobre ellas y llegar a conclusiones y decirlas.

Pero él no pensaba sobre las cosas. Tal cosa le gustaba, la otra no. ¿Por qué había que pensar por qué le gustaban?

Había hablado de algo así con Rafael. Él decía que el problema con la gente inteligente era que creían que los otros eran inteligentes solo si tenían algo inteligente que decir sobre algo. Y que eran unos boludos y unos viejos chotos que no entendían nada. Pero Rafael no lo convenció. Parecía que le hubiera gustado tener algo que decir y como no sabía qué, ni cómo decirlo, se enojaba.

Tengo que dejar de fumar, pensó Matías. Eso sería algo importante, inteligente. Por lo menos fumar menos de veinte cigarrillos, aunque sea quince, o no fumar el de antes de dormir o el de después de lavarse los dientes, para no tener más tos a la mañana ni ese dolor de cabeza por dormir en una pieza llena de humo, y para gastar menos plata, porque los cigarrillos estaban caros. No podía abusar más del fiado de Rafael.

Los dedos manchados apestando a nicotina lo hacían parecer sucio, más viejo.

Todas las personas que conocía fumaban. Menos Carla, claro (penoso explicar por qué). Rafael fumaba. El Tigre fumaba los cigarrillos por la mitad, de puro ansioso; en una noche llenaba diez ceniceros. Javier era capaz de superarlo. Y Cristian era el que más fumaba, siempre dejaba varios atados desperdigados por la casa. Ubicaba el cigarrillo bien en la comisura del labio. Hablaba con el cigarro en la boca, achicando apenas los ojos. Olía a cenicero. La mancha amarillenta en la uña del dedo mayor era pegajosa. Siempre que escribía o copiaba cosas en uno de sus cuadernos fumaba. Todavía quedaban restos de cenizas en los lomos, donde se juntaban las páginas, porque Cristian no usaba cuadernos de espiral, usaba una marca encuadernada como un libro. Abrió uno, el que estaba escrito hasta la mitad: «No me importa si soy viejo / no me importa no tener mente / andate, andate de tu casa / tengo miedo, tengo miedo de un fantasma»: Kurt.

Eso le gustó. Pero no entendió lo que decía después: «Y los animales que atrapé / se convirtieron en mis mascotas / Vivo de

pasto / y de las gotas que caen del techo / pero está bien comer pescado / porque no tienen sentimientos». Siempre era igual: cuando le parecía que el cuaderno le estaba diciendo algo, al final lo confundía.

Hacía más de un año (¡más de un año!) que no se acostaba con nadie. ¿Y con quién se imaginaba cosas? Con nadie en especial. Con una chica que había visto una vez desde el colectivo 20. Una chica vestida de negro, de pelo larguísimo, leyendo (¡leyendo!) sentada en el cordón de la vereda del enorme supermercado que quedaba cerca del Riachuelo, frente a la estación de servicio Shell, muy tarde a la noche. Había hecho todo el viaje pensando en la chica, si estaría esperando algún colectivo, si no tendría miedo ahí sola cerca de los frigoríficos abandonados, en esa calle empedrada y vacía, con el olor apestoso del agua estancada del Riachuelo, con los ladrones y los policías violadores. Si no la habrían molestado los tipos de la Shell.

Qué estaría leyendo.

Había imaginado cómo se bajaba del colectivo, cómo hablaban y se iban juntos a su casa (suponiendo que Carla no estaba o no tenía la cara como la tenía, porque Carla espantaría a Satanás) y dormían juntos.

Podría haberse bajado del 20 de verdad, pero por supuesto no lo había hecho.

Y ahora hacía mucho que no tomaba el colectivo. Era más caro que el tren, y tampoco tomaba el tren muy seguido, porque desde que no iba a la escuela, no tenía mucho que ir a hacer a Capital. Salvo visitar a Marcela, su única amiga, la única compañera de la secundaria con la que todavía se veía, aunque ella la había dejado un año antes que él, o más bien la habían echado por fumar un porro en el patio. A Roberto lo había visitado una o dos veces, también. Lo extrañaba, pero sentía que tenían una charla pendiente, y Matías quería evitarla. Todo había cambiado con Roberto desde que le contó lo de Papá. Durante un tiempo pensó que podían seguir

siendo amigos como si nunca le hubiera dicho nada, pero no se podía. Él no podía, por lo menos. Y Roberto no hacía muchos esfuerzos por acercarse, tampoco. Tenía su número de teléfono, pero rara vez llamaba. No lo visitaba porque, según decía, le daba un poco de miedo ir hasta el barrio. Matías no había insistido ni explicado que en realidad la gente exageraba mucho, que el barrio no era tan pesado. Podía vivir sin Roberto, y sabía que, si lo necesitaba de verdad, todavía podía llamarlo.

Prefería la compañía de Marcela. Nadie la quería. Ser raro en la escuela estaba bien, todos se hacían los raros, pero Marcela exageraba. Era muy puta, por empezar, y no era linda. Y le interesaban cosas raras, era amiga de travestis que a la mañana la acompañaban hasta la puerta de la escuela; llegaba totalmente drogada, y a veces se dormía o se desmayaba en clase. Pero cuando llamaban a su casa, nadie la venía a buscar. A Matías le daba miedo que la metieran en un instituto de menores, pero Marcela misma le había dicho que la escuela no quería quilombo, y la dejaban que se reventara tranquila, y fue así hasta lo del porro, pero también era cierto que ella se lo había fumado a propósito para hacerse echar, ya estaba harta. Siempre aparecía con toda la cara maquillada de blanco y por eso sus dientes parecían más amarillos de lo que eran (y eran bastante amarillos). Parecía una geisha gorda y alucinada. Usaba polleras de cuero negro cortas, con medias de red, y exhibía su celulitis como un trofeo. Y era realmente alta, casi un metro ochenta. Los varones le tenían un poco de miedo y mucho asco, no la trataban del todo mal, porque Marcela siempre les chupaba la pija en el baño si estaba con ganas, pero por atrás le decían gorda monstrua y trola. Y las chicas hablaban mal de ella todo el día, ni las más bravas ni las más raras se le acercaban. Lo extraño era que a Marcela no le importaba: ni siquiera las odiaba. Creía que eran unas imbéciles y punto. Matías la admiraba secretamente por eso, como admiraba la audacia del Tigre y la distancia fría que ponía su hermano mayor.

Se habían hecho amigos de a poco: una vez Matías le había dicho que se limpiara la nariz porque junto a los mocos le estaba goteando merca; Marcela estaba resfriada. Otra vez a ella le había gustado

algo que Matías había escrito y leído en clase (y se lo había dicho) y otra vez se habían encontrado para fumar un cigarrillo en un patio interno que usaban para esconderse (porque no los dejaban fumar en el patio grande), y ella le había contado que sus abuelos, con los que vivía (la mamá la había dejado con ellos hacía muchos años, y Marcela no sabía dónde estaba), eran muy religiosos, y como la mamá de Matías estaba en pleno furor con la Iglesia evangélica en ese momento, charlaron un montón y se cagaron en Dios, y Marcela se había reído de lo que decía Matías, «sos copado, al final, Kovac», le había dicho. Marcela era satanista; a Matías le parecía una estupidez, pero lo que le contaba era divertido, los rituales que hacía, y cómo se enojaba cuando explicaba que el satanismo no tenía nada que ver con el mal ni con matar bebés sino con ser rebelde y uno mismo. Había empezado a visitarla cuando los abuelos no estaban, después de la escuela, y se metían en la pieza a hablar y hablar y a escuchar discos. Marcela no tenía problemas en contar los detalles más vergonzosos de su vida, tanto que a él le dieron ganas de contarle lo de Papá, pero no se atrevió.

A lo mejor algún día iba a hacerlo. Marcela no se iba a horrorizar: conocía un montón de gente pesada del centro, porque andaba con putas y travestis y gente de boliches de la noche. Y no hablaba por hablar: conocía a esa gente en serio. Ella lo había visitado una sola vez, antes de que mataran al Tigre, y se había quedado tomando cocaína con Javier toda la noche; a la madrugada, Matías los encontró desnudos en el garaje, cogiendo. Al día siguiente, le había dicho que era una asquerosa: de todos los hombres del mundo, seguramente Javier era el más desagradable. Ella se había empolvado la cara de blanco –no necesitaba ni un solo grado de palidez más, sin embargo– y le había dicho que bueno, por lo menos ahora me va a fiar merca. Se había equivocado: Javier no era tan blando, y había aprendido del Tigre. Pero ella nunca desaprovechaba una oportunidad.

Matías trataba de no llamar nunca a la casa de Marcela, porque la abuela le daba miedo. No lo trataba mal, pero se notaba tanto que estaba loca que prefería ir a ver a su amiga directamente y sin

avisar. Ella trabajaba en un local de una galería del Centro: vendía zapatos con plataforma.

Estaba acostumbrado a verla vestida y peinada y maquillada de las formas más extrañas, pero cuando la vio esa tarde en la puerta del local fumando como loca, se sorprendió igual. Aparte de que se debía estar muriendo de calor con los pantalones de cuero y el corset y la peluca en pleno verano, se había depilado las cejas. Matías había leído en algún lado que las cejas servían para detener la transpiración, para que el sudor de la cabeza no se metiera en los ojos, y se imaginó a Marcela con los ojos llenos de pintura blanca, restregándoselos todo el tiempo.

–¡KOVAC! –le gritó ella cuando lo reconoció, y corrió a abrazarlo. Era muy cariñosa, y a él eso le molestaba; ella lo sabía pero no le importaba. Una vez le había dicho «me importa una mierda que seas arisco porque sos lindo y me gusta agarrarte». A él le gustaba que le dijera Kovac en lugar de Matías. En la escuela era común que te llamaran por el apellido, pero como el de él era raro, todos le decían Matías. Marcela no, porque Kovac le parecía «exótico y europeo». Era un apellido común en Croacia, era como López o García, pensaba Matías, pero la verdad que una de las pocas cosas que le gustaban de sí mismo era su apellido.

En el local hacía mucho, demasiado calor, y Marcela movió un ventilador turbo para que le diera a él de frente. Ella se apantallaba con un papel. Y empezó a contarle un montón de cosas. Le mostró sus tatuajes nuevos. Le contó de un boliche donde iba a bailar a la madrugada, todos la conocían, se había hecho manager de un grupo que todavía no tenía disco grabado pero en eso estaban y tocaban seguido «y tenés que venir Kovac vos tenés buen gusto y vas a ver que son buenos», estaba haciendo performances en otro boliche y con eso ganaba plata (una de las performances que hacía era como una obra de teatro en la que aparecía vestida de novia embarazada y de repente tenía un aborto: usaba sangre de utilería, y después de desangrarse «hago como un numerito de sexo, pero nada porno, todo muy cuidado y erótico, porque todavía soy menor y no es que los dueños *sepan* que soy menor, *obvio*, porque si se enteran frickean y me echan, la ley, te das cuenta»). Le pagaban bastante

bien en el local de zapatos, aunque no se vendía mucho, y estaba juntando plata para mudarse a vivir con alguien, con una amiga, porque no aguantaba vivir más con la abuela que le rompía las pelotas. Todo mientras le decía los precios a la gente que entraba, aunque nadie compraba (era todo caro, le parecía a Matías, y aparte esos zapatos eran lindos pero no servían para nada, no se podía caminar con plataformas tan altas. Bueno, Marcela podía, pero Marcela no era una persona común).

Después de contarle todo en menos de media hora, le preguntó en qué andaba. Siempre era lo mismo porque Marcela tenía miles de planes y le gustaba hablar de sí misma. Pero también sabía escuchar, solo había que darle tiempo.

–En nada –dijo Matías, porque eso era lo que siempre le contestaba a Marcela.

–Mejor –le contestó ella–. Así no tenés ninguna excusa, vos que siempre te cortás y no querés acompañarme a ningún lado. Te llevo a la marcha.

–¿Qué marcha?

Marcela le señaló un volante pegado en la vidriera. Matías ya lo había visto en toda la galería pero no le había prestado atención.

Le habían puesto de nombre «Marcha contra la discriminación», y se suponía que debía ser un festejo, pero salvo Marcela, algunos de sus amigos y un grupo de chicos asombrosamente lindos y llamativos que bailaban en la vereda, nadie parecía muy feliz, pensaba Matías. La consigna que venía impresa en los volantes fotocopiados decía que tenían que reunirse a las siete de la tarde en el monumento a Don Quijote. Ya eran las ocho y no había más de cincuenta personas.

Matías no creía que llegara mucha más gente, pero Marcela estaba segura de que sí, y además no tenía sentido discutirle porque igual él no tenía nada mejor que hacer, y ella no lo iba a dejar irse.

–Kovac, vamos a bailar. Fiesta, mi amor.

–No, andá vos.

Marcela se puso a bailar al lado de una combi con parlantes que alguien había traído para la ocasión. La marcha no estaba bien organizada, se notaba, solamente habían repartido volantes en la galería. Por eso debían ser tan pocos. En las marchas de ese estilo que Matías había visto en la tele, siempre había cuadras y cuadras llenas de gente.

Un chico muy alto, que tenía una pollera negra y borceguíes y el pelo largo peinado en rastas finitas era la estrella de la tarde: la gente llegaba y gritaba «ahí está Galo», o lo saludaba «hola, Galo, amor mío». Ese nombre le parecía lindo a Matías. Pero aparte de Galo y sus amigos, otros cinco o seis chicos y chicas, exagerados y lindos, Matías seguía sin ver a nadie que estuviera pasándola realmente bien. Marcela y sus amigos hacían como que estaban en una fiesta y bailaban, pero nadie les prestaba atención, por pendejos, y mucho menos el codiciado Galo y sus preciosos acompañantes. Así que tampoco estaban cómodos, hacían como si estuvieran. Los demás, ¿qué? Los demás tenían vergüenza. ¿Y por qué estaban ahí, entonces? Porque, se le ocurría a Matías, por ahí estaban esperando encontrar a alguien que tuviera la misma locura que ellos, o la misma angustia, y aunque no se animaran a hablarse, por ahí se sentían menos solos. Debía ser eso. Había uno, por ejemplo, tan marica que daba lástima mirarlo, pensaba Matías. Morocho, claramente villero, con un jean barato ajustado y uñas que habían estado pintadas (ahora del esmalte, saltado, quedaban solamente manchas), se sentaba al lado del monumento mirando todo con tanta ansiedad, demasiado tímido. Se muere por ir a bailar con ellos, pensaba Matías, pero no puede. Miraba para todos lados alerta como esperando que lo insultaran o le quisieran pegar, y no era para menos, pensaba Matías, si hasta cuando sacaba un cigarrillo del atado lo sacaba con un gesto bien de loca. En su barrio, a ese chico le pegarían por deporte, no podría poner un pie en la calle. Por lo menos hasta que creciera, y si aguantaba, como su vecino de a la vuelta, que era casi travesti; ya nadie se metía con él, les había ganado por cansancio. Matías se acordaba de que Rafael, el año pasado, lo había agarrado en plan hermano mayor, muy serio,

para preguntarle si se estaba haciendo puto. Sospechaba porque Matías no jugaba al fútbol. Lo mandó a la mierda, porque sí jugaba al fútbol, pero con los de la escuela, entonces Rafael no se enteraba. No jugaba con los del barrio porque eran muy buenos y él era medio duro, así que o lo cagaban a patadas o a pelotazos o a puteadas. Y eso si lo ponían en el equipo. Y si lo ponían, lo sacaban enseguida. En la escuela no eran tan buenos como en el barrio, entonces podía jugar tranquilo. Pero igual le había molestado muchísimo que Rafael lo tratara de puto porque si era puto, ¿qué? A veces Rafael era tan prejuicioso, qué tenía que ver el fútbol con ser puto; era sorprendente que fuera amigo de Cristian, su hermano jamás le hubiera preguntado algo así, y era el único que nunca se había burlado del vecino de a la vuelta. Unas cuantas veces Matías los había visto charlando; cuando Rafael hacía algún chiste al respecto, Cristian lo hacía callar sin enojarse pero cortante, como siempre. A Matías nunca le había parecido mal que alguien se hiciera puto, complicado sí, pero no mal. Igual nunca lo decía, porque si defendías a los putos la gente pensaba que los defendías porque eras puto también.

El chico tan marica no era el único que la pasaba mal. Las chicas gorditas, mal pintadas, con ropa estrafalaria que seguramente habían cosido ellas mismas, fumando sentadas con cara de malas, también se morían por ser divinas, y si no bailaban era porque tenían miedo de que se les notara la grasa de la panza y la celulitis en las piernas. Podían aprender de Marcela, pensaba Matías.

–Hola –le dijo un chico de uñas negras y ojos enrojecidos. Y después–: ¿Estás con el fan club?

–No. –De qué fan club me habla, pensó Matías.

–¿Y conocés a alguien? Me dijeron que iban a venir los de la CH.

–¿La ce qué?

–La Comunidad Homosexual. Y las travestis también. ¿Los conocés?

–No.

–¿Y no sabés de un periodista, algo?

–Ni idea.

–Pasa que necesito un abogado. Me escapé del Borda hace un par

de horas.

A la mierda, pensó Matías, y se quedó mirando al chico. El Borda era el psiquiátrico más denso de la ciudad, solo comparable con el Moyano para minas, donde seguramente iba a terminar Carla, pensaba Matías. Mirando al chico se imaginó zombies drogados, locos con la pija al aire delirando, electroshocks y camisas de fuerza y habitaciones acolchadas, enfermeros perversos y más locos que los locos y pastillas, y enfermos atados a la cama y gente babeando.

–¿En serio?

–Me metió mi mamá. Mi mamá es evangelista. Viste que los evangelistas están locos. Ella está loca. En mi casa rezan todo el día. Dicen que me voy a ir al infierno y mi mamá me metió en el Borda y le dio la custodia al juez pero ayer me escapé.

El chico paró de hablar y tomó aire. No había respirado entre frases. Le temblaba la mano donde llevaba el papel que le mostró a Matías.

–Mirá lo que dice ahí.

Decía muchas cosas pero lo importante era que decía «esquizofrénico paranoide».

–Y ahora me asusté y quiero ir a un psicólogo bueno. Yo no soy así como me ves ahora hablo medio raro porque todavía tengo el efecto de las pastillas pero si no soy normal aparte no sé cómo pudieron llegar a esa conclusión si ahí me preguntaron dos boludeces si estaba deprimido y yo dije que sí más vale que estoy deprimido cómo no voy a estar deprimido viviendo con mi vieja y ahí ponen que me visto mostrando rebeldía y no sé qué pero nada que ver y me dieron un montón de pastillas y un pibe que estaba internado hacía como un mes me enseñó cómo hacer para escaparme pero ahora pensé que como mi mamá le dio la custodia al juez me van a buscar y si me encuentran me van a volver a meter adentro y quién sabe cuándo salgo entonces por la radio me enteré de esta marcha y vine porque necesito un abogado y aparte a ver si veía algún conocido porque anoche dormí en la calle y es un garrón, no sabés. Un garrón.

El chico se estaba retorciendo las manos y estaba a punto de llorar. Matías le devolvió el papel, y cuando intentó decirle que no

podía ayudarlo, que no sabía cómo, el chico se largó a llorar en serio y Matías amagó a pasarle un brazo por arriba de los hombros, pero no hizo nada.

–Yo iba a empezar la facu, me gustan las compu, iba a estudiar análisis de sistemas, y sé inglés y ahora esto me caga todo, decime vos si puede estar loca una persona que quiere estudiar eso.

–No, claro.

–Y bueno, ves, son unos hijos de puta.

Ahora el chico lloraba más todavía con toda la parafernalia de gemidos, mocos, manos en la cara y muchas sacudidas. Le temblaban las piernas. Y Matías pensó que tenía que abrazarlo ahora o nunca, pero no podía porque lo conocía recién, no lo quería ni nada. Se le había caído el papel al piso y Matías lo agarró y lo dobló hasta dejarlo un cuadrado chiquito.

–Ayudame –lloró el chico, y Matías pensó por qué no me dejás de romper las pelotas, pero al mismo tiempo pensó que era una putada no hacer algo, no se tenía que quedar pegado al chico, alcanzaba con conseguirle a alguien que conociera a un abogado.

Pero él solamente conocía a Marcela, y Marcela tenía cerebro de pajarito y un chico loco le iba a parecer *alucinante*, pero de ahí a que pudiera ayudar había un trecho. Para drogas y reviente en general se podía confiar en ella, pero para algo serio, difícil.

El chico había dicho algo acerca de la Comunidad Homosexual. Matías miró alrededor. Se imaginó que los de la CH debían tener un cartel, una bandera o algo que los identificara, se los imaginaba discretos, onda pelito corto. Ninguno de esos chicos decorados parecía de la CH. Pero alguno debía conocerlos. Y seguro que el de la pollera, el de las rastas largas que parecía una estrella de rock, tenía una idea.

–Esperá –le dijo al chico.

¿Por qué lo ponía tan nervioso acercarse al de la pollera? ¿Porque le gustaba? No, no le gustaba. Muy travesti, no le gustaban las travestis. ¿Por qué, entonces? Porque ese chico estaba *seguro.* Estaba *cómodo*. Se sentía *lindo*. Llamaba la atención y estaba bien, porque se lo merecía. Uno no podía sacarle los ojos de encima.

Matías le tocó el hombro. El chico se dio vuelta. Tenía anteojos

oscuros.

–¿Sí? –le dijo, y sonrió. Matías no podía creerlo. El chico estaba dispuesto a escucharlo. Le daba bola. Había dejado de bailar para atenderlo.

–Eh. Hola. ¿Conocés a alguien de la CH? Yo soy Matías.

–Hola, Matías, yo soy Galo. Sí, conozco, pero todavía no llegó nadie. No sé si van a venir... Ofrecieron apoyo moral, digamos. ¿Por qué, necesitás algo?

–Y, buscaba un abogado.

Galo se sacó los anteojos oscuros para mirarlo. Tenía lentes de contacto azules: se notaba porque los ojos le brillaban raro y las pupilas estaban fijas.

–¿Por qué? ¿Algún bardo?

–No, mío no, es que...

Le contó la historia del chico loco lo mejor que pudo. En la mitad, Galo lo interrumpió.

–Llevame. ¿Dónde está?

Fueron. Y Matías, boquiabierto, presenció cómo Galo volvía a escuchar todo con suma paciencia, leía atentamente el papel, le secaba las mejillas al loco y trataba de acomodarle el maquillaje corrido que le había dejado rayas negras en las mejillas. Después lo tranquilizó con un plan práctico:

–Ahora vamos a la marcha, necesitás fiesta y divertirte. Cuando termine la marcha vamos a un locutorio y llamamos a Kauffman, el abogado de la CH –al que Galo conocía–, y él nos va a ayudar. Vos no te preocupes.

–A lo mejor hasta mi mamá afloja, porque cuando me fue a visitar al Borda lloró...

Eso no se lo había dicho a Matías.

–Pero sí, amor mío, es tu mamá. Vos tenés que mentirle, no ser tonto, y decirle que creés en Dios y listo. Y después te vas de tu casa, clamás por independencia y adultez y ¡ya está! Todas las mamis son *crazies*, por eso no hay que potenciarlas. Hay que negociar. ¿Vos tenés trabajo?

–No, pero tengo un tío que...

–Te puede conseguir.

–Y sí. A lo mejor.

–Perfecto, hablás con tu tío, entonces. Va a estar todo bien.

Galo se paró y se apoyó en el hombro de Matías.

–Yo voy a loquear un poco ahora, porque vengo a ser la cheerleader de la noche. Pero quédense cerca. Vos, Matías, no me lo pierdas de vista a Gonza... –así se llamaba– y después vienen y nos emplumamos y bailamos y escandalizamos a las viejas y después resolvemos este percance, ¿entendido, bonitos?

–Sí.

–*Au revoir* y no se pierdan.

Ahora el loco (Gonzalo, pensaba Matías, está mal decirle el loco porque aparte no está loco) lo miraba con amor a él, por carácter transitivo. Ya era de noche y habían encendido las luces de la fuente. El agua brillaba roja, amarilla y verde, como un semáforo de serpentinas. Hacía calor. Las cotorritas revoloteaban alrededor de los faroles, se golpeaban, descansaban y volvían a revolotear. Una canción chillona y pegadiza salía de los parlantes de la combi, y a Matías le dieron ganas de bailar. Nunca había tenido ganas de bailar antes, nunca.

Pero no iba a bailar. Porque era una vergüenza que se sintiera bien, que estuviera cómodo entre locos y putos y travestis. Lógico, Matías: el chico abusado se lleva bien con los degenerados, los enfermos, no con la gente normal. Qué vergüenza.

Igual iba a marchar, claro. No podía dejar solo a Gonzalo y le había prometido a Galo cuidarlo. A Marcela sí podía dejarla. Se estaba besuqueando, mucha lengua y la cara mojada de saliva, con un chico espantoso lleno de granos y con aros en la nariz. Marcela nunca iba a dejar de ser una puta adolescente, pensaba Matías.

Descubrió que en la marcha era complicado estar cerca de Galo, porque Galo estaba en todas partes. Corriendo como Heidi entre la gente, robándole una boa de plumas a una travesti inmensa, con pelo en el pecho, entre las tetas falsas. Tirándose a los pies de los policías para lamerles las botas y reírse de ellos, que no podían patearlo, porque algunos periodistas le sacaban fotos, acostado en la calle entre las motos de la Policía. Y después volvía a correr y treparse a la combi y alentar y cantar a gritos.

Galo se arrancó la pollera y la enarboló sobre la cabeza, colgado de la camioneta. Llevaba solamente un suspensor: el culo depilado, suave, temblaba. Tenía piernas de mujer y el pecho plano y fuerte, sin un pelo. Un aro dorado le colgaba del pezón izquierdo. La gente aullaba.

La travesti enorme, apurada, quería ver a Galo, pero los tacos vertiginosos le impedían correr. Se los sacó, y siguió descalza, de la mano de alguien que Matías, aunque lo miró bien, no pudo distinguir de qué sexo era.

Nunca había visto gente así. No sabía que existían. Se imaginó que a Rafael y sus amigos del barrio les parecerían repugnantes, pero él no era como Rafael y sus amigos. Creía que le gustaban, que le caían bien, pero todavía no podía decidir si eso estaba bien o estaba mal.

El abogado los iba a atender al otro día, pero les anticipó que si la mamá reclamaba la custodia era fácil solucionar todo. Había que convencerla. Pero Gonzalo no quería volver esa noche. Galo dijo que bueno, vamos todos para mi casa y te acomodo en algún lado, mañana volvés a tu casa, la convencés a la vieja y a la tarde te entrevistás con Kauffman y final feliz. A Gonzalo le gustó la idea. Matías dijo que bueno, nos vemos, entonces, pero Galo insistió.

–Quedate vos también en casa, dale. Los invito a comer.

–No, bueno, tengo que volver...

–Dale, así nos conocemos un poco.

No hizo falta que le insistiera mucho más. ¿Qué cosa más importante tenía que hacer, después de todo?

Galo vivía en Palermo, en una casa enorme y vieja, que compartía con una chica. Al principio eran cuatro, pero una se había mudado con el novio y el otro se había ido del país. Así ninguno pagaba mucho de alquiler, y como la casa era grande, tampoco convivían tanto, entonces no se peleaban y estaba todo bien. Andaban buscando inquilino.

La casa era tipo chorizo, con un pasillo largo al que daban varias habitaciones, y tenía dos pisos. Arriba había dos piezas vacías. Abajo estaban Galo y Nada, la chica que les abrió la puerta. Galo le explicó la situación brevemente a su amiga, y le dijo que Matías era «un encanto que conocí ahí, en la marcha».

–¿Cómo estuvo? –preguntó Nada. Tenía el pelo oscuro y, aparte del nombre que seguramente no era el verdadero, era la chica más linda que Matías había visto en su vida. Había creído sinceramente que Galo vivía con un montón de travestis o algo así. No se esperaba a alguien como esa chica hermosa. Galo dijo que la marcha había sido «una boludez, pero divertida», y Nada se rió. Después dijo que iba a meter unas pizzas al horno, y les preguntó a Gonzalo y Matías si les gustaban las anchoas porque «estaba antojada y les encajé anchoas a todas». Tenía puesto nada más que un jean y una musculosa blanca, pero parecía alguien de la tele, con la piel blanca y los ojos azules y los labios como hinchados, pero naturalmente carnosos, no de plástico.

Gonzalo y Matías dijeron que todo bien. Galo se había ido a la pieza, y cuando volvió, era otra persona. Con jeans y remera, y el pelo recogido en una larga cola de caballo. Sin maquillaje.

–Bueno –dijo–. He vuelto a la normalidad. Tampoco es que ando todo el día divina, chicos, sepan disculpar.

Gonzalo se rió. Matías también, pero no entendía mucho.

–¿Trabajás de algo? –preguntó Gonzalo.

–Tengo un negocio de ropa rara en la galería Piccadilly. ¿La conocés?

–Sí, más vale.

–Bueno, en el subsuelo. Uno que tiene neón por todas partes.

–Ya sé cuál es.

–¿No es bárbaro? Es de mi madre, en realidad, pero yo se lo atiendo. Hace poco junté unos dinerillos haciendo unos mínimos trabajos de modelo, le compré una parte. Ahora es de los dos.

–Él es el de la propaganda del chocolate –explicó Nada.

Matías lo miró bien y ahora, vestido de persona normal, lo reconoció.

–Sí. Tampoco es que hago tantas propagandas ni desfiles porque

soy petiso para la profesión. ¿Y ustedes a qué se dedican, jóvenes?

–Yo no hago nada –dijo Matías.

–Pero claro, si sos bebé. Qué estás, en la secundaria.

–No, dejé el año pasado, pero tendría que estar, sí.

–Yo voy a estudiar análisis de sistemas.

–Yo paseo perros –dijo Nada, y se rió–. En serio: no saben qué buena plata se hace paseando perros.

Resultaba que hacía algo más que pasear perros. Tenía una banda: ella cantaba y tocaba la guitarra. A Matías le pareció genial porque pocas chicas estaban en grupos, y por eso Nada le gustó más todavía. Al rato, cuando terminaron de comer, Nada y Galo los invitaron a fumar un porro y tomar un vino. Fueron a la pieza de Nada para estar más cómodos. Estaba tapizada de pósteres de grupos y cantantes que Matías no conocía. Además tenía un montón de libros, en inglés y en castellano, y una computadora. Los tres, Galo, Gonzalo y Nada, se pusieron a hablar de internet y Matías empezó a deprimirse. Tenía tantas ganas de charlar con esos chicos, pero él era tan bruto. Había tantas cosas que no sabía. Nunca había navegado en internet solo. Había acompañado a Marcela a cibercafés, pero se aburría viéndola chatear. Él no se atrevía, además escribía muy lento con el teclado, no estaba acostumbrado. Marcela también le había sacado una dirección de mail, pero jamás la había usado. ¿Quién le iba a escribir? Solamente Cristian, pero no tenía su dirección; Rafael decía que la había cambiado hacía poco, y por algún motivo no le creía. Siempre que pasaba por la puerta del ciber del barrio, veía a todos esos chicos con las caras iluminadas por el azul de la pantalla, fumando tan concentrados que a veces se quemaban los dedos o tiraban ceniza sobre el teclado, en un mundo que le daba demasiada curiosidad, pero que no comprendía. Muchas veces, cuando conseguía algo de plata porque Mamá se dignaba a darle o Rafael le prestaba, pensaba en hacer un curso rápido, pero nadie enseñaba en el ciber del barrio, y siempre prefería usar la plata para otras cosas, cigarrillos, pilas para el walkman o incluso comida. En la escuela siempre le había ido mal en informática, Roberto le hacía los trabajos. Además, la escuela no tenía internet. Decían que si conectaban las máquinas, los alumnos iban a

pasársela jugando y chateando, y tenían razón, porque ni bien salían de la escuela sus compañeros se metían en el ciber que quedaba enfrente. Matías nunca iba. Le daba vergüenza que todos se enteraran de que no tenía la menor idea de lo que eran los juegos en red. Y justo ahora, cuando le parecía que podía hacerse amigo de esos chicos, se daba cuenta de que no tenía nada en común con ellos, nada de qué hablar, y encendió un cigarrillo.

Gonzalo había empezado a bostezar. Dijo que todavía estaba medio drogado por las pastillas, y que con el vino le había dado sueño. Galo se ofreció a llevarlo a la pieza que estaba vacía, y Gonzalo saludó. Quedaron en que al otro día se despertaban temprano, Matías para volver a su casa y Gonzalo para ir a lo de su mamá y después a lo del abogado. Galo le dijo a Matías «haceme acordar después que te dé el teléfono de acá, si querés llamar para averiguar cómo terminó nuestro caso».

Cuando se quedó solo con Nada, Matías no supo qué hacer ni qué decir, y se quedó callado. Pero ella le dio charla, así que tuvo que hablar.

–¿Cómo terminaste en la marcha?

–¿Por?

–Porque me imagino que todos los que fueron eran de la galería o amigos, y yo nunca te vi antes.

–Bueno, claro. Me invitó una chica que era compañera mía de la secundaria y que ahora trabaja ahí en un local de zapatos.

–¿Cómo se llama?

–Marcela.

–Ah, la conozco. ¿Y vos lo conocías de antes al chico ese?

–¿A Gonzalo? No.

–Entonces sos raro, también.

–Cómo raro.

–Raro como yo, te gusta la gente y no sos desconfiado.

Matías se quedó pensando un minuto. Nada lo interrumpió.

–Quiero decir raro porque no debería gustarte la gente y tendrías que ser más desconfiado, pero no sos.

–Puede ser –dijo Matías. Iba a pensar más en eso para estar seguro, pero le parecía que Nada tenía razón.

Ella bostezó.

–¿Te molesta dormir conmigo?

A Matías le dio pánico. Primero porque esa chica era obviamente hermosa, tanto que todas las mujeres que le habían parecido hermosas hasta ese momento estaban llenas de defectos, eran comunes, totalmente olvidables comparadas con ella. Si ella avanzaba, se la tenía que curtir, no quedaba otra. Pero si pasaba eso, iba a tener que reconocer que no tenía ganas de acostarse con ella. No lo calentaba, sobre todo le daba miedo terror, y si en el fondo de ese profundo miedo la deseaba no se daba cuenta, no podía distinguirlo. Y tampoco iba a poder vivir consigo mismo si se hacía el tonto o le cortaba la cara. Era reconocer que era un enfermo, un tarado, un marica, que no era hombre. Así que no le contestó. Ella lo interrumpió de nuevo, y él agradeció lo que le dijo:

–Te podés acostar en el colchón de allá. También podés ir a una de las piezas, pero están hechas una mugre, no las limpiamos desde que quedaron vacías... Ahí vas a estar más cómodo.

El colchón estaba en la otra punta de la pieza. Claro, pensó Matías, pero quién me creo que soy si es mucho más grande que yo, tiene como veintipico y es preciosa, mirá que se va a querer acostar conmigo, estoy loco paranoico soy un imbécil qué asco. Pero le sonrió y le dijo que claro, que no había problema, y sintió tanto alivio como vergüenza.

Cuando se paró, sin embargo, no pudo evitar gemir bastante fuerte. Le estaba doliendo la espalda como nunca, era terrible, y ese tirón sorpresivo lo habría hecho llorar si hubiera estado solo.

Ni bien pudo reaccionar vio que Nada estaba a su lado, mirándolo un poco ¿asustada? No, alarmada nomás.

–No pasa nada –le dijo–. Me duele la espalda.

–Parece que te duele mucho.

–Me duele mucho, sí. Estoy todo duro.

Ella lo estudió un poco.

–¿Me dejás que te dé algo?

Matías dijo que sí con la cabeza y mientras ella buscaba en su bolso le empezó a contar que a veces ella no podía dormir, que tenía insomnio, y que por eso siempre andaba con pastillas.

–Yo tampoco duermo mucho –le dijo Matías.

–Entonces nos entendemos –dijo ella y siguió, entusiasmada.

Le contó que a veces se emborrachaba para poder dormir pero que eso últimamente no le estaba dando resultado «y entonces trato de llegar a la noche agotada, de hacer miles de cosas, de correr y cansarme, pero no hay caso, me despierto a las cuatro de la mañana a mirar el techo. Es horrible cuando entra esa luz por las rendijas de la persiana y empiezo a pensar, no paro de pensar. Es ridículo, pero a esa hora siempre tengo miedo de morirme. No miedo de morirme en ese momento: me aterra saber que voy a morirme algún día. A veces me levanto y me pongo a escribir, a pintar, a hacer cualquier cosa, tengo que dejar algo antes de morirme, siento que no puedo desaparecer y ya. ¿Nunca te pasó eso? Quiero ser algo más de lo que soy, que alguien se acuerde de mí, no sé cómo explicarlo. Sobre todo no quiero morirme, me es imposible aceptar racionalmente que todos nos vamos a morir tarde o temprano. No me hagas caso».

Nada se rió de sí misma.

–Todo el preámbulo era para esto: tendrías que tomarte estas pastillas que me consigue un amigo. Son para dormir, y son buenísimas. Te van a hacer bien. ¿Sabés qué? No hay ninguna necesidad de sufrir. Uno no tiene por qué seguir sintiéndose mal ni quedarse en un mismo lugar siempre, ¿no te parece?

Antes de dormir, se acordó de una noche hacía algunos años, él debía tener diez u once; Mamá le había encontrado pastillas a Cristian. El griterío lo había despertado, y escuchó la conversación por la puerta entreabierta desde su pieza al lado del lavadero. Mamá gritaba y lloraba, y sobre la mesa había unas cuantas tabletas de pastillas. Cristian ya se drogaba con otras cosas, pero Mamá nunca se había dado cuenta o se había hecho la tonta. Matías nunca supo cómo le había encontrado las pastillas, pero escuchó que Cristian decía que sí, eran suyas. Por qué, gritaba Mamá, y él también gritaba, y decía que para aguantar esa casa, ese barrio, ese país de mierda. Mamá lo zamarreaba, aullando por-qué-noconseguís-un-trabajo-y-te-vas-vago-de-mierda y Cristian le contestaba que ojalá pudiera, si era idiota, no se daba cuenta de que no había laburo de nada, en ningún lado. En ese momento, Mamá lo descubrió

espiando, y le cerró la puerta en la cara con un portazo tan fuerte que lo dejó medio sordo. Pero antes, Matías alcanzó a ver que Cristian estaba llorando. No lo había visto llorar desde hacía mucho; recordaba la vez anterior, en la playa, cuando se había quebrado el tobillo jugando al fútbol, tres o cuatro años atrás. Habían ido de vacaciones los cinco, Papá, Mamá, Cristian, Carla y Matías, y apenas se acomodaron en un departamento de dos ambientes, cuarto piso, sin ascensor. Matías recordaba el olor del bronceador, el frío a la noche, el penetrante aroma a pescado del puerto y el barco semihundido que se veía a lo lejos desde el muelle (le había dado mucho miedo). Pero sobre todo se acordaba de las lágrimas de su hermano, que no lloraba nunca, lágrimas tan distintas a las de la noche de las pastillas. Cristian lloraba y se apretaba el tobillo, y Mamá también le gritaba, pero asustada, no quería que se tocara la fractura y le doliera más. Matías la había pasado bien esas vacaciones, a pesar de que siempre iba a la playa más tarde que sus hermanos y Mamá. Papá decía que el sol del mediodía le iba a hacer mal a Matías, tan rubio, y se quedaban horas solos en el departamento. Cuando se acordó de los detalles de esos días –nunca se había olvidado del todo, pero los detalles fueron apareciendo de a poco en los últimos años– el olor de Papá aparecía mezclado con el de cornalitos fritos y arena húmeda. Nunca había vuelto a la playa. No sabía si era capaz de ver otra vez el mar.

Cuando se despertó, Nada estaba sentada frente a la computadora, con una taza de café en la mano. Llevaba una remera roja y estaba en bombacha. A Matías lo deprimió un poco que estuviera medio desnuda delante de él porque entonces quería decir que lo consideraba un nene, no un hombre. Una chica tan linda tenía que saber que andar en bombacha delante de un tipo lo iba a volver loco, pero a él no lo consideraba un hombre, estaba claro.

–Buen día. ¿Dormiste bien?

–Sí –dijo Matías, y era cierto. Hacía mucho que no dormía tan

bien. Tenía que preguntarle la marca de esas pastillas, y cómo conseguirlas. Era capaz de chorear para comprarlas.

–El baño es acá al lado.

–Gracias.

Si había algo que le molestaba era no poder lavarse los dientes, y no quería usar un cepillo ajeno, porque le daba asco, así que se pasó el dentífrico con el dedo y después se lavó cada diente con la punta de una toalla. No era lo mismo e iba a tener la boca pastosa todo el día, pero era mejor que nada.

Tenía un poco de ganas de vomitar, como siempre a la mañana, pero enseguida se le pasaron con un cigarrillo. La casa estaba muy silenciosa, y había llovido. Tenía un patio al fondo, y el olor a tierra mojada era hermoso. Las hojas del árbol todavía goteaban, y hacía calor. Le encantaba ese lugar.

Imaginarse todo el día que le esperaba, tener que volver a su casa, bancarse las caras de culo de todo el mundo porque no había avisado que dormía afuera, como si en realidad a Mamá le importara un carajo si estaba o no, rezongaba solo para romperle las pelotas... Era horrible y le estaba haciendo doler la cabeza. Pero tenía que volver. Antes de irse se sentó en una silla de la cocina y sacó un cuaderno de Cristian de la mochila: lo llevaba encima todo el tiempo, leía frases y no las entendía, pero a veces le parecía que sí, que le estaba diciendo algo, que por eso se lo había dejado su hermano.

«Podríamos haberlo tenido todo / podríamos haber caminado en el cielo pero miramos la pared.» Suede. Era una de las bandas que le gustaban a Nada, había visto el póster. A Cristian también le gustaba, ahora se acordaba, tenía casetes grabados y los escuchaba todo el tiempo.

Nada entró en la cocina y le preguntó si quería quedarse a desayunar. A él le hubiera gustado, pero quería volver. O más bien le dio un poco de vértigo pensar que si se quedaba no iba a poder irse nunca más. Así que le dijo que no, gracias. Nada le dijo que era una lástima porque no le gustaba desayunar sola, aunque se notaba que ya había desayunado o por lo menos tomado unos cuantos cafés, y que no había dormido demasiado. Pero a Matías le daba vergüenza preguntarle.

–Esperá –le dijo ella, y buscó algo en la mesada.

Le pasó un volante que decía «No somos Nada» en el Sombrero Club, viernes a las doce. La fecha era dentro de poco más de una semana. Le explicó rápido que era su banda, y lo invitó. Matías no se lo esperaba.

–Ahí tenés la dirección. Es un lugar medio cutre, pero no está tan mal. Dice a las doce, pero no creo que empecemos hasta la una. Si querés preguntá por mí en la puerta. No pagues entrada.

–Pregunto por..., digo, ¿todo el mundo te dice «Nada»?

–Todo el mundo.

Por ahí él tenía que cambiarse el nombre también, como Nada, cuando se fuera. Tenía que pensar en un buen nombre; a lo mejor estaba bien que lo llamaran solo por el apellido, que le gustaba tanto, eso no lo había elegido su Papá, era el apellido de él, sí, pero lo había heredado, no era una decisión de Papá. «Matías» le parecía patético, era de tonto, de pendejo, se miraba al espejo y se veía cara de Matías y no le gustaba, quería tener cara de otra cosa, de algo que se pareciera menos a él.

Antes de salir se cruzó con Gonzalo, que recién se levantaba, y le deseó suerte. Gonzalo lo abrazó rápido y le dijo gracias, y suerte también. Eso lo hizo sentirse bien y no le molestó que el sol golpeara tan fuerte, o haberse quedado sin cigarrillos.

No iba a volver a ver a ninguno de ellos nunca más. A su familia, a Rafael, a la Chusma, a los de la vuelta –que hacían empanadas y las vendían en un carrito medio destartalado–, a los del taller que lo despertaban tempranísimo haciendo sonar los motores, a los de al lado que bailaban cumbia en la terraza, a la Gorda Suárez. Pero no era un acto heroico, era el único posible. Ellos lo habían echado, lo habían empujado cada vez más hacia ese rincón con la pared descascarada por la humedad, y la voz del monstruo gimiendo detrás de la puerta. Carla había empezado a gritar otra vez. Empezaba como un gimoteo, seco (porque sin la lengua no podía ni

murmurar), un gimoteo que subía de tono y subía y se hacía agudo y monótono hasta que la ronquera lo convertía en el grito de un animal desconocido.

Y había que poner la música fuerte, bien fuerte. La noche pasaba tan lentamente, tan despacio porque hay que esperar a que se haga de día, de día todo parece mejor, un poco mejor por lo menos; antes le gustaba la noche, pero ya no, ahora le daba bastante miedo, y daba vueltas en la cama con la luz encendida oyendo a Carla. Poner música no servía mucho porque igual sabía que gritaba, toda la noche, y a él le hubiera gustado gritar, pero lo único que podía hacer era escucharla. No iba a consolarla. No tenía sentido. Y quería oírlos, quería sentir esos gritos que eran horribles y hasta le gustaba que alguien más sufriera, que alguien sufriera tanto, mucho más que él.

Lo despertaron golpes en la puerta del garaje, ansiosos; no golpeaban solo la madera, sino también el vidrio, con una llave. Era Javier. Solo él, acostumbrado a aparecer a cualquier hora durante sus años de amistad con el Tigre, nunca tocaba el timbre. Matías pensó en ignorarlo, pero sabía que Javier iba a insistir. Además, el sol ya había calentado las sábanas lo suficiente como para no dejarlo dormir.

Hacía por lo menos dos meses que no lo veía. Javier había dejado de visitar a Carla porque ella se negaba a hablarle –a escribirle, en realidad–, y aún más: la última vez lo había atacado tirándole un plato mientras rugía. Lucía había tenido que tranquilizarla, y Matías recordaba la mirada extraña de Javier, que no parecía sorprendido ante la reacción violenta de Carla. ¿Tendría algo que ver con la muerte del Tigre? A lo mejor, pero Matías no tenía ganas de averiguarlo.

Javier, el Tiburón, siempre hablando de más, siempre sumiso y obediente, nunca contradecía al Tigre, y muchos creían que le tenía miedo. Quizá por eso mismo lo había traicionado, pensaba Matías.

Después de todo, con el Tigre muerto, Javier se había quedado con el negocio, o lo que quedaba de él.

Esa última vez, antes de entrar a la pieza de Carla, Javier le había convidado a Matías a un poco de cocaína, y Matías había terminado pasándose la noche en el baño, sonándose la nariz con papel higiénico para sacarse ese polvo frío que le adormecía la garganta y lo hacía temblar y creer que iba a morirse. Javier se había reído de él. Por una razón u otra, pensaba Matías, siempre terminaban riéndose de él.

Le abrió la puerta restregándose los ojos. Javier llevaba el pelo suelto, sucio, y traía una mochila negra. Lo saludó, pero no dijo que quería ver a Carla; le preguntó cómo estaba, en qué andaba, y Matías le respondió encogiéndose de hombros. No tenía nada de qué hablar con Javier, y esperó.

Javier se sentó en el colchón sobre el suelo, y Matías lo observó con los brazos cruzados. Él sacó el prolijo paquete envuelto en cinta aisladora beige de la mochila y lo puso sobre la cama. Matías observó sus brazos tatuados, la piel pálida y la nariz irritada, y le pareció que un *dealer* debía ser más discreto: cualquiera podría recordar a un tipo como Javier, con los dientes manchados, torcidos, el pelo tan colorado y los pañuelos de colores que se ataba al cuello.

–Yo te tengo confianza, Matías. Tengo que desaparecer un tiempo.

–¿Por?

–La cana. Me tienen marcado, así que me voy a ir un tiempo, todavía no sé adónde, si no te lo diría.

–¿Y?

–Mientras, quiero que me cuides esto. Te pido por favor, Matías, que no abras la boca. No le digas ni a Rafael. Si se enteran en el barrio... Esos son unas hienas, te la van a sacar y se van a tomar todo. No tienen cerebro para venderla. Es mucha guita, pero no la puedo tener encima.

–¿Cuánto tiempo te vas?

–No sé, un par de semanas, no hay que exagerar.

–¿Y no saben que viniste para acá y que me la dejás...?

Javier sonrió. Qué sonrisa de mierda, pensó Matías. Era una sonrisa de «pobre imbécil». Probablemente Javier juzgaba que la

única persona incapaz de robarle cocaína era Matías, por eso le dejaba lo que parecía medio kilo.

–No, no te comas una de detectives. Me tienen marcado a mí solo y tampoco es que me siguen para todos lados. Me van a reventar cuando ande por la noche o en casa. Tranquilo.

Javier se fue al rato, después de mucho agradecer y advertir y dejar claro que si cuando volvía la frula no estaba se iba a enojar mucho. Matías ignoró la amenaza, dijo que sería una tumba, y después guardó el paquete en la mesa de luz. Encendió un cigarrillo, y odió no haber podido decirle que no a Javier. No tenía idea de cómo se manejaba el negocio de vender, pero sabía que la Policía siempre estaba involucrada –porque los protegía, o porque dejaba de protegerlos– y que si había problemas con ellos era grave. Pero nada más. Matías desconocía todo el sistema de alianzas y silencios que manejaba el Tigre, porque nunca se hablaba del tema claramente. Y eso que él había sido testigo de cada paso en el crecimiento del Tigre como *dealer*. Recordaba un verano, hacía por lo menos cinco años, cuando le pidieron que ayudara a desmenuzar un ladrillo de marihuana. Carla lo había dividido en desprolijos cubos: algunos los dejó tal como estaban, pero los envolvió en nailon y los selló con cinta aisladora. El resto había que picarlo con los dedos. Matías recordaba que la marihuana, dura, de un verde oscuro parecido al de la yerba húmeda, se le metía entre los dedos, y tenía un olor espantoso. Le preguntó qué era a su hermana, y ella explicó que se trataba de orín. «La mean, Mato, para que se conserve mejor.» A él le dio asco, pero siguió con su trabajo; cuando conseguía un montoncito más o menos grande, lo envolvía en papel de diario. Habían pasado toda la noche preparando la marihuana, y Matías faltó a la escuela al día siguiente fingiendo una gripe.

Después empezaron a aparecer otras cosas. Largas planchas de cartón que Matías supo después se llamaban «ácido»; era la droga favorita de Cristian. Carla siempre le regalaba uno de los pequeños cuadrados con figuras de dragones o personajes de dibujos animados, y a los veinte minutos Cristian se reía como nunca, con toda la cara, doblado en dos. Una tarde Carla y Cristian bajaron todas las persianas, encendieron velas, pusieron música extraña y se

sentaron en el piso; Matías, acomodado entre sus hermanos, los veía aullar de risa y reaccionar a los raros efectos de sonido mezclados en la música, una pista con gritos, estampidas de animales, cintas pasadas en reversa, pianos que tocaban melodías infantiles algo siniestras, ruidos que empezaban con un chillido y terminaban en una especie de tornado que aturdía. Le había dado un poco de miedo, pero ellos parecían contentos, y eso lo tranquilizó. Mucho después pidió un ácido, para probar, pero Carla le dijo que era demasiado chico todavía. Se enojó un poco, entonces, porque quería probar esa felicidad loca. Pero cuando finalmente accedieron a convidarle, Matías dejó que se desarmara el pequeño cartón bajo la lengua, tal como le habían indicado, y media hora después se sintió afiebrado, con la piel y el pelo erizados, y para nada contento; todos los objetos le parecían lejanos y extraños, y las risas lo asustaban. Recordaba cuánto le había costado respirar, y cómo le había rogado a Carla, sentado en la parte de atrás del auto del Tigre, que le abriera la ventanilla para tomar aire, para vomitar. Ella no lo había escuchado, y terminó vomitando sobre sus pantalones y el asiento trasero, pero nadie se dio cuenta hasta el día siguiente. Se había sentido solo, abandonado entre locos incapaces de ayudarlo. No había vuelto a tomar, ni siquiera con sus compañeros de la escuela, pero nadie lo sabía; cuando alguien compraba ácido y le convidaba, se lo llevaba a la boca y enseguida lo escupía a escondidas. Después, ni siquiera tenía que fingir que le hacía efecto, porque los demás estaban demasiado enloquecidos como para notarlo.

No se sentía bien con ellos, y no solo porque eran más grandes. Todos los chicos amigos del Tigre y de Rafael tocaban la guitarra (y él no), sabían abrir botellas de cerveza con las muelas (a él le daba terror hacer eso, ¿y si se rompía un diente?), y todos tenían muchas chicas y sabían qué hacer con ellas (y él no) y se drogaban mucho y él se aburría, porque no le gustaba drogarse. Solamente le gustaba fumar porro, pero tampoco tanto o por lo menos no todo el día. Esas pipas grandes le hacían doler la cabeza y la merca era horrible, horrible, lo ponía nervioso y le daba taquicardia. Pero secretamente se preguntaba qué le pasaba, por qué era tan distinto, qué estaba haciendo mal.

Cuando apagó el cigarrillo, pensó que lo más lógico era ir a ver a Marcela. Pero decidió hacer una excepción y llamarla antes. Atendió la abuela, y Matías respiró hondo para poder preguntarle por su amiga, porque le causaba terror hablar con esa mujer. La abuela de Marcela empezó a cotorrear, no había ninguna otra forma de describir ese griterío. Dijo que Marcela se había «rajado» a Mar del Plata con un «loquito» y que no sabía dónde estaba ni si volvía, después de un montón de insultos y exageraciones. Cuando preguntó quién hablaba, Matías cortó. Era un problema que Marcela no estuviera; lo dejaba con muy pocas alternativas, y tenía que actuar rápido. Pero seguro volvía a trabajar el lunes. Era extraño pero, por loca y descontrolada que pareciera, Marcela siempre había podido cumplir en los trabajos y ser responsable. Tenía muchas ganas de irse a vivir sola de una buena vez. Lo sorprendió un poco no solamente confiar en la vuelta de Marcela, sino también darse cuenta de que tenía que tomarla como «un ejemplo», como decían en la tele. Por un momento pensó en Nada y Galo, pero los descartó. No había anotado el teléfono de la casa, apenas recordaba cómo llegar, y estaba seguro de que esos chicos ya se habían olvidado de él.

Roberto era su segunda opción por el momento. Había dejado de verlo cuando abandonó la escuela. Roberto no tenía ganas de llamarlo, seguramente, desde que Matías (como un imbécil) le había contado lo de su Papá.

Todavía no comprendía por qué se lo había dicho. Cada vez que recordaba esa noche, sentía una vergüenza suicida que casi le impedía pensar y lo obligaba a hacer algo, lavar los platos, caminar, buscar desesperadamente una canción que le gustara en la radio, cualquier cosa que alejara el recuerdo. Pero era muy claro, detallado, y solo podía compararlo con el momento más vergonzoso de su infancia, cuando se había puesto a llorar a gritos en el circo –lo había asustado un mago que tenía la cara pintada de blanco y los labios negros, como un muerto– y tuvieron que sacarlo pataleando, para mojarle la cara en la puerta, al lado de la boletería, hasta que se tranquilizó. «¡No seas mariquita!», le gritó entonces Mamá, y cuando Matías levantó la cabeza, vio que tenía alrededor un círculo

de adultos y chicos que sonreían, pero no con compasión: se decían cosas al oído y se reían, burlándose. Pero ni siquiera eso pudo hacer que volviera a entrar a la carpa, y Mamá lo arrastró hasta el auto, seguida de la tía Cristina y sus hijos, que rezongaban porque la salida había terminado demasiado pronto. Hizo todo el viaje de vuelta con la cara pegada a la ventanilla, incapaz de mirar a los ojos a sus primos. Después la historia entró en el anecdotario familiar como un chiste, pero a Matías nunca le había causado gracia. Se acordaba demasiado bien de la mirada de desprecio de Mamá, y el odio con que le lavaba la cara, la bronca porque su hijo no era normal.

También se acordaba claramente de la cara de Roberto. Primero la sorpresa, después la reacción instintiva de abrazarlo –porque Matías lloraba– y después, cuando volvieron a mirarse a los ojos, una ráfaga de asco y desconfianza. Matías identificó de inmediato esa mirada. «Es un enfermo. Peligro», decían los ojos de su amigo.

Roberto había llamado a dos chicas de la escuela, un año menores que ellos. Llegaron bastante borrachas, y media hora después habían roto una copa y manchado de vino tinto el sillón. Matías y Roberto también se habían emborrachado mucho. Le echaba la culpa a eso, a veces, pero no era la primera vez que estaba borracho con Roberto y unas chicas. No sabía qué había sido distinto esa noche. Su chica no le gustaba nada: a lo mejor eran sus piernas mal depiladas, con algunos pelos encarnados, o que tenía el aliento cargado de olor a vino barato y vómito. Pero si la hubiera cambiado por la de Roberto –más delgada, de caderas casi varoniles– nada habría cambiado, lo sabía. Se había dado cuenta de que no podía acostarse con ninguna de las dos, ni siquiera besarlas, con la misma certeza de ser incapaz de pilotear un avión. Trató de disimular esa sensación tomándose unos minutos en el patio; pero el calor de la noche, que solo ayudó a marearlo, lo hizo transpirar hasta que le temblaron las piernas. No quería desnudarse, no quería que lo tocaran ni tocar a nadie, la idea de rozar la piel áspera de las piernas de la chica le daba un miedo terrible. Recordaba que había pensado en un juego que a veces proponía su hermano, una tontería en realidad, pero que a él lo divertía mucho; Cristian preguntaba:

«¿Qué harías por un millón de dólares?», y planteaba desafíos, de a tres, por ejemplo comer un plato de cucarachas, dejarse pegar por un boxeador o cruzar el Riachuelo a nado. Matías se sentía capaz de comer toneladas de bichos y recibir golpes hasta quedar desfigurado, pero nunca jamás se atrevería a nadar en esa agua negra. La piel de la chica le recordaba el olor a podrido del río estancado, el agua quieta que miraba espantado cada vez que cruzaba el puente en colectivo, la mugre aceitosa que se acumulaba en las orillas. Pensó en irse pero no se atrevió. En cambio, se metió en la cocina, y fingió buscar hielo.

Pero Roberto no lo dejó quedarse en la cocina demasiado tiempo. «Dale, boludo», le dijo, ansioso, «se nos van a dormir.» Y a Matías le salió una respuesta brutal, casi escupida: «Mejor». Era la verdad. Mejor que se durmieran, que se fueran, desaparecieran. Las escuchaba reír y las odiaba, quería pegarles hasta desmayarlas. Estaba temblando de furia al lado de la heladera, pero había algo más, un nudo en la garganta que no lo dejaba tragar, como si tuviera las amígdalas infestadas de anginas blancas y dolorosas. Roberto lo empujó un poco, algo confundido pero todavía risueño, creyendo que Matías estaba haciendo un chiste que su borrachera le impedía comprender del todo. Y entonces Matías se había puesto a llorar. Recordaba haberse acurrucado al lado de la heladera, con una cubetera vacía en la mano. Y, sin ninguna explicación previa, se lo había dicho a Roberto. «Mi papá me violó de chico, no una vez, un montón de veces, paró hace años, pero...» Y casi no podía pensar en lo que había contado después de eso, porque la vergüenza lo paralizaba. Pero había hablado de las tardes en Mar del Plata y las noches en su pieza, de los paseos en auto, del baño, el dolor, la sangre en el calzoncillo, las arcadas cuando Papá quería que tragara. Ni siquiera se había dado cuenta de que Roberto se sentó a su lado y le pasó la mano por los hombros.

Era mentira que contarlo hacía que te sintieras mejor, pensaba Matías. Todo lo contrario. Había visto en televisión a abusados «valientes» que contaban su historia, y los conductores de los programas siempre decían «la verdad libera». Sí, claro, pensaba Matías. A él no le había servido para nada. Esa noche se la había

pasado vomitando en un balde que Roberto le había puesto al lado de la cama –después de echar a las chicas con alguna excusa–, y cuando se despertó al otro día no pudo soportar quedarse a comer ni mirar a Roberto, y mucho menos a sus padres. Había vuelto a su casa en tren, solo, y su amigo no repitió las promesas de ayuda de la noche anterior. A Matías no le importaba. ¿La verdad libera? Bueno, a él lo había liberado de la escuela, porque no volvió después de esa noche. Tenía miedo de que Roberto se lo contara a alguien. Tenía miedo de que las chicas hubieran escuchado algo (se las imaginaba, escondidas detrás de la puerta de la cocina, riéndose). Tenía miedo de que alguna profesora o la mismísima directora lo llamara aparte, para hablar del Tema. Durante un mes se levantó temprano y salió con la mochila de su casa, pero en vez de tomar el colectivo hasta el colegio, se quedaba sentado en una plaza o gastaba las monedas para el sándwich del recreo en videojuegos, aunque los odiaba porque apenas los entendía, y cuando jugaba era pésimo. Después decidió quedarse durmiendo: a Mamá no parecía importarle demasiado que dejara de ir a la escuela. Apenas hizo una escena, le reprochó agregarle dramas y preocupaciones, gritó que tenía que conseguirse un trabajo o lo echaba, y después se tranquilizó como si, en el fondo, se lo esperara. Era previsible, pensaba Matías. Carla tampoco había terminado la secundaria. Después, cuando ella se pegó el tiro, Mamá y todos los demás olvidaron su «deserción», como la llamaba la tía Cristina. De alguna manera le debía un favor a su hermana, pensaba Matías.

Roberto era más grande que él, porque había repetido, y se teñía el pelo de colores cada tres meses. Las chicas se enamoraban de él, pero Roberto nunca se enamoraba de las chicas. Las trataba bien a todas, sin embargo. Las besaba en las fiestas y en los recreos las invitaba a fumar porro. Era alto y usaba ropa cara, que él mismo se compraba. Matías lo hubiera odiado en circunstancias normales, pero Roberto había intentado hacerse su amigo y lo había conseguido.

Matías también fumaba en los recreos y tomaba cerveza en la esquina y algunas chicas se enamoraban de él; a primera vista no parecían muy diferentes, pero eran tan distintos, pensaba Matías. La escuela era pública, pero en su división la mayoría de los chicos tenía bastante plata, menos Matías y Marcela. Había terminado en esa escuela «prestigiosa» –como decía Mamá– porque Cristian había sido alumno, y los hermanos menores de los graduados tenían ventajas para entrar. Mamá decía que el nivel era muy bueno, pero Matías nunca se había dado cuenta. Roberto había dejado de llamarlo poco después de aquella noche, y Matías no había vuelto a ver a nadie de la escuela, salvo a Marcela. Algunos llamaban, pero él cortaba cuando les reconocía la voz. Seis meses después, cuando pasaron las vacaciones, ya nadie se acordaba de él, o al menos nadie llamaba. Matías estaba francamente aliviado.

Pero ahora necesitaba a Roberto, y lo extrañaba, y eso le provocaba odio. ¿Por qué siempre extrañaba a la gente y la quería? A los demás no les pasaba. Le hubiera gustado ser como su hermano, aunque a veces creía que Cristian era igual que él pero se hacía el duro, y entonces se le daba por extrañarlo y le escribía cartas que después tiraba y se imaginaba que hablaban, o leía los cuadernos hasta que le dolía la cabeza. Ya se los sabía de memoria. Era agotador.

No iba a rogarle a Roberto que volviera a invitarlo a jugar al fútbol o a fumar un porro en su habitación. Pero lo necesitaba porque Roberto tenía mucha plata, mucha de verdad, y seguramente todavía podía hacerle un favor.

Roberto tenía un padre que siempre se vestía de negro y marrón, con una media sonrisa y la barba blanca y las canas suaves. Olía a tabaco (no a cigarrillo, a tabaco limpio) y usaba una boina oscura. Cuando leía sentado en su sillón de cuerina negra había que pasar por el living hablando en voz baja, porque si gritaban él levantaba los ojos y fruncía el ceño con divertido fastidio. Con amoroso fastidio. Seguro que tenía las manos calientes, pensaba Matías, y que si las apoyaba en tus hombros te recorría una sensación de seguridad por la espalda, como acariciar una madera tibia y apenas áspera.

Recordó una noche en su casa, hacía años, poco antes de que Papá se fuera. Cristian miraba fijo el televisor con el volumen bajo, sentado en el borde de la silla, con las piernas tensas porque apenas apoyaba las puntas de los pies en el piso. En la semioscuridad su hermano parecía un insecto, hasta el temblor era como un zumbido. Papá salió de la pieza y se acercó a ellos, que miraban televisión sin verla y sin hablar, fumando, Matías ovillado en un sillón, Cristian agazapado. Papá apoyó su mano en el hombro de Cristian y Matías podía jurar que había visto los pelos del brazo de su hermano erizarse y los huesos de sus pómulos parecieron asomarse, traspasar la piel. Papá retiró la mano, como si hubiera rozado un cable pelado. Matías creía que nunca había vuelto a tocar a Cristian.

Se había lavado los dientes quince minutos seguidos, pero no pudo sacarse la sensación pastosa de la boca. Si seguía iba a lastimarse las encías y tampoco quería andar sangrando por la boca, como un enfermo. Odiaba tener los dientes amarillos. La mamá de Rafael, que había trabajado en el consultorio de un dentista, decía que los dientes no eran blancos, que la blancura como la de los actores era antinatural, que se los limpiaban con productos que arruinaban el esmalte, y se les iban a caer tarde o temprano. La mayoría de la gente no los tenía tan blancos, algunos sí, pero el color natural de los dientes era amarillo. Matías creía que era mentira, que le decía eso para consolarse por su propia –desastrosa– dentadura. Pero él quería dientes blancos, y si no tan blancos, por lo menos limpios. En cualquier caso no soportaba la sensación de tener restos de comida entre las paletas que lo había llevado a abusar del escarbadiente. Una buena dentadura era importante, y seguramente la suya sería menos amarilla si dejara de fumar, pero eso no lo podía hacer todavía, demasiado esfuerzo. Por ahí tenía que comprarse hilo dental, si no era caro. Debía ser más práctico, porque uno andaba con el hilo en el bolsillo y lo podía usar

cuando quisiera, no hacía falta tener un baño y un cepillo de dientes cerca todo el tiempo.

La remera azul le quedaba ajustada y el calor del subterráneo se la pegaba a la espalda. Llevaba la mochila sobre las rodillas y no podía dejar de tocar a cada rato uno de los bolsillos para comprobar si la piedra todavía estaba ahí. Ahora lamentaba haberse puesto los jeans rotos: llamaban mucho la atención. Eso no era conveniente. Trató de no pensar que todos lo miraban, porque siempre se sentía observado y Rafael le había dicho que era paranoia, que nadie miraba a nadie. Matías creía que se equivocaba. No quería pensar en eso. Abrió el cuaderno para entretenerse un poco. «The sky is white as clay, with no sun. Work has to be done. Postmen like doctors go from house to house» (PL). Cómo le molestaba que Cristian escribiera cosas en inglés, porque no entendía nada. Su hermano no había ido a aprender el idioma a un instituto, pero como era inteligente, le sirvió lo que le enseñaron en la escuela. Por eso también le debía ir bien en Europa.

Abrió otro cuaderno –siempre llevaba por lo menos dos encima–. «Yo no sé cómo la gente puede vivir ahí y aguantar el olor, pobre gente» (Chica adolescente en tren, pasando por arriba del riachuelo). Matías sabía a qué lugar se refería. De un lado del Riachuelo estaba el Gold Mart, un supermercado enorme y blanco. Del otro, casitas de chapa y cartón edificadas al lado de una enorme fábrica abandonada. Siempre miraba esa fábrica cuando pasaba con el tren, tapándose la nariz. En una puerta del costado de la fábrica, una puerta marrón, alguien había escrito CACA. Nada más que eso. Y parecía como si esa fábrica estuviera llena de mierda, la mierda que daba ese olor, y que el Riachuelo era una extensión de esa mierda. Matías se imaginaba siempre lo mismo: bajaba del tren, caminaba hasta la puerta que decía CACA y cuando la abría no había máquinas abandonadas y mugre y polvo, sino agua, agua podrida, la fábrica era como una casa flotante, sostenida sobre columnas que se hundían en el río.

Un poco antes el tren pasaba por un basural. En el basural siempre aparecían muertos. De lejos, hasta parecían montañas de muertos y olían igual. Había pájaros que volaban sobre la basura y la

tocaban apenas: estaban comiendo, pero Matías nunca había visto que llevaran algo en el pico. A veces la gente prendía fuego a la basura, y Matías se imaginaba cómo se quemaban los bracitos, las piernitas, porque siempre pensaba que en el basural dejaban bebés abandonados, podía ser, los bebés que a veces encontraban generalmente aparecían en la basura. El basural era como un crematorio, pero inmundo, evidente, a la vista de todos los que pasaban en el tren y se tapaban la nariz. Otros comían de la basura: llenaban los carritos de fruta podrida y se perdían por el costado del Riachuelo, con sus chicos. Siempre eran familias con chicos. ¿Se le estaría pegando el olor de esos lugares? Podía ser, todo podía ser.

Llegó a la casa de Roberto de memoria: todavía sabía dónde bajar y cuántas cuadras caminar. Por suerte había salido con el walkman: sin la distracción de la música, no creía ser capaz de tocar el timbre de la casa, y verle la cara a su amigo por primera vez desde la noche de las chicas borrachas.

El propio Roberto abrió la puerta. Ahora tenía el pelo amarillo, casi blanco, y los mismos ojos grandes debajo de las cejas anchas y oscuras. Una cara graciosa, algo gordita. Le sonrió sinceramente y lo abrazó un poco demasiado fuerte, con cariño, con algo de culpa.

–Te teñiste de vuelta –dijo Matías.

–Y vos tenés el pelo relargo, rerrubio. ¿Te hiciste mechas, algo?

–No, son las puntas quemadas, se pone así cuando crece.

–Pasá.

En el patio florecían rosas rojas, amarillas y rosadas: había llovido y las plantas crecidas le rozaban las manos a Matías, y se las refrescaban. El piso de la casa era de ladrillos barnizados, pero cada dos metros lo cubrían alfombras con arabescos, rojos, marrones y violeta. Todas las luces estaban ubicadas estratégicamente para que se iluminaran rincones y lindos cuadros. Libros de arte y vírgenes de madera y ceniceros de mármol y sillones de cuerina. La mamá de Roberto era «decoradora de interiores» (o algo por el estilo) y era buena, un poco demasiado concheta. Cristian le decía «tilinga», pero Cristian podía ser muy malo cuando quería. Era el lugar más lindo que Matías había visto jamás y sin embargo no le gustaba, nunca le

había gustado, porque después tenía que volver a su casa que nunca había estado linda, ni aunque intentaran decorarla bien.

Pasaron directamente a la pieza: no parecía haber nadie, salvo la chica que limpiaba, que usaba uniforme, cosa que a Matías le parecía horrible y que escandalizaba a Cristian.

En la habitación ahora colgaba de la pared un enorme póster de Eminem al lado de los trofeos de fútbol y la computadora.

–¿Te gusta? –preguntó Roberto, señalando al rapper, que en la foto tenía puesta una bata de boxeador y guantes rojos.

–Sí, vi videos en la tele. No sé qué onda las letras.

–Están buenísimas. Tengo algunas traducidas, ¿las querés?

–Dale, bueno.

–¿Cómo era ese tipo que le encantaba a tu hermano?

–Nick Cave.

No había otra posibilidad. Cristian lo escuchaba todo el día, y se lo grababa a sus conocidos. A Matías no le gustaba: demasiado triste.

–No es mi onda, pero es alucinante, medio bajón.

–Un poco antiguo.

–Sí.

–¿Volvió tu hermano?

Matías dijo que no con la cabeza. No quería hablar de Cristian con Roberto. Cristian se llevaba bien con Roberto, mejor que con él. Una noche se habían encontrado en un bar y al otro día Roberto le había dicho en la escuela «es recopado tu hermano, vos decías que tiene mala onda, nada que ver». Bueno, con él sí tenía mala onda. De pronto se acordó de que Roberto guardaba el porro en el primer cajón del escritorio donde estaba la computadora, se acordó de la música tan fuerte que siempre recibían golpes furiosos en la puerta, de los partidos de fútbol que veían en el televisor, tirados en la cama, de los sitios de internet porno que su amigo había logrado hackear para no tener que pagar. Observó los dibujos y las fotos que Roberto había colgado en la pared para no mirarlo a él. Roberto con una chica de pelo negro muy largo, con una bufanda roja tapándole la mitad de la cara, con su hermana menor, en una playa de arena blanca, con unos cuantos chicos de la división en la puerta de la escuela, de espaldas, mostrando los buzos que iban a llevar a

Bariloche ese año. Matías tenía ganas de llorar («sos un pelotudo, sos un pelotudo»), y no podía contenerse. Se le iba a notar, lo sabía, y se le notó porque nunca podía ocultar esas cosas, no sabía cómo y no le parecía que estuviera bien ocultarlas.

–¿Qué te pasa, Kovac?

–Nada.

Matías casi sonrió entre las lágrimas: Roberto lo iba a registrar en sus notas mentales como un enfermito que lloraba todo el tiempo, pero no sentía vergüenza. Se sentía extrañamente tranquilo.

–En serio, decime.

–Está todo bien, no sé qué me pasa.

Roberto se sentó a su lado, y ahora evitaba mirarlo. Matías se limpió la nariz con la mano y la secó en el pantalón.

–Soy un hijo de puta, Matías, ya sé que soy un hijo de puta. Pero vos tampoco llamaste más.

No le gustaba esa charla, para nada. Las cosas no tienen arreglo, pensó. Le hubiera gustado pensar que sí, siempre quería pensar que por algún lado se podía arreglar algo, pero sabía que no, estaba seguro o casi seguro de que era más o menos lo mismo, ¿o no? Sí, era más o menos lo mismo.

–Necesito que me ayudes –dijo. Ya no lloraba, pero había quedado un poco compungido. Roberto volvió a mirarlo–. Tengo un montón de merca para vender. Como medio kilo, creo. Vos tomás, ¿no? Y bueno, si querés me comprás, si querés todo mató, y si no ayudame a colocar lo que sobra porque no conozco a nadie que tenga plata. Bueno, por ahí conozco, pero a esos no les puedo vender porque..., no importa, porque no.

–¿Tenés medio kilo... ahí? –Roberto señalaba la mochila.

–No, traje unos gramos nomás, el resto lo dejé en casa.

–Te volviste loco.

–No te persigas, no me siguieron.

–No me persigo porque te sigan, boludo. Me persigo por vos, por la calle con eso, estás de la cabeza.

–No pasa nada.

Roberto lo miraba como si fuera un extraño que de repente se

había aparecido en su pieza. Es que no me conoce, pensó Matías. No me conoce de verdad.

–Te puedo comprar algo. Y llamo a alguien para que venga y te compre, pero te quedás acá hasta que coloquemos todo, no podés andar con eso por la calle.

–Bueno.

–¿De dónde la sacaste?

–Una mano, porque necesito plata.

–Pero... me hubieras pedido.

–No. Quiero plata mía, y no quiero deberle a nadie porque... me quiero ir, me parece, no sé.

–¿Adónde? ¿Con Cristian?

–No sé. No. No sé dónde está Cristian y si supiera no creo que quiera que yo vaya con él, me parece.

–Quedate acá unos días.

–No.

No podía contarle lo de Carla. Ahora no.

–No me quiero quedar. No me digas más nada, ¿sabés? Tenía ganas de verte pero no de... hablar de cosas, ¿sí? Llamá, dale.

Roberto llamó a un chico, que tardó una hora. A Matías el lapso de tiempo le pareció inusitadamente largo, a pesar de que Roberto hizo lo posible por hacerlo sentirse cómodo contándole chismes de la escuela: los últimos casos de profesores acosadores, los más recientes actos de vandalismo, pequeñas tragedias y buenas noticias de sus excompañeros. Matías escuchó fingiendo interés, nervioso porque no quería que Roberto le preguntara sobre su vida en los últimos meses: era incapaz de contarle el caso policial devenido drama morboso de su familia.

Roberto le había dicho que ese chico al que había llamado le compraría todo lo que llevaba encima. Matías no sabía cuánto era. Había separado a ojo. El Tigre tenía una balanza, pero no había podido encontrarla, y por supuesto no podía preguntarle a Carla.

Seguro que la había heredado Javier. Pero los había visto muchas veces cortando merca y armando papeles en la mesa de la cocina; a veces le pedían que los ayudara, a raspar tizas o meter el polvo en bolsitas de plástico o papel metálico de cigarrillos, dependía. Por eso se daba una idea de la cantidad, pero aproximada, porque nunca se había imaginado que alguna vez le tocaría encargarse él mismo.

El chico podía conseguir la plata enseguida, a lo mejor juntando entre algunos amigos, porque estaban bastante enfermos y todos tenían padres ricos. Roberto le compraba cien pesos: miró la merca y tiró el número así nomás. Matías pensaba pedir mucho menos, pero no iba a discutirle.

El comprador se llamaba Juan Pablo y era, le parecía a Matías, perfecto. Alto, con un cuerpo delgado, ni muy grandote ni demasiado flaco. Tenía los dientes blancos y sonreía mucho. Era simpático, no parecía falso, era agradable, como decía su mamá, y lo hizo sentir torpe y tímido. No parecía un enfermo como los que Matías conocía. Era atento y traía la plata en una billetera negra, brillante y nueva. Le dio la mano a Matías. Había llegado con una chica que se sentó sobre la cama de Roberto. Juan Pablo picó un poco de cocaína sobre la mesa de luz de Roberto con una tarjeta telefónica. Dibujó tres rayas con precisión y rapidez experta. Matías rechazó la suya con un gesto, Juan Pablo se encogió de hombros y sonrió. Tenía las pupilas muy dilatadas. La chica tampoco tomaba.

–Mmm –dijo, con un escalofrío–. Es muy buena.

–Gracias.

¿Se decía «gracias» en esos casos o se decía algo como «¿viste?» o se sonreía, «claro, hermano»? Matías no sabía y le molestaba porque no quería parecer inexperto.

–¿Cuánto?

Roberto ya le había dicho por teléfono, pero el chico sabía negociar y preguntaba otra vez. No me va a cagar, pensó Matías.

–Seiscientos.

–Quinientos –dijo Juan Pablo.

–Quinientos cincuenta –dijo Matías, asombrado de su propia osadía.

–Bueno.

Los chicos se pusieron a tomar y a la chica que había llegado con Juan Pablo no le gustaba verlos drogarse, así que Matías la acompañó al patio. «Es una noche relinda», había dicho la chica que se llamaba Jacinda (¡Jacinda!). Tenía puesto un vestido raro que parecía un camisón largo y celeste con estrellas plateadas de papel glacé pegadas. Algunas chicas usaban ese tipo de cosas, pero a ninguna le quedaba bien. A Jacinda sí. Tenía la cara redonda y pecosa, el pelo muy largo.

Se sentaron en ese patio precioso, ella con las piernas cruzadas sobre un almohadón que Matías le había traído del living. La chica no debía tener más de dieciséis años. Y hablaba todo el tiempo.

Matías se dio cuenta enseguida de que el único problema que tenía esa chica era un novio encantador pero cocainómano. De repente, en medio de una larga historia sobre cómo había convencido a su mamá de dejar dormir a Juan Pablo en su casa, la chica quiso saber algo sobre Matías. Pero él prefirió sonreír y decir «no, es aburrido, contame más de vos». ¿Cómo explicarle a una chica así que está hablando con un chico que tiene una hermana deforme, que tiene un padre degenerado, que...? Lo del container y el Tigre era demasiado en cualquier circunstancia. Era completamente increíble que para colmo hubiera pasado eso. Tantas cosas no pasan juntas y menos a las mismas personas. Era gracioso, en algún sentido. Qué familia ridícula.

El container estaba ahí desde hacía tiempo. Habían demolido la escuela vieja para construir otra, de ladrillo a la vista y ventanas azules. Era por las elecciones: siempre que se acercaba la fecha, el intendente rompía las calles, tiraba abajo edificios y hacía cloacas. Al principio el container tenía solamente los escombros de la escuela, pero después empezó a llenarse de atados de cigarros y cajas de vino que la gente revoleaba al pasar. Como tardaron mucho en construir la escuela, casi todo el verano, para febrero había dos containers más.

Lo peor había sido que lo encontró Rafael. Por suerte se había enterado después. Porque lo que Rafael vio, a la madrugada, cuando volvía medio borracho del Centro, había sido un pie. Un pie blanco que asomaba de entre los escombros, rígido y muerto. El resto del

cadáver estaba tapado de ladrillos. Rafael nunca se había imaginado que el pie blanco que asomaba era el pie del Tigre. No era la primera vez que aparecía un muerto en el barrio, y pensaron que se lo habría cargado uno de la villa, o sería un ajuste de cuentas de la Policía, alguna interna de ese tipo. Cuando mataban en asaltos, o cuando la Policía fusilaba a un pibe en un falso enfrentamiento, no escondían los cuerpos, obviamente.

Cuando se lo dijeron a Carla (Mamá se lo dijo a Carla) ella hizo una escena tana, pensaba Matías. Creía que el Tigre andaba por ahí, porque habían peleado. No estaba muy preocupada, nerviosa sí, pero no preocupada. El Tigre siempre volvía, y no era la primera vez que pegaba un portazo. Así era la historia: gritos y después reconciliación romántica. El Tigre era un delincuente, pero estaba enamorado de su hermana. Carla lo quería: siempre le habían gustado los delincuentes.

La escena había sido como en esas películas donde se arrancaban los pelos, como esa gente que salía por los noticieros porque les habían atropellado o asesinado a algún pariente y lloraban como bestias delante de las cámaras, babeando y mostrando las muelas cariadas y toda la garganta. Carla se tiró al piso y lloró y gritó con la cara colorada diciendo cosas ridículas, «no puede ser, es mentira, por qué por qué, iNNNNNOOOOOO NNNOOOOOOOO!». Matías sabía que tenía que sentir lástima y llorar también, pero todo ese griterío y esos desmayos y esos «me muero, me falta el aire» y ese agarrarse el corazón le daban vergüenza. Y le habrían dado risa, de no haber sido su hermana la histérica y su cuñado el muerto. Ahora había que atender a la viuda y al pobre-nenito-sin-papá y después hubo que atender a la pobre viuda que se quiso suicidar y no pudo y quedó deforme. Mamá tenía ojeras, tomaba pastillas para la presión, decía que sufría del corazón y cuidaba al nene con cara de «la próxima vez que lo alce upa me voy a morir de un infarto, gracias a Dios porque no quiero sufrir más». Y Cristian, el hombre de la casa, había desaparecido.

Se podían ir todos a la reputísima madre que los parió, pensaba Matías.

Papá se había ido de casa por primera vez después de un

escándalo similar, pero protagonizado por Mamá ocho años antes, cuando Matías tenía siete. Mamá se había asomado a la pieza y los había visto juntos en la cama, desnudos. Había agarrado de los pelos a Matías para sacarlo gritando como tana también, y después se desmayó porque le subió la presión (o le bajó, era lo mismo), después de pegarle a Papá. Mientras tanto Matías buscaba calzoncillos y pantalones y trataba de esconderse. Hubo que llamar a una ambulancia y ocultar lo que había pasado de verdad porque (qué loco) mamá no les dijo nada a los médicos. En aquel momento Matías no esperaba que Mamá hiciera una denuncia porque no sabía cómo eran las cuestiones legales. Pero ahora sí sabía, y lo que Mamá tendría que haber hecho era gritar ¡VIOLARON A MI HIJO, MI MARIDO VIOLÓ A MI HIIIIJIIITOOOO, BESTIAAAA, MI BEBÉÉÉÉ!, pero nada, se hizo bien la estúpida. Después, cuando se fueron, lloró más y puffff, un desastre, llegó Carla porque Mamá la llamó y todos se volvieron locos, y Papá se fue antes de que llegara más gente, se escapó, y Mamá salió a gritarle a la vereda y Matías vio todo desde la puerta de su pieza y después Mamá lo abrazó y le dijo «todo va a estar bien, ay, Dios Mío, Dios Mío Qué Vamos A Hacer», y su aliento era caliente y pesado y tenía olor a sudor y moqueaba.

Igual se había solucionado pronto, cuando Mamá Conoció a Dios, y después Papá También Lo Conoció y Volvió a Casa y Pidieron Perdón y listo. Fácil y rápido. Iban a una iglesia que quedaba en un teatro grande, que antes había sido un cine, y Matías había ido un montón de veces con ellos, pero le daba miedo, era horrible. Esa era otra historia, igual.

No podía contarle todo eso a esa chica tan linda, esas cosas densas porque además a lo mejor no se las creía. Y era preciosa, de verdad preciosa, le daba pudor mirarla porque seguro que se le notaba en la cara lo que pensaba, creía que era realmente hermosa. No le quería tirar tanta mierda porque la podía ¿ensuciar? Sí. No, ella no tenía por qué enterarse de cosas feas, era demasiado bonita. Le hubiera gustado acostarse con ella, pero si la chica se acostaba con Juan Pablo, entonces Matías no tenía ninguna posibilidad.

–Porque no es que me moleste, entendés, porque él es tan

tierno..., y cuando está así es tierno también, porque es un suiti. Pero... ¿entendés?

Matías aseguró que sí, pero después le dijo que tenía que irse. La chica hizo un puchero, pero lo acompañó a la habitación donde los chicos seguían tomando. Y Roberto lo invitó a una fiesta al otro día.

–Venite que nos juntamos acá con un montón de gente, y por ahí vendés una bocha más, ¿te copás?

Matías dijo que obvio, y volvió a su casa. Hacía menos calor en el viaje de vuelta y, aunque le daba miedo que alguien le robara la plata que llevaba en el bolsillo, estaba casi contento. De a ratos le agarraban ataques de miedo, pensando qué le diría a Javi si aparecía esa noche por ejemplo, y se daba cuenta de que le estaba vendiendo *su* merca. Pero no. Le había dicho que iba a desaparecer unos cuantos días. Y si él hacía las cosas bien, si se apuraba, podía desaparecer completamente, con un montón de plata y salvarse, porque era eso, salvarse. De una.

Carla no quería comer, nada de nada, esa noche tampoco. Igual que la gata. Noche había dejado de comer un día. Lo poco que tragaba lo vomitaba, junto con largos chorizos de pelo. Todavía estaba Cristian, y Noche era su gata. Pero los dos trataron de curarla. Matías la llevaba al veterinario a la mañana, cuando Cristian estaba trabajando en la ferretería, un empleo que le duró bastante poco. Y a la noche, entre los dos trataban de meterle comida en la boca o le daban de tomar leche con una jeringa, y todo eso era muy complicado y parecía inútil porque la gata no quería, y Matías pensaba si no estaba mal forzarla y hacerla sufrir, pobrecita, si no quería comer y se iba a morir igual más vale dejarla en paz. Y además era un lío porque la luz del patio era muy baja, no veían nada y era deprimente.

Cuando el veterinario dijo que tenía un tumor, Matías preguntó si no podían operarla. «No», le dijo Cristian. «La van a sacrificar.» Cristian sostuvo la cabeza de Noche cuando el veterinario le dio la

inyección. Y le hablaba en voz baja. Matías recordaba que cuando salieron de ahí con la gata muerta en una bolsa negra de basura para enterrarla en el baldío de la vuelta (adonde estaba Barbieri, el gato viejo), Cristian tenía ganas de llorar. Matías lloraba abiertamente, no le importaba nada. Quería mucho a esa gata, era alucinante, aunque no era muy diferente a otras gatas. Le gustaba que le acariciaran el costado de la cabeza. Le gustaba jugar con piolines, los levantaba con las uñas y los atacaba como si fueran presas. Y había que entrarla cuando llovía, para que durmiera a los pies de su cama o de la de Cristian, ronroneando.

Había llorado mucho más por Noche que por el Tigre, y seguramente si se murieran su mamá y su hermana y su papá, no sería peor que lo de Noche. Si todavía no se había traído otra gata. No tenía ganas de querer tanto otra vez, tanto como había querido a Noche.

Y a Carla le pasaba igual que a Noche, pero sin tumor. No quería comer. Le ponían el plato adelante y lo rechazaba. Le hablaban y no decía nada. Es decir, no escribía nada. Si le ponían el lápiz en la mano, lo dejaba caer. Mamá, histérica, casi le había clavado la cuchara en los labios. El pasamontañas quedó sucio de puré de zapallo. Después le dio un cachetazo que sonó sordo por los vendajes y Carla empezó a aullar, pero no de dolor, porque la herida estaba casi cicatrizada. Pero gritó horas, hasta que se quedó ronca. Y Mamá, claro, tuvo un ataque de presión y hubo que acostarla. Si alguien pudiera verlos desde alguna parte, se moriría de risa, pensó Matías, estaban haciendo tantos papelones.

A él esas cosas le daban ganas de vomitar, como siempre. Náuseas, nomás, porque no podía largar nada. Lucía tranquilizaba a Carla, o por lo menos lo intentaba. Esa vez la había hecho callar después de ¿dos horas? Algo así. Luego charlaron. Lucía tenía ojeras.

–¿Y qué hacemos si no come?

–Le van a dar suero, o le ponen una sonda.

A Noche le habían dado suero, también. Al pedo. Pobrecita. Pero no se quejaba. Esa gata era alucinante.

–¿Le preguntaste por qué no come?

–Sí, pero no quiere escribirme nada a mí tampoco esta piba, che.

Matías se masajeó suavemente el hombro derecho. Estaba tan contracturado que le dolía la cabeza. Y tenía hambre, pero no podía pasar más de dos bocados. Si hasta el cigarrillo le daba arcadas.

–Lu.

–Qué.

–¿Sabés...?

–¿Qué?

–No me acuerdo bien de la cara de Carla. De cómo era antes, quiero decir.

Lucía se lo quedó mirando y encendió un cigarrillo.

Estaban fumando como bestias, los dos.

–Por qué no lavás los platos vos, Matías, que estoy cansada.

Matías le hizo caso. Eso también era como lo de Noche, menos triste, más patético. La primera vez que llovió después de la muerte de Noche, Cristian salió al patio para buscarla y entrarla. Había sido un acto reflejo, y nadie le dijo nada. Por un momento, todos se habían olvidado de que la gata no estaba más. Cristian se dio cuenta enseguida, pero no entró. Se quedó debajo del techo de chapa del patio, fumando, mirando los tachitos de plástico anaranjados donde Noche comía y tomaba la leche, que nadie se había molestado en tirar o guardar. Cuando terminó el cigarrillo, se puso a lavarlos en la pileta del patio. Matías recordaba cómo brillaban húmedos sus pantalones de cuero. Y salió a ayudarlo. Empezaron a llorar los dos, mientras despegaban con las uñas los restos de carne seca que quedaban en el fondo del tachito anaranjado, porque Noche tenía nada más que siete años y había sufrido y no era justo porque era linda y a veces hasta cazaba cucarachas, para horror de Carla. Mamá no la quería, cosa que demostraba lo hija de puta que podía ser esa mujer.

Cristian lo trató bien, muy bien, después de que Noche se murió. Le hablaba, poco, pero le hablaba, más que nada hablaban de Noche y de traer otra gata y de Barbieri que había sido tan malo siempre, y a Matías lo sorprendió descubrir que su hermano era con los animales como con sus amigos raros, los viejos y la gente de la feria con la que hablaba, que se entendía mejor con los animales y

los extraños que con sus papás o sus hermanos. Matías hasta llegó a pensar que a lo mejor las cosas cambiaban, pero se equivocó.

Y ahora tenía que lavar los platos y tirar lo que Carla no quería comer y ni siquiera tenía a su hermano al lado, como la noche esa cuando limpiaron y guardaron los tachitos anaranjados. Pero esta vez no tenía ganas de llorar. Ni un poco.

Carla se negaba a comer y parecía definitivo. Ignoraba la comida en la bandeja, mirando la pared. Ni Lucía ni Mamá sabían qué hacer. Ya habían argumentado con el nene y la cirugía y la vida por delante.

Tampoco había forma de sacarla de la casa para llevarla al psiquiatra, y eso que el buen hombre ya no les cobraba, porque no tenían con qué pagarle. Mamá se lo había explicado por teléfono, y el psiquiatra dijo que había que internarla. Que él se hacía cargo. Pero era febrero, en febrero los psiquiatras se toman vacaciones, y el doctor no había dejado instrucciones ni la dirección de la clínica ni nada. De eso hacía quince días. Y Carla no comía, ni escribía, y estaba cada vez más flaca y más horrible. Se le había empezado a caer el pelo, y un jirón del pasamontañas, deshilachado, dejaba ver parte de la mandíbula destrozada, ahora un pedazo de carne informe sin hueso, con la piel muy oscura, quemada, marrón, atravesada por una telaraña de tejido más claro.

Pero le quedaban fuerzas para gritar a la guacha, pensaba Matías. Rafael había venido de visita, y después de escuchar los gritos se había ido, asustado. Mamá lloraba, toda la tarde encerrada en su pieza mirando televisión y atendiendo al nene un poco, total eran las vacaciones y lo mandaba a la colonia. La colonia del gremio de Papá. Ja. A veces, sin embargo, desaparecía con Juan durante horas. Debía ir a casa de las tías, o a la iglesia. A Matías le daba escalofríos esa posibilidad: recordaba demasiado bien los bautismos en piletones de los nuevos cristianos, al pastor que le ponía las manos en la cabeza a la gente y los desmayaba, los que caminaban arrodillados por el pasillo hasta llegar al escenario donde un coro de chicas desafinaba alabanzas. A lo mejor lo llevaba a alguna plaza, lejos: a Juan le gustaban mucho los juegos, especialmente el tobogán, y en el barrio no había. Él lo había llevado a la plaza en

colectivo una vez, pero le dio demasiada lástima que los otros chicos, la mayoría, estuvieran con sus mamás, y que Juan no conociera ni pudiera jugar con ninguno. Terminaron juntos en una calesita, pero Matías tuvo que bajarse enseguida porque los giros lo mareaban, y no quería desmayarse y dejar solo a Juan. ¿Si alguien se lo llevaba? Quizás era lo mejor que podía pasar.

No podían llevarlo a jugar con los nenitos del barrio: las madres no le decían que no en la cara, pero siempre que Mamá las llamaba, sus hijitos no estaban o dormían la siesta o visitaban a las abuelas. En la calle sí podía jugar, pero a veces los mismos nenes lo dejaban solo y Juan volvía con sus autitos de juguete o la pelota, a sentarse solo en la puerta. No lloraba. A Matías le parecía que no entendía mucho lo que pasaba, y él odiaba a esos pendejos de mierda.

Lo malo de la música, pensaba Matías, era que había silencio entre tema y tema, lo que equivalía a cinco segundos de griterío. Lucía ya no ponía música. Se estaba acostumbrando. Matías tenía ganas de salir a caminar por ahí, dar vueltas nada más, porque no tenía dónde ir. Había un pool cerca, pero él no sabía jugar ni tenía plata para comprar un trago. Y el barrio estaba desierto a la noche: recordaba que antes, cuando él era chico, por lo menos era fácil encontrarse con chicos sentados en la esquina, tomando cerveza. Ahora ni siquiera existían esas banditas porque los idiotas paranoicos de los vecinos llamaban a la Policía diciendo que eran vagos-drogadictos-chorros, y los chicos se quedaban adentro o caminaban hasta los bares de la avenida. Pero le gustaba un poco caminar de noche: no le daba miedo la sensación de pasear por un barrio abandonado. Con suerte, Carla ya estaba dormida cuando volvía. Aunque últimamente cada vez dormía menos, para terminar de cagarle la vida.

Lo único malo de salir a caminar era que, si Mamá lo descubría, tenía que aguantarla gritando: «No te das cuenta de que te pueden robar y matar, no sabés cómo están las cosas, mirá si te

secuestran». ¿A él? ¿Qué le iban a sacar, si tenía un solo par de zapatillas destrozadas? Cuando lo retaba, Mamá hacía entrar a Juan a la pieza, para que no escuchara, como si el nene estuviera sordo, pobrecito.

–¿Vos no tenés corazón? ¿Me podés explicar qué te pasa? ¡No jugás con tu sobrinito, pobrecito, ni cuidás a tu hermana y sabés que yo no puedo con todo, NO SÉ QUÉ HACER, NECESITO QUE ME AYUDEN, QUE ME AYUDE ALGUIEN, POR FAVOR!

Lucía la ayudaba, ¿por qué tanto escándalo? ¿Cómo le daba la cara para pedirle a él, que era el chico abusado? Tenía que hacérselo acordar, le parecía a Matías. A veces le gustaba ser malo, pero solamente con Mamá.

–Mamá... yo también... no puedo... estoy mal... mamá... ¿o te olvidás...?

Le hubiera gustado ser un poco más directo pero no le salía. Era un tonto y no le salía y tenía que aceptarlo. Igual era suficiente y mamá se largaba a llorar y lo abrazaba y gritaba MI CHIQUITO, QUÉ TE HICIMOS DIOOOOSS y se encerraba en su pieza.

¿Habría que llevar a Juan al psicólogo también? Seguro. No estaba muy distinto, pero eso debía ser malo, porque si de un día para el otro matan a tu papá y tu mamá se pega un tiro y queda desfigurada, lo que da como resultado que no los ves más (o ves a tu mamá con un pasamontañas horrible, medio pelada y muda), te tenés que volver loco. Pero Juan, nada. Estaba más callado y más vergonzoso, eso era todo. No podía ser. A lo mejor no se daba cuenta. Pero ¿cómo actuar? Preguntarle: ¿extrañás a tu papá? O: ¿te das cuenta de que algo *raro* le pasa a tu mamá? O: ¿no te gustaría volver a tener mamá y papá, Juan? A lo mejor había que intentarlo, pensaba Matías. Pero iba a esperar que el nene sacara el tema.

Lo consultó con Lucía. Ella dijo que no mandar al nene al psiquiatra era una barbaridad y una brutalidad y una salvajada pero que ella no se podía hacer cargo porque no era su sobrino ni su hijo

ni su nieto ni nada y su función era cuidar a Carla. Tenía razón. En la tele había escuchado que los psiquiatras de chicos los hacían dibujar cosas, y le pareció que por ahí estaría bien pedirle a Juan que dibujara a su familia, por ejemplo, o jugar al papá y a la mamá para ver qué resultaba, pero le parecía un experimento peligroso y no quería arruinarle la cabeza al nene. Una vez lo había consultado con Mamá.

–Mamá.

Ella miraba la tele tirada en la cama. ¿Apagársela? No.

–Mamá.

–Qué querés.

Que te vayas a la mierda, pensó Matías, pero dijo:

–Mamá, yo estuve pensando que por qué no le preguntamos al psicólogo de Carla para que nos recomiende uno para Juan.

–Está de vacaciones.

–Ya sé, pero...

–¿Lo pensás pagar vos?

–No, pero Lucía dice que hay gratis en los hospitales...

–Lucía dice, Lucía dice, qué se tiene que meter esa negrita patasucia.

Bastante que cuida a tu hija loca, pensó Matías, pero no dijo nada, porque no se merecía que le dijeran algo, se merecía que la mataran la gorda-transpirada-y-bruta-conolor-a-chivo que le había tocado de madre.

–Además el nene está bastante bien. Se le va a pasar.

A Matías le parecía que no, pero se fue de la pieza de su mamá porque no la aguantaba más y tenía ganas de llorar y le dolía demasiado la espalda.

También lo indignaba que Juan durmiera en la que había sido su pieza, una cueva, pensaba Matías, al lado del lavadero. Había que ser muy mala para tenerlo ahí: estaba la pieza de Cristian y Carla cuando eran chicos –dividida por un ropero grande, para separar al nene de la nena–, pero Mamá la había convertido en cuarto de porquerías. Y aun así todavía existía la opción de que Juan durmiera con Mamá, en la cama grande. Pero no: ella tenía que escuchar a

sus evangelistas por la radio toda la noche y mirar sus programas de cocina sin que nadie la molestara.

–Además –decía Lucía–, no entiendo bien. ¿Por qué no se vienen a vivir acá, hay lugar, y alquilan la casa de atrás? Por lo menos para tener algo de plata, digo, ya que tu mami no quiere salir a trabajar...

Matías pensó un poco y le explicó que Mamá decía que ella nunca había trabajado y que no iba a empezar ahora porque era una inútil, tu padre me hizo una inútil, yo tenía dieciocho años cuando quedé embarazada de tu hermano, y además estoy mal, no puedo prestar atención, quién me va a tomar a mí ahora que no hay trabajo, y además no podemos EXPONER al nene a tu hermana, hay que tenerlo lejos, no puede vivir con tu hermana, le va a hacer mal.

–Perdoname que sea tu mamá...

–No, si yo ya sé que es una guacha.

–¿Y por qué no le decís que mande un tiempo a Juan con los otros abuelos?

–El padre del Tigre es borracho y la vieja es peor que mi mamá.

–¿En serio?

–En serio.

Lucía se empezó a reír y Matías se dio cuenta de que a él también le daba mucha risa, así que se rió también, y los dos terminaron agarrándose la panza, dejando los cigarrillos en el cenicero para no quemar la cama, tan flojos los ponía reírse.

No quería decirle lo que estaba haciendo a Rafael, porque aunque no era amigo de Javier, compartían una complicidad rara, a lo mejor porque se conocían desde chicos, pensaba Matías. No le gustaba esa forma de manejarse que tenía Rafael, nunca podía decidirse por nadie, ni se encuadraba en ningún bando. Por eso tenía fama de gran tipo en el barrio, pero había situaciones, creía Matías, que merecían cierto ¿compromiso? Cristian habría elegido esa palabra. Rafael no tenía por qué inclinarse ciegamente por el Tigre, por su familia; después de todo, el asesinato había sido lo suficientemente

confuso como para que todavía no hubiera nadie preso ni una investigación, hasta donde Matías sabía, al menos. Pero si a alguien le calzaba el uniforme de sospechoso, era a Javier. Solo a él lo había beneficiado la muerte del Tigre, y estaba claro que seguía con el negocio sin demasiados problemas. Nadie decía que Javier había matado a su socio, pero estaba claro que se guardaba alguna información. Matías recordaba que lo habían interrogado, y Javier había jurado que no sabía nada. Unos días después, él lo había visto discutir con Carla: su hermana, furiosa, le gritaba que se fuera de su casa, y Javier, encorvado, con las mechas pelirrojas más sucias que nunca, juraba que estaba limpio, y que a él también lo perseguían. Cuando, unas semanas después, Carla había intentado suicidarse, Javier no apareció por el hospital. Matías recordaba a su hermana en la cama de terapia intensiva, con el rostro cubierto de un vendaje blanco un poco ensangrentado, y las explicaciones de los médicos, que no podían garantizar una operación que reparara el destrozo, y auguraban una recuperación dolorosa. Nadie se había percatado de la ausencia de Javier, hasta entonces un personaje siempre presente en la vida de Carla. Pero era lógico. Papá había aparecido, y Mamá se le había echado al cuello en el pasillo, frente a la sala de terapia; hicieron falta dos enfermeras fuertes y gordas para separarlos. La tía Cristina cuidaba a Juan en casa, y Matías se la había pasado en el patio del hospital, casi siempre solo, a veces con Rafael. Siempre se sentaba en un banco de piedra, frente a la Guardia, y veía llegar a familias desesperadas, mujeres con sus hijos lastimados, chicos borrachos semidesmayados, otros golpeados, muchos accidentados. Recordaba especialmente a una chica asmática, un poco más grande que él, que boqueaba sobre un banco de plástico, aferrada a la mano de su papá; tenía los labios azules, y una expresión de terror que apenas podía disimular lo hermosa que era. Una noche había tenido que salir corriendo porque llegó un chico herido de bala, al rato llegaron sus amigos con armas, y cuando llegó otro grupo más, se tirotearon en la explanada de las ambulancias, cerca del banco de Matías. En esas noches calurosas en el hospital, fumando en el patio, a Matías se le ocurrió que le gustaría estudiar Medicina, pero pronto desechó la idea, porque sabía que era demasiado flojo para

soportar el asco de una herida abierta o la tensión de tener que decirle a un hijo que había muerto su madre.

Carla había estado internada casi veinte días, y durante todo ese tiempo Javier ni siquiera había llamado por teléfono. Matías se lo mencionó a Rafael. «Bueno», le dijo él, «por ahí le da impresión. Seguro aparece cuando Carlita vuelva a casa.»

–A mí también me da impresión y estoy acá.

–Es tu hermana, es diferente.

–Ellos son reamigos. Vos sos amigo y estás acá. ¿Javier sabe?

–Más vale, todo el mundo sabe.

Matías miró a Rafael, que, en la oscuridad del patio, trataba de encender un cigarrillo.

–¿Vos le contaste?

–No. Pero se enteró.

–¿Y le contaste a Cristian?

–No tengo cómo.

–Un mail debés tener.

–No son cosas que se puedan contar por mail.

–¿No? ¿Por qué?

–Dejate de joder, Matías. Cuando tu hermano me mande un número de teléfono, lo llamo.

Pero no lo había hecho. A veces Matías pensaba que su hermano y Rafael tenían un pacto de silencio y estaban en contacto en secreto. Y si era así, se confirmaba su disgusto respecto de las lealtades de Rafael. Él sabía que Matías necesitaba comunicarse con Cristian. Sabía cuánto lo iba a aliviar un dato, un número, una dirección para escribirle. No podía estar bien con todos al mismo tiempo. A veces hacía falta ponerse del lado de alguien. Por eso había decidido visitarlo esa noche. Hacía calor y Rafael estaba transpirado. Tenía puesta una musculosa negra y se le veían los tatuajes de los brazos. Un dragón, el logo de Chevrolet, un dibujo que no era nada en especial. Lo hizo pasar a la cocina de su casa. Desde ahí se escuchaba el timbre del kiosco, y podía atender a los que vinieran a comprar cigarrillos o vino. Rafael estaba algo borracho otra vez. Debía ser por el asunto del auto: todavía no había podido arreglarlo o pagarlo. Estaba buscando trabajo en otras remiserías, pero

ninguna necesitaba un nuevo chofer. A Matías le parecía que el barrio entero estaba trabajando de remisero: era lo único que se conseguía.

Pero también podía ser que Rafael se emborrachara todas las noches por su novia, Cintia. Matías la conocía por Carla y el Tigre, los visitaba seguido y, por supuesto, era clienta. Era una chica petisa y un poco gorda, de tupido flequillo oscuro, que durante un tiempo había estado claramente atrás de Cristian. Pero él la había despreciado, como a casi todas. Su hermano era raro con las mujeres, pensaba Matías. Hacía poco, Cintia había empezado a salir con Rafael, y a él se lo veía contento. Pero ahora estaban separados. Matías no quería saber por qué, no le gustaba hablar de chicas con Rafael, porque las llamaba trolas y perras. No se iba a olvidar nunca de que cuando le presentó a su amiga Marcela, Rafael le dijo «qué atorranta grandota te ganaste, pendejo», y se había reído de ella, o de los dos.

–¿Cómo va?

–Más o menos. Carla no come.

–¿Qué?

–Eso, no quiere comer. No sé qué va a pasar.

–Qué cagada, Mato. No se termina nunca.

–No. ¿Tenés cigarrillos?

Rafael le dio un atado cerrado de Marlboro. Matías raspó apenas con la uña la mesa de fórmica, manchada de café. La cocina apestaba a bife a la parrilla, pero los platos estaban limpios, secándose en la mesada.

–Rafa, tengo muchas ganas de escribirle a Cristian. ¿No tenés noticias?

–¿Otra vez? Vos sabés que ni bien me entero, te digo.

–¿En serio?

A lo mejor porque estaba borracho, Rafael dudó un segundo, y se miró los pies, descalzos. A Matías le pareció que mentía.

–Hace mucho que no sé nada de tu hermano. Cuando se fue... no nos peleamos, nada que ver, pero él estaba medio cortado. Vos sabés cómo es Cristian.

Ojalá supiera, pensó Matías.

–La cuestión es que planeamos irnos juntos, te acordás que siempre hablábamos de eso. Pero al final Cristian no me daba mucha bola. Pero se le va a pasar. Cuando se acomode, seguro que llama.

Matías dijo que sí, seguro, pero entendió. Cristian los había abandonado. Sintió miedo, pero también algo muy parecido a la admiración. Si solo pudiera encontrar la manera de hacer lo mismo.

Era una fiesta gigantesca, porque los padres de Roberto no estaban. Se lo había explicado por teléfono, antes de decirle «traéte todo lo que quieras», cosa que Matías había interpretado enseguida. Parecía que Roberto estaba decidido a presentarle a sus amigos, y a volver a verlo como antes. Matías no sabía si tenía tantas ganas, pero en todo caso igual tenía que vender la merca. También le daba vergüenza, pero no le quedaba otra.

Se alegró de saber que no estaban los padres, porque seguro que Roberto les había *contado*. No le importaba la mamá, siempre le había parecido una tonta y seguro que cuando Roberto le contó se había conmovido diciendo «Tenemos que Ayudarlo porque Todavía estamos a Tiempo, Pobre Chico Tan Educado y Encantador», y seguro que lo había tomado como Causa, porque era una señora de Causas, sensible, no le gustaba que sufrieran los chicos del mundo y menos los amigos de su hijo. No le importaba si ella lo miraba con lástima, porque no le afectaba la lástima de una señora que decoraba su living con lámparas finas y cuadros caros. Lo que sí no podría soportar, y por eso le alegraba que no estuviera, era una mirada triste del padre de Roberto. Eso sí que no, porque una mirada de ese señor de barba que fumaba en pipa y escuchaba discos de jazz sería suficiente para que Matías se pusiera a llorar y se muriera de envidia y tuviera ganas de abrazarlo. Y capaz que si lo abrazaba el papá de Roberto pensaba que se lo quería levantar porque tenía una fijación con los hombres mayores y papás, y se horrorizaba y le pegaba o se ponía a llorar él también pensando «cómo pueden pasar cosas tan horribles en el mundo y cómo

pueden los hombres malvados y perversos arruinarle la vida a la criaturitas».

Podía ser. Cosas más raras pasaban.

La casa de Roberto estaba llena de gente. Todos eran lindos, pensaba Matías, y se sintió mal por llevar puesta una remera blanca y jeans y zapatillas porque ahí todos tenían ropa rara de colores, y las chicas tenían brillantina en la cara, las chicas y los chicos brillaban y bailaban, y se reían y ninguno lo miraba, como si él no existiera, y parecían todos tan contentos y eran tan parecidos entre ellos que a Matías le costaba reconocer cuáles eran chicos y cuáles eran chicas porque se vestían igual, con remeras ajustadas y pantalones anchos, y además todos llevaban el pelo corto, y de un color que no era el natural, verde, rosa, blanco, azul, y los pelos también brillaban y parecía que los chicos hermosos daban vueltas y se movían entre colores y luces.

No encontró a Roberto, al principio, y aceptó una cerveza que le convidó una chica de pelo verde que bailaba mientras le servía. Él no se animaba porque no bailaba bien y ahí todos sabían cómo moverse. Una chica muy alta, con una pollera sencilla y zapatillas de colores, cerraba los ojos mientras se movía al lado del parlante. La acompañaba un chico con dos colitas como de nena de primaria, que tenía una remera plateada y brillaba la remera y brillaba la cara de la chica, hermosa, las mejillas transpiradas. Le hubiera gustado mucho acercarse a los chicos y ponerse a bailar con ellos, pero eso no podía hacerlo, eso no, y se puso a fumar y tomar cerveza, y cuando tuvo ganas de irse vio a la chica redondita, Jacinda, en un rincón. Seguía vestida de hada, solo que esta vez tenía otro camisón, rosa, no celeste, y era más hada porque llevaba una varita con la que tocaba a algunos chicos. Y cuando tocaba a los chicos con la varita ellos la besaban y la llevaban a bailar, o besaban a otra chica que tuvieran cerca.

Justo entonces apareció Roberto, ahora con el pelo más blanco.

–¡Matías! –gritó, y algunos miraron a Matías sonrientes y él sonrió también y se sintió casi cómodo porque sabía que muchos tenían ganas de tomar merca y ¿quién la tenía? Matías. Era algo.

Roberto hizo que lo siguiera hasta la pieza de sus padres, la única,

según le decía, donde no se podía entrar ni a coger ni a drogarse ni a dormir. El resto de la casa estaba para hacer cualquier cosa, el límite era la pieza de los papás que solo podía usar él, porque él nunca terminaba desbarrancando como ella por ejemplo, decía Roberto, mientras esquivaba a una chica que dormía en el pasillo del primer piso, la cabeza apoyada en su mochila que al mismo tiempo se apoyaba sobre un charco de vómito que manchaba el pecho y la barbilla de la chica. Tenía tetas chiquitas, pensaba Matías, *era* chiquita, y el vómito ya frío le paraba los pezones menudos que se distinguían bien porque la remera era blanca, casi transparente. Tenía la pollera tan levantada que se le veía la bombacha, una bombacha infantil, rosada y con flores amarillas bordadas.

Tres chicos, Roberto y Matías entraron en la habitación de los papás, que era enorme, alfombrada, y la cama tenía una colcha marrón que hacía juego con los muebles pesados y oscuros, pero era cálida a pesar de todo, parecía antigua y cómoda, y sobre la mesita de luz de la mamá había una foto de Roberto muy chico con el guardapolvo de la escuela y una sonrisa sin dientes. Roberto sacó el portarretratos y el velador para tomar merca sobre la mesita de luz. Uno de los tres chicos tenía ochocientos pesos para comprarle, Matías no podía creerlo. Le explicó que habían juntado entre muchos, como diez, pero igual Matías estaba boquiabierto. Nunca había visto tanta plata junta, ni tenía idea que unos pendejos de su edad pudieran disponer de tanta plata tan fácil. Qué se dice en estos casos, pensó Matías. Pero los chicos se encargaron de hablar: le decían que la cocó era espectacular, superpura, exquisita. Él les sonrió como si supiera diferenciar entre frula buena y mala. Le quedaba mucho en casa, todavía, pero no tanto como para no notar que la piedra original se había *achicado*. Trató de no pensar demasiado en eso cuando la miró antes de salir, pero supo que si Javier volvía, lo iba a notar. Y comprendía demasiado bien las consecuencias.

–¿No tenés bicho, keta, ácido? –le preguntó uno de los chicos, el más alto de los tres.

–No.

–Para mi chica. Estaba buscando porque a ella no le gusta la cocó.

Viste, ahora todos toman ácido. Siempre nos gastan, nos dicen que somos ochentosos, que la frula ya fue, pero yo sin un papel no salgo, no me divierto.

–Sí –dijo Matías, pero no tenía idea de cuáles eran las drogas de moda.

Uno de ellos le ofreció una raya y Matías dijo que no, sonriendo nervioso.

–Ah, vos sos otro trancer...

Roberto lo miró por encima de la merca pero no dijo «Matías no tiene noción de lo que es ser trancer y probablemente nunca se tomó un ácido en su vida porque es un careta», cosa que Matías le agradeció.

–Bueno –dijo–, los dejo.

Los chicos dijeron «nos vemos después» y Matías volvió a la fiesta, pero le dieron ganas de irse, porque cada vez le parecía más que lo que tenía puesto era feo y que todos lo miraban. Pero entonces apareció la chica redondita con una amiga que debía tener los ojos claros pero ahora eran casi negros, pura pupila, y que podría ser muy linda también si comiera.

La chica flaca lo miró un rato y después le puso brillantina en las mejillas y se rió. Llevaba un pote de brillantina en la mano, medio lleno. Al rato se fue a bailar, y siguió poniéndole brillantina en la cara a la gente.

–Ella es Mirna, ¿no es DIVINA?

–Sí –dijo Matías, pero no le gustaba la esquelética Mirna, le gustaba la chica redondita de nombre extraño.

–Vamos afuera –dijo Jacinda.

Afuera había unos veinte chicos más, pero estaban todos en la pileta y se escuchaba una música molesta, repetitiva. Alrededor de la pileta había ropa, zapatillas y zapatos y un montón de botellas. Los chicos se zambullían gritando y algunos nadaban hasta los bordes para alcanzar las botellas, tomaban un trago y se volvían a hundir.

Matías tuvo miedo de que Jacinda le propusiera meterse al agua. Pero ella lo llevó hasta un rincón, cortó una rosa y se la puso en el pelo. Ella también tenía las pupilas enormes, pero no se le notaba tanto porque sus ojos eran oscuros.

–Sos tan lindo, tan lindo... –le dijo–. Sos rediferente a *todos* y me gustás *mucho*. Por favor, por favor, decime que yo te gusto.

Matías dijo que sí, claro que me gustás, y *ahora qué tengo que hacer*, y le dio un beso. Ella tenía gusto a remedio en la boca, a remedio y alcohol, pero tenía los labios calientes y una lengua finita que se le metió en la boca y le dio escalofríos.

¿Se iba a acostar con esa chica?

Porque si iba a acostarse con esa chica tenía que hacer todo lo posible, todo lo posible, para que ella no se diera cuenta nunca jamás de que uno, él había cogido tres veces antes, nada más, las tres veces bastante patéticas; dos, sabía qué hacer con un tipo, pero no con una chica (y hasta ahí, porque por ahí a los tipos no les gustaba lo mismo que a Papá). Y ¿cómo iba a hacer todo eso? Porque si se ponía nervioso directamente no le iba a salir nada; y tres, que se había acostado con Papá. Igual no tenía mucho tiempo para pensar porque ella le había metido una mano, llena de anillos de acrílico, entre el pantalón y el calzoncillo, y ahora lo estaba acariciando despacito y se sentía muy bien, la verdad. Lo dejaba tocarla también, por arriba del vestido rosa de hada tenía una de esas colas duras que Matías había visto en las revistas (en las chicas de las revistas).

–Vamos a buscar un lugar –le dijo la chica.

Matías la siguió. Por un momento pensó en Juan Pablo, el novio de Jacinda. ¿Si aparecía y le pegaba? Ella estaba drogada, después de todo, no sabía lo que hacía.

–¿Y tu chico?

–No era mío, y ya fue –respondió ella, y lo arrastró de la mano hasta el fondo, detrás de unos árboles, pero estaba lleno de gente que bailaba y tomaba. A lo mejor a ella no le importaba, pero, pensó Matías, de ninguna manera me la voy a curtir acá con toda esta gente, porque no voy a poder y voy a hacer un papelón y si ella se caga de risa, por ejemplo, y empieza a los gritos, y grita «jajanoselepara» y si todos esos chicos tan lindos empezaban a reírse de él... no de ninguna manera se iba a curtir a esa chica ahí con tanta gente.

Tenía que llevarla a una de las piezas. Cerraban la puerta y era

como en las películas yanquis esas de la universidad y la graduación, cuando la pareja se encerraba en una habitación y se besaban sacándose la ropa. Él podía buscar una canción que le gustara en la radio para curtirse a la chica redondita, podía poner música (cualquier música menos las cumbias que ponía Papá cuando se lo curtía, para que los que estaban afuera no oyeran nada, igual seguro que esos chicos lindos no escuchaban cumbia y seguro que no iban a poner una justo cuando él le sacaba a la chica el camisón rosa de hada, porque si ponían una cumbia ahí sí que no se le paraba la pija de ninguna manera).

–¿Por qué no te copás y buscamos una habitación?

Jacinda se separó un poco, lo tenía abrazado fuerte y le besaba la nariz.

–¿Se puede? –le dijo.

–Y, probamos.

–Sí, sí, sí, ¿no ves que sos un divino?

A ella todo le parecía divino. Todo le gustaba, todo le parecía un flash, alucinante, cool, lindo, bueno, todo la ponía contenta. Ser así debía estar buenísimo, pensaba Matías, ser así y sonreírle a la gente y que los demás se sintieran bien con vos porque no tenés nada denso, nada oscuro, porque no pensás en cosas feas, cómo se nota cuando la gente no piensa cosas feas, se dijo Matías.

Ahora, pensar cosas feas, eso él no podía evitarlo. Pero igual se la llevó de la mano a buscar una pieza. La chica lo paró en mitad de la escalera para revolver en un bolso transparente tan chico que no servía para guardar nada. Sacó una planchita de autoadhesivos brillantes, y se pegó uno, azul y en forma de triángulo, en la frente. Después siguió subiendo la escalera.

En la primera pieza había muchos chicos que hablaban y escuchaban algo raro en el equipo que debía ser de la hermana de Roberto. En la siguiente había un montón de desmayados uno arriba del otro sobre la cama y más en un sillón, las chicas con las polleras levantadas, todos con la boca abierta. Esa pieza tenía olor, a vómito y sudor y brillantina y transpiración y alcohol derramado. Y las otras dos estaban ocupadas, también. Matías miró a la chica, que estaba frunciendo la boca, apenas.

–¿Y la pieza de la mamá de Roberto? Ay, esa está BUENÍSIMA y tienen tele...

–Pero Roberto no quiere.

–Le pedimos porfa. Porfa porfa porfa, Rober, seguro que nos dice que sí porque Rober es DIVINO.

La chica estaba saltando, como si tuviera cinco años y quisiera un helado o le hubieran dicho que se iba de vacaciones a Disney. A Matías lo sorprendía sentir que Jacinda no se estaba haciendo la nena tonta para levantárselo, por ejemplo, no, ella era así, y por eso le gustaba. Por el momento, al menos. Era una nena boba y estaba bien. Que fuera estúpida lo hacía sentir más seguro, más tranquilo, de alguna manera.

–Bueno.

Jacinda se apuró hasta la puerta de la pieza de la madre de Roberto y la abrió sin golpear. Los chicos todavía estaban tomando cocaína y hablando a los gritos uno encima del otro, pero se callaron de golpe, los cinco a la vez, cuando vieron a Jacinda con Matías.

Matías frunció el ceño. Porque la gente que estaba muy dura tomando merca en una pieza no se callaba la boca cuando alguien entraba, salvo que el que entrara fuera, por ejemplo, el loco de la motosierra.

Entonces.

Entonces, elemental, Matías, según le decía la voz que le hablaba cuando tenía que explicarse algo. Matías, si vos fueras Roberto y estuvieras reduro tomando una merca que te vendió un chico que, entre otras cosas, es famoso *porque SU PAPÁ SE LO COGÍA*, ¿tendrías una historia mejor para amenizar la velada?

Ah, se lo podía imaginar todo.

«–No saben –decía Roberto, por ejemplo–. Ese loco, el que nos vendió esto, no saben lo que le pasó, pobre, es refuerte.

»–Qué, qué le pasó.

»–Se lo violó el padre.

Y así. Porque, ahora se daba cuenta, los chicos lo miraban diferente, con todas las expresiones que la gente elegía cuando *sabía*.

¿El de la punta? Lo miraba con asco. Roberto, con vergüenza de

palero bocón. El rubio, con lástima. Lástima buena onda. El más petiso se quería ir a la mierda.

Y la chica redondita pedía la habitación para coger con el chico abusado. Ahora Matías estaba avergonzado. Por supuesto, Roberto cedió la pieza sin que le insistieran demasiado, y todos salieron lo más rápido que pudieron, tremenda cola de paja, pensó Matías, mirá que unos tipos tomando frula te van a dejar el bulo con tanta buena onda. Matías tuvo ganas de decirles «no se hagan los pelotudos, sigan hablando nomás, es más, ¿quieren detalles copados?» o de echarle a Roberto una mirada que dijera «mal amigo, traidor, me suicido ahora mismo», pero no podía hacer eso, porque hacía rato que Roberto había dejado de ser su amigo; si le prestaba atención ahora era por culpa y por nostalgia de amistad pasada, pero pronto lo iba a odiar, porque a nadie le gusta ver cómo las cosas se derrumban, a nadie le gusta hacerse cargo de la mierda ajena. Y enseguida se quedó solo con la chica, que se puso a saltar arriba de la cama y encendió el televisor.

¿Y ahora qué? Porque si había algo que no quería hacer era coger, ni nada que se pareciera a eso. Ni con ella ni con nadie nunca jamás en la vida. Se acordaba de eso que le había dicho una vez Papá, el muy hijo de puta, esa vez que él se estaba bañando y Papá entró y se metió con él en la ducha, quería que le chupara la pija y Matías no tenía ganas. Entonces Papá le explicó que todo el mundo lo hacía, que era normal, que todos los papás que querían a sus hijos jugaban a estas cosas porque no tenía nada de malo. Y después él había ido a la escuela (¿cuántos años tenía, seis o siete?) y le había preguntado a una compañera (no se acordaba del nombre, solamente de que era morocha y le faltaba un diente) si su papá también se lo hacía, y la nena le había dicho que no, y Matías había contestado qué raro, si todos los papás lo hacían. Entonces tu papá no te quiere, le había dicho. Debés ser adoptada. Después, la nena se lo había preguntado a su mamá y ahí se había armado un quilombo que Matías no recordaba en detalle (pero se lo imaginaba). De cualquier forma, había terminado con Mamá dándole una paliza terrible por «degenerado, quién te enseña esas porquerías», y después lo había llevado a la casa de la nena para pedir «disculpas».

Matías nunca en ningún momento intentó defenderse, porque se dio cuenta de todo, de que Papá mentía, y de que lo que Papá le hacía era MUY MALO. Muy pero muy malo.

Jacinda se estaba sacando la ropa, de a poco. Había tirado las sandalias en un rincón, y cuando se levantó el vestido para quitárselo por encima de la cabeza, Matías le vio el cuerpo, la panza redonda y hermosa, una bombacha blanca, sin corpiño, porque no le hacía falta. Al mismo tiempo, sentía cómo se le empezaba a endurecer la pija (sí señor, todavía funciono normalmente, se sorprendió) pero de todos modos no podía acostarse con ella, eso estaba clarísimo.

–Voy a buscar un trago –dijo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, como si no entendiera.

–¿*Ahora*?

–Sí, así no nos movemos más de acá.

–Pero ¿no te gusto?

–Cómo no me vas a gustar.

Y no mentía. Pero tenía que salir de ahí. Haciéndose el canchero (qué vergüenza) le señaló la llave en el picaporte de la puerta.

–Mirá. Nos podemos encerrar toda la noche, si queremos, que nadie nos joda. Por eso quiero buscar provisiones, así después no tengo que bajar a cada rato.

–¡Picnic! –gritó Jacinda y se puso en cuatro patas sobre la cama, con nada más que la bombacha y el cuerpo tan firme y suave. Le parecía una idea fantástica y se reía, y Matías de golpe la despreció, y todo lo que le había gustado de ella ahora era horrible, esa risa imbécil, de nena alegre, de idiota.

Bajó decidido, sin mirar a nadie (seguían bailando y gritando y divirtiéndose, qué asco), sobre todo rápido porque no quería ver a Roberto y a los demás otra vez, ahora estaba seguro de que toda la fiesta lo sabía, ¿y no podía saberlo también Jacinda y por eso se hacía la tarada, solo para que, cuando él no pudiera cogérsela, ella gritara, «pasen pasen», y todos esos chicos malvados de la fiesta, todos esos chicos perfectos y crueles entraran y se rieran de él, no podía ser él, Matías, el chiste de la noche? Podía ser, todo era posible, cosas más raras y más terribles pasaban.

Salió por la puerta principal, sin saludar a nadie, total nadie lo conocía, y a nadie se le había ocurrido cerrar la puerta de calle con llave, así de confiados eran, así de tranquilos estaban, nada malo les podía pasar nunca y por eso Matías los odiaba y los envidiaba y qué estúpido había sido creyendo que una de esas muñequitas inmaculadas podía enamorarse de él (había pensado «mirá si me pongo de novio con esta pendeja divina»), si él nunca podía ser como ellos..., ¿cómo era eso que estaba en uno de los cuadernos de Cristian? «Estás frito, angelito.»

Le costaba caminar, porque ahora tenía una erección dolorosa e inútil, justo cuando ya no le servía para nada, porque Papá lo había hecho puto, o enfermo, y se arrimó a un árbol fingiendo que orinaba, y se masturbó despacito, para que si alguien pasaba no se diera cuenta, y tenía ganas de lastimarse, de clavarse las uñas, de restregarse contra la corteza del árbol hasta que no le quedara nada entre las piernas.

Esa noche no había podido volver a casa. La sola idea le había dado ganas de vomitar, y había vomitado. Le dolía la garganta, como si alguien le hubiera raspado la laringe con un torno. Sabía que cuando volviera (porque iba a volver, qué otra cosa podía hacer) Mamá iba a gritar como una vaca loca y Lucía lo iba a mirar con malhumor, porqué-traés-más-problemas-como-si-no-hubiera-suficientescon-tu-pobre-hermana-como-está. Eran las doce del mediodía, así que todavía podía decir que había ido a bailar, no era tan mentira, porque podría haber seguido en la fiesta: seguro duraba hasta el mediodía.

La cajera del drugstore de la estación de servicio lo trataba mal, pero a Matías no le importaba. Tenía demasiadas ganas de cagar y era el único lugar donde había un baño, además de los bares; pero de los bares lo echaban si no consumía, y no quería gastar un solo peso de lo que había ganado esa noche. La estación de servicio quedaba enfrente de la parada del colectivo. La parada del colectivo

quedaba sobre una plaza. La plaza estaba llena de pequeños y profundos agujeros redondos. Matías había descubierto lo que eran hacía mucho: madrigueras de ratas. Las ratas corrían por la plaza, enormes, dejando túneles dentro de las ligustrinas mientras peleaban por los restos de panchos y pan y patys. A menos de un metro quedaba el mercado, que tenía comedor. Matías odiaba ese lugar, que era uno de los lugares preferidos de Cristian.

Su hermano siempre se sentaba en uno de los bancos de la plaza y miraba a los chicos jugar cerca de los agujeros de las ratas y de los carritos que hacían garrapiñadas, fumando con los ojos azules entornados. Nadie lo miraba ahí, a nadie le llamaban la atención sus pelos erizados y ese cráneo rapado en partes, mal afeitado y cubierto de lastimaduras costrosas. Tenía los dedos largos y temblorosos. Matías lo había encontrado sentado ahí una vez: era el lugar más céntrico donde paraba el colectivo que los llevaba a casa. Y aunque se sentó a su lado, él siguió fumando y observando, irritado, y no le habló, como si no lo conociera. Matías sabía que su hermano quería estar solo pero no le importaba, necesitaba molestarlo, estar donde él estaba, para tratar de saber qué pensaba, por qué elegía morirse de frío en ese banco cerca del mercado y del olor rancio, escuchando el chillido de las ratas. Hasta que tenía que irse para no llorar, porque si lloraba adelante de Cristian y él seguía así, tan indiferente, todo iba a ser mucho, muchísimo peor.

Matías odiaba ese lugar, y ahora volvía a pasear por ahí solamente porque, qué estupidez, esperaba encontrarlo. Existía la posibilidad de que hubiera vuelto sin avisar, ¿por qué no?, si estaba bastante loco el hijo de puta. Tranquilamente podía volver a los lugares que le gustaban (y la casa no era precisamente uno de esos lugares). Pero no estaba.

Matías también odiaba ese lugar porque le recordaba los cuadernos de Cristian, oraciones sin sentido, letras de canciones, fragmentos de conversaciones. Sacó uno. «Me da miedo esta zona, está demasiado vacía. No tengo miedo de que me violen, o que me roben o algo. Es que está demasiado vacía» (morocha, veintipico, colectivo tres de la mañana). ¿Se lo había dicho a él, o Cristian lo

había escuchado o la había escrito él y formaba parte de alguna otra cosa? Matías no tenía la menor idea.

«Wet beast and rotten hay / Freak and brute creation» (Nick Cave, «The Carny»). Alguna vez tenía que buscar un diccionario inglés-español para traducir todo lo que no entendía. Sería una buena forma de matar el tiempo. Escrito casi al final de la primera página. «Era mejor estar espantosamente tenso que profundamente desesperado.» Pensó en esa frase un rato, pero no fue capaz de elegir uno de los dos estados de ánimo: se sentía tenso y desesperado al mismo tiempo. «Se asustaba de los extraños y todavía se asusta. Esperaba las primeras nieves y todavía las espera.»

En esa plaza pasaban cosas horribles, además. Esa noche, por ejemplo, después de haber caminado mucho y haberse dado cuenta de que había llegado a la plaza, se sentó en un banco. El reloj de la torre decía que eran las cuatro de la mañana, pero en la plaza había movimiento. Era gente buscando comida en las bolsas de basura que los del mercado habían sacado. Mucha gente, como perros, alrededor de las bolsas. Igual se quedó sentado en el banco. Dejó pasar dos colectivos. No tenía ganas de irse a casa todavía. Quería dormir ahí: se podía tirar en el banco, dormir un rato y ver qué hacer cuando se despertara. Pero tenía miedo porque llevaba plata encima: alguien le podía robar, así que tenía que aguantar despierto. Cuando estaba poniendo la mochila de almohada, para descansar nomás, se le acercó un chico sucio que parecía un enano, con la cara pegajosa y las manos llenas de costras pidiendo una moneda, «deme una moneda, por favor, deme una moneda, por favor, deme una moneda, por favor». Hacía frío y el nene tenía un pulóver violeta bastante abrigado, pero no tenía medias. Se le había caído el pelo en varias partes de la cabeza. Una vez Cristian había visto a una mujer semipelada, con el cráneo blanduzco y lleno de gusanos blancos. Se lo había contado entre angustiado y excitado. Matías le preguntó cómo sabía que el cráneo era blanduzco y él le había contestado «porque lo toqué».

Llegó la hermanita del chico. Se notaba que eran hermanos. Idénticos.

–No tengo monedas –dijo Matías–. Tengo nomás para el bondi.

La nena apretó los dientes y se puso pálida. Matías creyó que iba a pegarle. Pero la nena se puso a gritar de rabia. No lloraba. Respiraba con dificultad, como si estuviera resfriada o fuera asmática (Matías tenía un compañero en la secundaria que era asmático y respiraba así, pero cuando le pasaba agarraba como un rociador y se lo metía en la boca. La nena no tenía eso). Después salió corriendo. Nadie les prestó atención, la gente que buscaba en la basura seguía buscando y Matías se levantó y caminó, fumando un cigarrillo. Le daba vergüenza haberle mentido a la nena, no haberle dado ni una moneda cuando tenía como mil pesos. Se sentía un hijo de puta y por ahí lo era.

Pero qué se le metió en la cabeza ahora a esta mujer, pensó Matías.

Mamá revolvía su té que ya estaba helado mientras Juan miraba los dibujitos con la boca abierta y Matías dejaba una galletita a medio comer porque lo que estaba escuchando le daba náuseas. Por suerte había podido almorzar y ahora estaba merendando. Un triunfo.

–Me vio, Matías, me vio nomás y me dijo «señora, hermana, cuánto dolor veo en usted». Imaginate la impresión que me dio.

¿Por qué?, pensó Matías. Si tenía una tremenda cara de hecha mierda, no era tan asombroso que alguien se diera cuenta de que estaba mal.

–Me dijo, «hermana, tiene problemas con el corazón, ¿no?», me dijo, pensá que yo no le había dicho nada. Y después me agarró de la mano, me dijo, tiene problemas con su marido y sus hijos, veo una hija enferma, hijos con problemas, un marido que no está con usted... ¿No es impresionante?

No era impresionante, pero Matías le dijo que sí, porque no se puede discutir con un loco, pensó.

Mamá bajó la voz como si estuviera diciendo un secreto y a Matías

le dieron escalofríos y más ganas de vomitar, tantas que pensó que tendría que ir al baño si escuchaba una palabra más. Se imaginaba al pastor berreta, lleno de anillos mientras envolvía a esa pelotuda de mierda que era su mamá.

Mamá le estaba contando su Última Vez Dando Testimonio sobre el escenario de la iglesia. Todos los jueves subían un par de locos al escenario y daban testimonio, que era contar cómo el Señor había entrado en sus vidas y las había mejorado. El pastor además adivinaba cosas y la gente decía «alabado alabado» o «aleluia aleluia gloria». A Mamá le tocaba pocas veces subir porque el Señor no le mejoraba demasiado la vida que digamos. Pero ese jueves había subido para que el pastor le adivinara cosas y la «unciera». A Matías las manos del pastor y el ambiente con olor a sudor y mal aliento de la iglesia le hacían doler la cabeza, y nada más.

Más temprano, esa tarde, había venido la tía Cristina. A Matías siempre le había parecido una idiota, pero esa tarde llegó seria diciendo que Tenía Que Hablar Con Él. Además, vino de visita cuando Mamá no estaba (no se llevaban muy bien porque a la tía Cristina no le gustaba mucho el asunto de la Iglesia y decía que eran Negociantes y Truchos). Mamá había salido porque le tocaba la Cadena de Oración, es decir, se había ido a rezar a la casa de alguien de la Iglesia. Por Carla, por todo. No funcionaba, pensaba Matías.

En fin, le prestó atención a la tía Cristina. Porque empezó a hablar de forma bastante coherente. Que Mamá se estaba yendo al carajo con lo de la Iglesia. Que estaba Obsesionada y con un Lavado de Cerebro. Que por eso Papá la había abandonado y ella No Se Daba Cuenta. Que la familia era Un Desastre, que Lo Veía Mal Al Nene, que Matías Tenía Que Retomar La Escuela. Eran muchas cosas pero no eran tan delirantes. Hasta que empezó a hablar del brujo (del «Dotor», dijo) y de cómo todo se podía solucionar si iban al Brujo, porque, seguro, toda la mala suerte de la familia tenía que ser por un Trabajo, no podía ser de otra manera.

Lógico, pensó Matías, y las náuseas eran peores que el dolor de espalda, y era mucho decir.

Aparentemente la tía Cristina estaba entusiasmada con ese brujo

desde que le había dicho alguna estupidez y la había curado de los ataques al hígado. Era la primera vez que la tía aparecía con la teoría del Trabajo, que era su manera de explicarse la mala suerte de su hermana y los hijos de su hermana y el marido de su hermana, si se puede pensar que un degenerado, un delincuente y una loca se vuelven degenerados, traficantes y locos por un Trabajo de Magia Negra. También le parecía que Juan estaba ojeado. (Juan estaba autista, según Lucía, Matías no sabía que era eso así que le preguntó, y Lucía le explicó que Juan estaba autista porque no hablaba ni te contestaba si le preguntabas algo y jugaba solo, y eso era cierto, porque Juan no hacía nada.) Pero según la tía Cristina estaba ojeado y Mamá debía creer lo mismo porque, bueno, porque era una bestia, pensaba Matías.

La tía Cristina también dijo que seguramente era un Trabajo de Alguien que los odiaba. A Matías no se le ocurría quién, le empezó a doler el estómago y se dio cuenta de que eran dos locas y que era todo un horror.

La tía Cristina contó cosas que pasaban en su barrio, donde vivía y reinaba el Brujo.

Una mujer había perdido tres embarazos seguidos y después encontró un sapo podrido y crucificado abajo de unos escombros en el fondo y lo quemó con sal y quedó embarazada finalmente. El sapo se lo había puesto la suegra porque quería que se peleara con su marido. La suegra pensaba que la nuera era una puta y no le convenía a su hijo. El Brujo le había dicho a esa mujer dónde estaba el sapo (el Trabajo) y qué hacer cuando lo encontrara.

Otra mujer veía a su hija rara. Su hija salía con un hombre que a ella no le gustaba, que era malo. Una vez le revisó los bolsillos del saco al hombre y encontró un mechón de pelos de su hija anudado a una cruz chiquita de madera, una cruz pintada de rojo. Lo quemó (parecía que para sacarse de encima los trabajos había que quemarlos, pensaba Matías) y su hija dejó al hombre malo que le pegaba. El Brujo le había dicho a esta otra mujer dónde buscar y qué hacer con el amuleto.

¿Y qué le había dicho a la tía Cristina (porque ella había ido al Brujo, claro)?

Que su familia tenía un Trabajo de magia negra encima, un Trabajo poderoso y difícil. Primero había que limpiar la casa y rociarla con vinagre (ja, pensaba Matías, cuando Lucía se enterara y tuviera que bancarse el olor). Y cosas así. La dejó de escuchar mucho antes de que la Tía decidiera irse, y le prometió que iba a hablar del tema con Mamá, cosa que obviamente no iba a hacer.

Hacía mucho que no subía a la terraza, quizá más de un año. Mientras subía las escaleras de material, pensó que era muy extraño haberse olvidado de esa posibilidad tan cercana de escapar de la casa. La terraza tenía forma de ele, y en la parte de atrás, que daba al patio central entre las dos casas, no había pared ni baranda; Papá no la había terminado, como tantas cosas cuando se quedó sin plata –y sin el albañil Samuel–: el piso del living y del baño de cemento, la madera de las puertas sin barnizar, las paredes del garaje, ahora su habitación, todavía con restos de enduido.

Matías se sentó con las piernas colgando al vacío. En el patio que comunicaba la casa de Carla con la de Mamá –su casa actual y la casa donde había crecido– había varios juguetes de Juan, podía distinguirlos porque Mamá se había olvidado de apagar la luz, como siempre. Dos coches, un camión, algunos muñecos de guerreros de dibujo animado, una espada que podía brillar iluminada por dentro si tuviera pilas. El barrio estaba terriblemente silencioso. En la terraza de la Chusma, la perra –una ovejero alemán– lo miraba curiosa. Pobre animal, pensó Matías, nunca lo sacan a pasear y tiene que vivir en el techo, espantado por los gatos que lo molestan porque no le tienen miedo.

En un rincón estaba la parrilla, y Matías evitaba mirarla porque le traía malos recuerdos. O buenos, según. Durante la obra, Papá y Samuel hacían asados riquísimos, y hasta Cristian subía a comer, y se emborrachaba al sol con vino tinto. No les hablaba, se ponía pálido cuando Papá contaba alguna anécdota familiar, pero por lo menos se sentaba a la mesa y ayudaba a repartir los chorizos. La

obra había finalizado de golpe con la muerte de Samuel, pero estaba bastante avanzada como para que Carla y el Tigre se mudaran a la casa. Ellos nunca habían intentado completarla.

Los otros asados, los que se hacían en el fondo de la casa de atrás cuando Matías era chico, habían sido horribles. Papá tomaba mucho en aquella época, y cuando estaba borracho peleaba, rompía vasos contra la pared de ladrillos, y Matías solía escaparse, a la vereda o a esconderse debajo de la cama, porque a veces le pegaba a Mamá, y si Cristian trataba de defenderla, también lo golpeaba. A él nunca le había pegado. Le había hecho otras cosas, claro. No recordaba si le pegaba a Carla.

Mamá había empezado a ir a la iglesia por eso. Una vez, Matías se acordaba, subió al escenario a Dar Testimonio, y contó el martirio de su vida con un marido alcóholico. Había llorado a gritos –el pastor tuvo que abrazarla– y Matías tuvo mucha vergüenza. No sabía cómo, pero Mamá convenció a Papá de ir; cuando él conoció a Dios y se arrepintió, el pastor lo había hecho arrodillarse, le había rociado aceite en la frente, y entonces algo había gritado dentro de él –Mamá decía que esa voz ronca no se parecía a nada– y la cara se le había transformado, de rojo a violeta, hasta que cayó desmayado. Pero enseguida se puso de pie, y era Otro. El pastor había expulsado al Demonio que tenía dominado a Papá. Lo único que Matías podía decir al respecto era que, al menos, esos fanáticos habían sacado a Papá de su cama. O a lo mejor era que él ya había crecido y Papá prefería a las criaturitas. No tenía intenciones de averiguarlo.

Mamá había estado eufórica durante los primeros tiempos de la Conversión de Papá. Ni siquiera se volvió loca de furia cuando a él lo jubilaron con un sueldo miserable de la Municipalidad. Iban juntos a reuniones y hasta fiestas. Nunca imaginó que la Iglesia le iba a quitar a su marido. En una de esas reuniones, Papá conoció a otra mujer. Ni siquiera tuvo un romance oculto con ella: se lo contó a Mamá de inmediato, pidió perdón en el escenario, y se lo concedieron. Era amor, decía el pastor, y el amor viene de Dios. Benditos sean.

Papá había cambiado de sede: iba a la misma Iglesia, pero a otro templo, para evitar cruzarse con Mamá. Ella se había enojado con el

pastor, tanto que se negaba a volver, y no había compañera de cadena de oración que la convenciera de presentarse en el templo. Pero poco después ese pastor que había bendecido las segundas nupcias de Papá fue trasladado, y Mamá quedó fascinada con el reemplazante, el mismo que ahora le adivinaba detalles de su vida. Ya no le insistía a Matías para que fuera a la Iglesia: lo consideraba un caso perdido. Mejor.

Matías buscó el encendedor en el bolsillo, y mientras fumaba escuchó los únicos sonidos del barrio, lejanos: un coche que recorría las calles demasiado rápido, y un grupo de chicos y chicas riéndose, probablemente borrachos. Tanteó el piso de la terraza antes de acostarse boca arriba para mirar el cielo de la noche, y encontró los restos de una cañita voladora, un cilindro de cartón rosa con estrellas doradas, y lo rompió en pequeños pedazos hasta quedarse dormido.

Esa tarde había un recital grande en un parque del barrio. Era día de semana, pero como era un aniversario tenían que hacerlo en esa fecha. El plan de Matías era ir al recital y al otro día buscar a Marcela, que ya debía estar de vuelta. De vez en cuando pensaba en ver a los chicos que había conocido en aquella Marcha contra la Discriminación –Nada, Galo, el chico loco–, pero no se atrevía a visitarlos solo. Prefería esperar a Marcela, que los conocía.

Ahora quería ir al parque porque sabía que sus vecinos punkies del barrio iban a ir... Él nunca les hablaba; los conocía de vista, y sabía que le podían comprar un poco de frula, no mucho, porque eran pobres, pero seguro que un poco.

Le hubiera gustado llegar al recital con un montón de gente, como los punkies del barrio. Los veía de lejos, eran bárbaros. La chica morocha tenía una pollera bien rotosa y medias de red negras, corridas, le quedaban muy bien. Y Julián, porque así se llamaba (de chicos habían jugado juntos), tenía una remera con calaveras dibujadas y el pelo teñido de rubio, casi blanco. Estaban tomando

vino, en tetrabrick. A Matías eso le daba bronca, porque a él no le terminaba de gustar el vino, un poco sí, pero mucho le daba arcadas y nunca se podía emborrachar del todo; para él emborracharse era descomponerse, vomitar abrazado al inodoro. Y no se podía ir a sentar con los chicos punkies y pedirles vino porque enseguida iba a dejar de tomar y ellos se iban a dar cuenta de que él era un tarado, eso si le convidaban. Nunca se había acercado a ellos, sobre todo porque el Tigre, Carla y Rafael se llevaban mal con esos chicos –o más bien los ignoraban–, y Cristian tampoco era amigo de ellos porque en general no tenía demasiados amigos. Pero a Cristian no le importaba como le importaba a él, porque decía que odiaba a la gente, sobre todo a la gente que andaba en grupos y se vestía parecido, porque no era ¿gregario? Esa era la palabra que usaba, pero Matías sí que era gregario, nada más que no se animaba a serlo.

Había algo raro en ese recital. La gente estaba incómoda, le parecía, porque no podía sentarse en el piso. No había pasto: había tierra, tierra cubierta por piedritas de plaza que se clavaban en el cuerpo; además había llovido y todo estaba lleno de barro y charcos. Hacía calor, estaba nublado y pesado: no se podía respirar bien. Hubiera estado buenísimo sentarse pero no se podía, y eso era molesto.

Y todos demasiado borrachos. Es más: Matías nunca había visto tantos borrachos juntos. Caminó entre la gente. Dos tipos con gorritos de Boca se abrazaban y cantaban, pero no era divertido porque les faltaban muchos dientes y se les caían los pantalones, tanto que a uno de los dos se le veía media raya del culo. Otro chico dormía al lado de una botella de vino tinto vacío.

Una chica hablaba con un chico sentado a su lado.

–¿En serio no vas a volver?

–Dejame.

No era «dejame», era ddiijjmme, o algo así. El chico tenía el pelo sucio, con cachitos de vómito.

Tocaban diez grupos esa tarde, el último era el mejor y subía al escenario a las diez de la noche. Organizaban el recital unos abogados que te sacaban de la cárcel cuando te agarraba la Policía.

Hacía un año habían matado a un chico en una comisaría y después habían matado a veinte más y antes de ese chico a otros treinta, pero –Matías no sabía por qué– el que importaba era ese chico porque después de su muerte la gente se había enterado de que mataban chicos en las comisarías. Por ese chico se hacían recitales y marchas, por ejemplo. El parque quedaba a diez cuadras de su casa, y la entrada era gratis. Se había venido caminando con una latita de cerveza porque cuando se hacían esos recitales nadie molestaba, se podía comprar cerveza y andar por la calle tomando sin ir preso.

Hubiera estado bueno que al Tigre lo matara la Policía, porque así Matías habría sido el cuñado del muerto homenajeado y por ahí Carla no se pegaba un tiro, porque si la Policía te mataba era distinto, era injusto, y se podía protestar y venía gente a tu casa, sacaban notas en los diarios, aparecías en televisión. No cambiaba nada, pero a lo mejor no te pegabas un tiro porque parecía que a alguien le importaba. Pero el Tigre estaba mal con todo el mundo y había gente brava que no lo quería porque el idiota cagaba al que podía, era simpático, pero si te podía cagar te cagaba, y hay gente con la que no se podía joder así. El Tigre se la creía, ese había sido su problema, y alguien se había cansado y le había puesto un par de tiros. Entonces el Tigre era un delincuente de frondoso prontuario (decían los diarios) muerto en un ajuste de cuentas (decían los diarios), y era cierto. No se podían hacer marchas por él ni nada.

¿Y si él iba a contar su caso a la tele? Había gente que lo hacía y no le daba vergüenza (a él sí que le daba vergüenza). Muchos programas de la tarde se ocupaban de gente abusada. Estaba de moda: las conductoras siempre lloraban, los invitados también. A veces hablaban de otras cosas, iban al estudio mujeres golpeadas o mujeres frígidas o tipos impotentes o gente que se llevaba mal con sus vecinos o que le habían quedado mal las cirugías estéticas, pero últimamente los que habían sido abusados de chicos por parientes o por cualquiera eran las estrellas. Se imaginaba el título del programa: «Mi padre abusó de mí». O: «Fui abusado por mi padre». O: «Mi padre es un abusador». Lo que pasaba era que la gente que contaba esas cosas en la tele era distinta. Los violadores/abusadores de chicos que aparecían o que denunciaban en la televisión eran

villeros. Matías odiaba pensar así. Sabía, porque en la tele lo decían todo el tiempo, que-el-abuso-aparecía-en-todas-las-clases-sociales. Pero no era eso lo que se veía. Hacía poco había visto un programa especial sobre el tema. La chica abusada, morocha y muy linda, que había quedado embarazada del papá, venía de un pueblo pobre en el campo, y era fácil imaginarse a ese padre degenerado que se acostaba con las hijas, la mujer y las vacas, bien bruto. Otra chica, violada por su papá y su tío, era de la villa, y decía que vivían todos juntos en un rancho, encimados y en medio de la mugre. Siempre eran chicas, pensaba Matías, y siempre muy pobres. Papá no era fino, tampoco, en absoluto, pero trabajaba en la Municipalidad y, aunque era un empleado de cuarta, ganaba dos pesos, no conocía a nadie importante y el jefe lo trataba mal como a cualquier otro empleado de cuarta, llenaba papeles, tenía compañeros que lo querían, amigos con los que hablaba de fútbol, y seguro que ninguno se imaginaba, seguro. No era imaginable, y Matías tenía miedo, incluso, de que no le creyeran. Además, Papá no era un animal, venía a su pieza tarde cuando todos dormían o cuando estaban solos a la tarde, cuando Matías recién llegaba de la escuela y Mamá todavía estaba en la casa de la tía o durmiendo la siesta y siempre terminaban antes de que llegara alguien, mucho antes. Claro que Cristian no tenía horarios, pero nunca los había escuchado y no tenía por qué sospechar si veía a Papá salir de la pieza. Y Papá apenas le decía cosas. Todo era muy silencioso y solamente de vez en cuando le pedía algo raro, muy pocas veces se ponía molesto. Eso sí, cuando se ponía insistente estaba horas... escarbando. Y transpiraba y gruñía bajito. No le hacía doler, al principio sí, un montón, pero después no, y cuando le salían hemorroides Matías se lo decía, y Papá paraba un par de días. A veces no, cuando estaba demasiado borracho, y entonces sí le daba bronca a Matías, pero también le daba miedo discutir con Papá cuando tenía ese aliento a vino y los labios manchados de púrpura del lado de adentro, como si hubiera tomado sangre. Cuando entendía, pedía que le chupara la pija, y Matías prefería eso. Papá también, decía que nadie era mejor que Matías. Aprendiste, guachito, decía, y se reía.

En el parque había puestos de vendedores ambulantes, algunos muy hippies que ofrecían anillos con piedras de colores, largos aros con plumas y pipas de parsec para fumar marihuana. Otros que vendían cedés de música y películas pirateados. Pero la mayoría se podía escuchar o ver solamente en computadora, y no le servía para nada a Matías. Igual revisaba los compacts porque había muchas bandas raras, las que escuchaba Cristian. Otros puestos, de chapa verde, vendían libros viejos o usados. Matías se aburría en el recital porque tocaba una banda que no le gustaba para nada, entonces paseaba por los puestos aunque no tenía plata, pero podía contarle lo que había visto a Lucía para que se comprara algo si quería, porque a ella le gustaban los libros y los anillos plateados.

Había unos chicos parados cerca de los puestos, en fila, con palos. Todos eran pelados. A Matías le daban un poco de vergüenza ajena porque fruncían la nariz y ponían cara de malos, pero también le daban miedo porque sabía que pegaban y, si podían, mataban. Todos eran musculosos, tenían remeras blancas, pantalones arremangados y esvásticas tatuadas en los brazos. Matías pensó que eran medio idiotas, porque esos chicos nazis se llevaban mal con los punkies y con los stones y con todos en general, pero ellos eran como mucho veinticinco y los punkies y los stones eran todos los demás, cerca de diez mil. Y algunos andaban husmeando y ya se puteaban, se decían «vení, vení, si sos macho» y «negro de mierda», «puto de mierda», «nazi de mierda», «roñoso de mierda». Todo mal, pensó Matías, así que mejor hago rápido la historia. Tenía unos cuantos gramos encima, entre toda esa gente alguien tenía que comprar y además estaba cerca de su casa y podía ir a buscar más, si hacía falta.

–Hola.

Julián, el chico de la remera con calaveras, lo miró y lo reconoció enseguida. Pero no lo ignoró. Un poco sorprendido, dijo:

–Hola, ¿cómo andás?

–¿Me convidás un cigarrillo? –pidió Matías.

Él nunca andaba sin cigarrillos, pero no se le había ocurrido otra manera de encarar a Julián, que tenía puesta una remera de Die Toten Hosen, ahora que lo veía de cerca se daba cuenta. Buenísimo,

pensó Matías, porque él también tenía puesta una remera de los punkies alemanes, heredada de Cristian. Ese era el segundo tema de conversación. Todo salía como lo había planeado.

–Te gustan los Hosen.

–A vos también, veo.

–¿Los viste en Superclub, hace un par de años?

–No, pero dicen que estuvo buenísimo.

Se quedaron mirándose un rato. Matías pensó que lo mejor era irse. Pero Julián estaba medio borracho, y le dijo:

–Sentate, dale.

Y le pasó la cerveza. Estaba helada, casi llena, recién comprada.

–Hola –dijo la chica–. Yo soy Julieta.

–Matías. Cómo va.

–Bien. Estaría mejor si se fueran los skin-putos-demierda-nazis-hijos-de-puta.

–Él es del barrio, ¿lo tenés?

Julieta lo miró. No era muy linda, pero parecía simpática.

–Sí... ¿vos sos...?

Los dos lo miraron. Matías pensó «ya se dieron cuenta de que soy el cuñado del muerto», y dijo que sí con la cabeza, porque no hacía falta agregar nada y no quería ponerlos incómodos. Julieta, sin embargo, siguió hablando.

–Un bajón lo que pasó. A nosotros no nos cabía mucho el Tigre, pero igual fue un bajón. Comparado con esos nazis de mierda era un tipo alucinante.

–¿Qué hacen ahí? –preguntó Matías cambiando de tema.

–Joden. Están desde temprano buscando. Ya les vamos a dar si no se van, somos muchos.

Matías tomó un trago largo de cerveza: estaba rica.

–Che –empezó a decir, y les hizo un gesto para que se acercaran–. ¿Saben?, vine acá a hablarles porque, bueno, los conozco y les quería ofrecer una cosa.

Escuchaban interesados.

–Nada, tengo un poco de merca rica a buen precio, y no le quiero vender a gente que no conozco porque no sé qué onda. Con ustedes

está todo bien. Yo sé que el Tigre... pero conmigo es distinto. Quiero hacer otra historia.

Los chicos no desconfiaban. Matías empezaba a entender que a nadie le importaba demasiado de dónde venía la merca.

–¿Tenés acá?

–Sí.

No se ponían paranoicos en absoluto, no eran como Roberto, eran chicos más callejeros.

–No sé... –dijo Julián–. No tengo mucha guita.

–¿Vos?

Julieta dijo que algo tenía. La idea la entusiasmaba.

–Mi hermano debe tener y la novia también. Por ahí da para un papel.

Julián pensó un poco y dijo que bueno.

–Pero ¿viene bien?

–Sí, de una.

Era cierto. Había armado papeles bastante generosos porque tenía mucho, no hacía falta mezquinar, y además no cargaba con una tiza entera porque sabía que sería imposible venderla: la gente no salía con tanta plata a la calle, para hacer una movida grande había que arreglarla de antes. A lo mejor estaba vendiendo demasiado muy barato, no lo tenía claro. Pero eso no le importaba: quería redondear un número de plata, no le importaba tanto que el precio fuera justo.

Los chicos punkies llamaron a sus amigos. Cuchichearon. Se fueron un poco lejos de la gente y Matías recibió disimuladamente la plata y disimuladamente dejó el envoltorio de papel metalizado de cigarrillo en la mano de Julián. Tapándose con el cuerpo de los otros, Julián espió el contenido y levantó un poco con una uña larga para llevársela a la nariz. Cuando volvió a mirar a Matías sonreía, y lo miraba diferente.

–Che, ¿siempre tenés, estás en esta?

–Por ahora tengo, no sé si voy a seguir, me pintó una buena historia y la agarré, nomás.

–Bueno, avisá.

Era el momento de separarse. Se iban a tomar a algún baño o al auto, si tenían. Pero Julián quería agradecerle.

–Vení con nosotros, vamos a dar una vuelta en el auto y si querés...

–Los acompaño, pero no, gracias.

Caminaron. Julián llevaba a su chica de la mano. Se veían bien juntos.

–¿No tomás?

–No.

–¿Por?

–No me gusta.

–¿No?

–No... es como que... me pone nervioso, me da una taquicardia fea, me molesta, me persigo.

–A un amigo mío le pasa lo mismo –dijo Julieta, comprensiva–. Qué mal, ¿no?

–No –dijo Matías–. Está todo bien..., además es cara, si no te gusta mejor porque no gastás guita.

–Eso es muy cierto –dijo Julián.

El auto del hermano de Julieta era un Ford Taunus amarillo. A Matías le gustaban los Taunus. Unas vacaciones, cuando eran chicos, Papá los había llevado a la costa en un auto como ese, apenas más viejo. Matías se pasaba el día en la playa, porque le gustaba mucho el mar, y le habían sacado fotos. La más linda era una en la que sostenía un agua viva con un palito, y llevaba puesta una gorra colorada. Cristian ya tenía diecisiete años, y no se había ido con ellos de vacaciones. Y Carla, que recién había empezado a salir con el Tigre, se escapaba de vez en cuando a Villa Gesell, donde paraban su novio y sus amigos. Mamá dormía la siesta hasta las tres de la tarde, porque el sol le hacía mal.

El hermano de Julieta puso un casete y cerró los vidrios, que eran polarizados. Nadie los vería: eso estaba bien.

La novia del hermano de Julieta tomó primero, con un billete arrollado. Después Julieta, después el hermano, después Julián. Todos parecían contentos, y Matías se alegró. A lo mejor hasta se hacía una clientela. Claro que eso era nada más que una fantasía porque ya tenía otros planes, pero era una linda fantasía.

–Che, Matías –dijo Julián–. Cuando quieras pasar por casa, pasá.

Estamos todo el día al pedo.

–Bueno.

–¿Sabés? –le dijo al hermano de Julieta–. Con él jugábamos de pendejos. Después nos dejamos de ver, no sé por qué, boludeces, nos juntamos con gente de distintos palos. Y ahora se aparece con este regalito.

Matías sonrió. Estaba a punto de contar alguna anécdota de infancia, pero ellos estaban lanzados hablando de otra cosa, y nombraban a gente que él no conocía, ya drogados. No importaba: lo habían invitado. A lo mejor podía ir al próximo recital con ellos y hasta se hacían amigos. Ahora era por la merca, pero a lo mejor hacían onda de verdad, y sería bárbaro tener amigos en el barrio.

Terminó el lado del casete. Pero no hubo silencio. Algo pasaba afuera. Algo raro. Se escuchaban gritos, corridas, gente que aullaba por los micrófonos del escenario. Nada de música. Tampoco sirenas de la Policía. El hermano de Julieta abrió la puerta del auto.

Había alguien en el piso, alguien a quien todos pateaban. Pero no era al único, se dio cuenta Matías. Lo que más lo asombraba era el ruido. Hacía poc, poc, y por encima se escuchaban los gritos, los aullidos, los gruñidos, los gruñidos satisfechos de la gente que pateaba y de la gente que golpeaba. Alguien empujó a Matías, que estuvo a punto de perder el equilibrio. Se había acercado con los chicos punkies hasta el lugar del parque donde se desató la pelea, y ahora no sabía cómo salir. El que hablaba por el micrófono sonaba ridículo y la gente corría para cualquier lado, desorientada, las chicas lloraban y algunos de los chicos que pegaban tenían brillo en los ojos y casi babeaban. Julián pasó corriendo a su lado. Corría como lanzándose a algo, revoleando la remera, y el hermano de Julieta atrás de él, gritando. Todos los que peleaban se movían de otra manera, precisos, alerta, atentos. Y sangraban, sangraban los chicos parados, el cráneo del chico en el piso cedía como arcilla y algo salía de adentro de la cabeza y seguían pateando y una zapatilla amarilla

era mitad amarilla y mitad roja y no iba a parar, pensaba Matías, no iba a parar hasta hundirse en esa cabeza que cada vez se deformaba más. Y Matías supo que eso era una fiesta, que esos gritos y esa sangre eran una fiesta, y que no la iban a detener los que gritaban desde el micrófono «chicos chiiIIICCOOOOS PPORRR FFFAVOOR» porque era una fiesta matar, estaban todos juntos festejando, todos juntos, deseando lo mismo y los gritos eran de celebración, porque al chico nazi de la cabeza destrozada lo estaban matando pero estaba bien porque lo hacían todos juntos y porque ¿acaso no se merecía que lo mataran? Matías creía que sí.

Pero él no podía patearlo, porque le daba miedo. Y cuando tenía miedo, Matías tenía que escapar, irse a un lugar seguro y correr y no mirar, no mirar y olvidarse, porque todos gritaban y eso lo aterraba, y no quería que le pegaran y no quería estar ahí pero tenía que estar, porque *tenía* que estar, porque al otro día podría contarlo y decir «no sabés el cachengue que se armó, los cagamos a patadas a esos skinheads de mierda», y acaso no se lo merecían, si ellos pegaban siempre y también mataban, pero él tenía miedo y empezó a correr, más rápido, más rápido, con pánico de que alguien lo agarrara por atrás y le deformara la cabeza y lo matara, y no se quería morir, así no, ahora no, y cuando corría, con ese susto de saber que no hay un lugar seguro cerca, se cruzó con Julián, que tenía la cara hinchada y la remera ensangrentada, y que lo miraba con un infinito desprecio. Matías jamás se había sentido tan despreciado y supo que no iba a pasar nunca por la casa del chico de pelo blanco a tomar una cerveza porque era un cagón, un cagón, un cagón.

Matías escuchó atentamente la conversación. Carla estaba despeinada y ¿sucia? No estaba seguro, pero le parecía que sí. Tenía el pelo seco en las puntas y húmedo cerca de la raíz, y esa humedad solamente podía ser grasa. Qué horror, pensó Matías. Lucía la

bañaba seguido: si Carla estaba sucia, debía ser porque se negaba a lavarse.

Cintia, la última novia de Rafael, estaba sentada sobre la cama tomando cerveza de una latita. Era linda, a su manera, con los labios siempre rojos y los pantalones demasiado ajustados.

–Fue un bardo, y quedó todo mal. De esto hará veinte días.

Le estaba contando a su hermana los chismes del barrio, que seguramente le importaban un carajo, pero como no hablaba Cintia no se daba cuenta, y además era inútil explicarle porque era demasiado tonta. Carla le escribía alguna que otra cosa en un papelito, pero no mucho. Debían ser frases como «y qué más» o «no te puedo creer». Por lo menos la entretenía. Por lo menos estaba «hablando» de vuelta. Cintia había sido su amiga del alma, se encerraban en esa pieza antes de salir los sábados a la noche, y se cambiaban de ropa hasta encontrar la combinación ideal que ocultaba los defectos, las piernas demasiado flacas de Carla, la panza algo fofa de Cintia. Hacía mucho que Cintia no la visitaba, y Carla, a su manera, debía estar contenta. A lo mejor le hacía bien.

–Yo no lo cagué a Rafa, eso es una huevada. Ya nos habíamos *repeleado* cuando volví a curtir con Javi. La cagada fue que me puse en pedo, y viste, mami, cómo se pone una cuando está mamada. Entonces él me vio a los besos con Javi en el pool. Se puso como loco, me quería cagar a trompadas, resacado. El Javi ni se metió, otro sorete. Los tipos son todos unos soretes. Altos machos se creen que son. Bueno, la cuestión es que quedó todo mal, yo me rescaté y le corté la cara a Javi. Y después de eso, el zarpado desapareció. No creo que por Rafa, no le tiene miedo.

Silencio. Carla debía estar escribiendo algo.

–Ay, reina, no sé dónde se fue. Bardos de merca, seguro.

Otro silencio.

–El problema, lo que te quería contar, es que me quedé embarazada. En serio, boluda. Pero no sé de quién es el pendejo.

Silencio más corto.

–¡Ni loca me lo saco! La pensé, no vayas a creer. Pero no tengo la teca, y medio que me encariñé, me parece. No es como las otras veces. Lo quiero tener. No les voy a decir a esos quemados. Ya se

van a enterar. Que se curtan y se maten a trompadas, por mí... Corte que además no les puedo pedir plata a ellos para un aborto, porque el Javi no está por ningún lado y Rafa anda con unos dramas tremendos con ese remís de mierda. Igual, ni la pienso. Es lindo tener algo en la panza, ¿no?

Silencio.

–Y sí, ya sé que tengo que dejar el escabio y el faso, pero los primeros meses no le hacen nada, dicen, ¿no?

Matías se asomó un poco, disimuladamente, cuando el silencio se hizo demasiado largo. Carla había dejado de contestarle (de escribirle) a Cintia, con la cabeza baja.

–Qué pasa, gorda, ¿estás mal de nuevo?

Carla no contestaba. Cintia interpretó el silencio como un sí. Obvio que está mal, mirala bien, boluda, pensó Matías.

–Mami, te vas a poner bien, tenés al nene y...

Matías escuchaba a Cintia pero miraba a Carla. Y cuando su hermana empezó a llorar se fue a su pieza a pensar. Le quedaba mucha merca todavía. Y tenía que ver a quién vendérsela, porque ya no podía volver a lo de Roberto, y con los punkies estaba todo mal también. Tenía que llamar a Marcela, o mejor ir a buscarla al trabajo. Ella tenía que conocer a alguien. Se arrepentía tanto de no haber peleado esa tarde; ahora, solo en la pieza, se imaginaba que podía, no era tan difícil, y había un montón de gente y él pegaba y los otros lo ayudaban y hubiera estado bueno, porque ¿acaso él no tenía bronca a veces y quería romper cosas? Era lo mismo, y él pegaba, y se volvía tan rápido y fuerte y poderoso como esos chicos, y sentía los puños calientes, y al otro día le dolía todo el cuerpo pero estaba satisfecho, a pesar de que los músculos de las piernas le tiraban por el esfuerzo y no podía abrir un ojo, y se sentaba con Julián en la puerta de su casa y se acordaban y se reían cuando decían «cómo nos zarpamos» porque, bueno, el chico de la cabeza reventada se había muerto y el otro estaba en coma, decían en la tele, y ahora los programas ya no eran de abusados, eran de jóvenes violentos o de violencia entre los jóvenes o jóvenes nazis o jóvenes y la Policía, pero a Matías no le daba lástima ni le parecía mal, porque se lo merecían. Y además nadie había ido preso porque eran tantos.

Pero no se había animado, porque era un cagón. Y era tan difícil pensar en eso. Le daba tanta vergüenza, tanta que hablaba solo y decía no no no y se obligaba a pensar en otra cosa, porque había sido un cobarde, un cobarde total, si nadie le iba a hacer nada, si todos se peleaban, que él nunca se hubiera peleado demostraba todavía más que era un cagón, y hasta se tapaba los oídos con las manos, como si una voz le dijera cagón cagón cagón todo el tiempo, una voz que decía la verdad, siempre decía la verdad y no la podía hacer callar.

Si ahora llegaba a ver a Julián en la puerta de su casa, iba a tener que dar una vuelta manzana para evitarlo. Lo peor era que otros chicos del barrio se habían metido en la pelea, y ahora todos se habían hecho amigos, por el aguante. Y él había tenido miedo.

Eso sí, cuando Papá venía a la noche a romperle el culo, eso no le daba miedo, no. Se lo aguantaba. Y no rezongaba, nunca había rezongado ni se había animado a contarlo (salvo a Roberto, y eso había estado *mal*) ni lo había denunciado porque era un maricón y un cagón, qué vergüenza.

Marcela había sido la primera de su lista desde el principio y, ahora se daba cuenta, tendría que haber esperado hasta encontrarse con ella antes de intentar esas movidas estúpidas con Roberto y los punkies del barrio. Se había apurado. Pero era tarde para arrepentirse, después de todo había vendido algo. Ahora tenía que confiar en Marcela: ella podía hacerle el favor, y mejor que nadie.

Marcela pareció sorprendida cuando lo vio aparecer de vuelta en el local de la galería, porque él la visitaba, pero nunca tan seguido. De todos modos, antes de prestarle atención, le contó con lujo de detalles su aventura marplatense con un nuevo novio que estaba loco, por supuesto (de lo contrario Marcela no se habría enamorado de él). Matías la dejó hablar, porque sabía que esa era la única manera de comunicarse con su amiga. Escucharla y esperar a que le

preguntara ¿y vos en qué andás? para que él le contestara que en nada. Pero esta vez era diferente.

–Vos sabés que sí ando en algo, y quería pedirte un favor.

Marcela lo miró asombrada, más porque él anduviera en algo que porque le pidiera un favor, le pareció a Matías.

–Decime, lo que quieras. Si puedo, obvio.

–Bueno, es así. Tengo frula para vender. Un montón. Ya vendí, tenía más. Tengo mucho. Quiero decir, para una mano grande. Vos debés conocer gente que vende, ¿no?

Marcela estaba tan pasmada que solamente le dijo que sí con la cabeza. Matías sintió una punzada de alegría, porque siempre era ella la que daba noticias impactantes, y ahora él la estaba dejando muda. No por la merca, claro. A Marcela eso no la espantaba en absoluto. Pero que él estuviera vendiendo, eso le debía parecer un delirio. A él también.

–Porque, digo, no es como para vender de a poco, para hacer papeles y eso. Es mucho.

–¿Mucho cuánto?

–Y, como cuatro lucas, pero lo vendo a una tres y media, vemos. Es buena de verdad aparte.

Ahora Marcela le estaba sonriendo con un poco de burla, pero también con ternura.

–¿Y cómo sabés que es buena si vos no tomás? ¿O ahora tomás merca, Kovac? Me decís que sí y caigo muerta de impresión.

–No, no tomo, pero es buena. Ya le vendí a gente y me dijeron eso, y aparte se nota..., y aparte sé de dónde vino y esa gente no vende frula mala. Probala si querés.

–¿Tenés?

–Más vale, no te voy a pedir este favor sin traerte un poco para vos.

–Ay, qué amable, Kovac. Bueno, dame.

Matías le dio en la mano los tres gramos que había separado para ella.

–Guau. Estoy *flasheando*, Kovac, nunca me hubiera esperado que te aparecieras hoy con algo así, nunca en la vida. Te quiero.

Marcela se metió en el bañito del local y le dijo:

–Atendeme mientras, que esto es una roca y tengo que picar antes de meterme en la nariz.

Pero no entró nadie mientras ella estuvo ahí dentro. Salió sonriente, masajeándose la nariz, haciendo ruidos de placer con los ojos muy abiertos. Marcela no era ninguna tarada, porque enseguida le dijo:

–Ni me cuentes dónde conseguiste esta frula. Merca así de buena no la andan regalando, y perdoname que te lo diga así, Kovac, pero menos que menos a vos. Me imagino de dónde puede venir teniendo en cuenta tu familia y es para problemas. Estás bardeando, ¿o no?

–Más o menos. Todavía no.

–¿Sí o no? Yo te ayudo. Pero si me van a venir a buscar, no.

–Es verdad lo que te digo. Todavía no sé si estoy en un bardo o no, pero lo que es seguro es que a vos no te va a pasar nada porque todavía nadie sabe que... Confiá en mí Marce, yo no te voy a cagar a vos, no te metés en nada, quedate tranquila que lo pensé bien, boluda, sos mi amiga, no te voy a cagar en serio.

–Igual no me cuentes, no quiero saber.

Marcela lo miró a los ojos, y Matías trató de mirarla con tranquilidad, trató de no demostrarle lo nervioso que estaba. Ahora dudaba. ¿Y si Javi ataba cabos y llegaba a Marcela y le hacía algo? Entonces él era un hijo de puta. Pero no creía que eso fuera a pasar. Tenía que hacer todo rápido, muy rápido, para que no hubiera problemas. Marcela había estado con Javi, pero dudaba que él se acordara. Rafael la había visto solo una vez, y hacía mucho. Mamá no sabía que existía porque él no le presentaba amigas ni amigos a Mamá. Cristian la conocía bien (y se llevaban bien), pero Cristian estaba en Barcelona.

–No te cuento. Pero ¿conocés a alguien?

–Sí. Yo tampoco te cuento, así es mejor. Conozco. Pero tenés que confiar en mí. No te puedo presentar a esta gente porque se persiguen a full y no les gustan las caras nuevas. La mano la hago yo: esta noche me los encuentro seguro, les pregunto si les interesa, y después te digo. Tenés cara de tener apuro.

–Y sí, tengo.

–Bueno. Mañana te aviso. Si no, podemos averiguar con otro que

conozco, pero ya con ese no tengo tanta confianza, así que no es seguro. Y obvio primero me das la frula y después yo te doy la plata.

Matías sintió náuseas de vuelta.

–...

–Kovac, si desconfiás de mí, no te hago el favor un carajo. Boludo. Es gente amiga. No me va a cagar a mí y no te voy a garcar a vos. Sabés que yo no invento cosas, si digo que tengo a alguien de confianza, es así.

Matías suspiró y se secó las palmas de las manos, transpiradas, en el pantalón.

–No, ya sé. Perdoname. ¿Nos vemos acá mañana? ¿Te traigo todo acá?

–Cómo me vas a traer todo acá, estás totalmente demente. Es mi laburo, no tengo ganas de que me echen. Te llamo esta noche a tu casa.

Marcela llamó como había dicho, justo antes de que él sintiera que iba a volverse loco de ansiedad y náuseas. Le dijo que tenía que traerle todo a las siete de la tarde, que la hacían cuando ella salía de trabajar, que se encontraban en la puerta de la galería, pero a lo de sus amigos entraba ella sola y él esperaba en un bar de a la vuelta, y que estaba todo bien, pero no hablemos mucho por teléfono. Matías no supo si debía ponerse contento, pero sabía que estaba muy nervioso. Con toda esa plata podía comprarse un pasaje, por ahí en un avión de cuarta, pero alcanzaba. Y aunque Rafael no tuviera la dirección de Cristian, seguro que podía encontrar a su hermano en Barcelona preguntando; no debía haber tantos chicos como él. Le costaba respirar, pero a pesar del ahogo se sentía bien. No iba a poder dormir, pero podía mirar televisión toda la noche. Había descubierto nuevos programas en el cable, aunque estaban subtitulados y a él le molestaba leer. Y además necesitaba sacarse ya toda esa merca de encima. Le daba entre culpa y pánico ver cómo el paquete se hacía cada vez más chico: era como un reloj de arena que le señalaba el poco tiempo que tenía.

Subió al vagón. El olor a panchos y sudor y mal aliento, ese mal aliento de los recién levantados o de los que llevan muchas horas sin comer lo iba a volver loco algún día. Y después llegarían los números fijos: el nene quemado que te tironeaba del brazo pidiendo monedas (otro monstruo. En el barrio había varios. La Gorda Suárez. Quién más está. El Petete, con la hernia en los huevos... como si tuviera los pantalones cagados. El Nene, con la cabeza puntiaguda... la madre del carnicero que se cortó la mano con la picadora de carne... y Carlita). Los excombatientes. La renga, el ciego del charango, el ciego de las zambas, el sin piernas, el desocupado, los nenes sucios y gritones. Nunca más quiero subirme a este tren de mierda, a este tren lleno de monstruos, pensó Matías, porque me van a contagiar, nunca más, nunca más.

Encendió un cigarrillo: estaba prohibido fumar en el tren, pero nadie cumplía. De alguna manera era justo, pensó. Carla era un monstruo, y él tenía varios números para ser un monstruo también. A lo mejor era eso lo que todos veían, a lo mejor por eso lo miraban y se reían y lo evitaban, a lo mejor ya era un monstruo y no se había dado cuenta. A lo mejor por eso nadie se le acercaba. Ya se le debía notar el olor, debía apestar, como apestaban los monstruos. Ese tren era horrible. Helado en invierno, para colmo, porque no le quedaba una ventanilla sana. El colectivo tardaba demasiado y era caro, y lo ponía nervioso andar con toda esa droga encima, eso también se le debía notar en la cara.

Cuando pasó a buscar a Marcela, todo fue bastante rápido. Fueron en taxi hasta un departamento (Marcela habló todo el viaje). Ella subió y bajó muy drogada veinte minutos después, con tres mil quinientos pesos. Lo invitó a salir, pero Matías le dijo que no. Quería terminar, vender lo que le quedaba y ver qué hacía. Ella rezongó, pero no mucho: quería, se notaba, salir con su novio nuevo, el que había conocido en la marcha, el loco de Mar del Plata. Pero Matías no la podía dejar ir sin preguntarle:

–Marce, ¿tenés el teléfono de Galo y Nada?

Ella, que estaba retocándose el maquillaje blanco en un espejo de mano, volvió a mirarlo boquiabierta.

–¿Galo y Nada? ¿De dónde los conocés?

–De la marcha. Me fui con ellos, comimos pizza en la casa.

Matías notó que le pasaba por los ojos una ráfaga de envidia. Pero Marcela lo quería, y enseguida lo miró con admiración.

–Miralo a Kovac, intimando con los reyes del cool. Sí, lo tengo. Galo trabaja en la galería. Lo hubieras ido a ver.

–Me había olvidado que trabajaba ahí.

–Tiene un local de ropa tremendo. Anotá.

Le dictó el número, después de sacar una agenda negra del bolso.

–¿Te parece que está bien si los llamo?

–¿Y por qué no? ¿Tenés miedo de que te corten la cara?

Matías no respondió.

–Mirá que no te van a comprar. Son recaretas –dijo Marcela.

–No es por eso.

–Qué misterioso que estás. Hacé lo que quieras, obvio que da para llamarlos, tienen buena onda. Y después, contame, ¿sí? Galo es reputo, pero me vuelve loca igual.

Y Marcela lo saludó con un beso húmedo que le manchó la cara de blanco y rojo, antes de susurrarle al oído: «Me debés una. Pero no te la voy a cobrar pronto, porque te adoro, idiota».

Matías se decía que estaba bien llamar, para averiguar sobre el chico loco que había conocido en la marcha. Si no llamaba se iba a sentir peor todavía: esa gente lo había tratado bien, y él era tan desagradecido que no era capaz de marcar un número. Pero sabía la verdad, y comprendía por qué había tardado tanto en llamar: le daba vergüenza, se ponía tímido, imbécil, y tenía miedo de que esos chicos, Nada y Galo, se hubieran olvidado de él. Pero si ni siquiera se atrevía a llamar, quedaría demostrado que era un cagón total, que no servía para nada, y eso no podría soportarlo. Además, todo había salido tan bien con Marcela que se sentía increíblemente valiente, o por lo menos inconsciente. Era el mejor momento para llamar, porque sería capaz de soportar una humillación: estaba eufórico.

Así que marcó. Tardaron un poco en atender, pero escuchó la voz

de Nada y se tranquilizó porque no sabía si podía hablar con Galo. Ella era mucho más normal.

–Hola. ¿Habla Nada? No sé si te acordás, seguro que no, pero bueno, yo soy Matías. El que se quedó a dormir en tu casa hace poco. Después de la marcha.

–Ah, sí. Cómo andás.

Ella no parecía demasiado entusiasmada o contenta o siquiera sorprendida con su llamada. Y bueno. Quién se creía que era. Para ella debía ser otro pendejo más que caía en su casa para ocuparle el colchón. No tenía por qué ser importante. Se arrepintió de haber llamado pero ahora tenía que seguir adelante. No podía cortar y punto.

–Bueno, llamaba para saber si sabías algo de Gonzalo, te acordás...

–Sí. Pero no tengo buenas noticias.

–¿No?

–La mamá no reclamó la custodia y el juez decidió internarlo de vuelta.

–Uh, qué bajón.

–Por ahora no se puede hacer nada. ¿Y vos cómo andás?

–Bien qué sé yo. ¿Y vos?

–Bien qué sé yo también, es decir, para la mierda.

Nada se rió e hizo reír a Matías.

–Bueno –le dijo después–. Gracias por llamar. ¿Te veo en el recital? ¿Vas a venir?

Matías no se había olvidado. Era la noche siguiente. Todavía tenía el volante entre un montón de papeles al costado del colchón. Claro que iba a ir y se lo prometió.

–Nos vemos.

Y eso fue todo. No había sido tan malo ni tan bueno. Lo de Gonzalo era una mala noticia, pero la verdad, en el fondo, el pibe no le importaba. Lo importante era que Nada se había acordado de él y que lo invitaba otra vez, y eso lo hizo sentirse menos solo.

La madre de Rafael cerraba el kiosco a las once, por los robos, pero seguía atendiendo a los amigos toda la noche. A las doce Matías tocó el timbre. Al rato la voz de Rafael dijo, desde atrás de la cortina:

–¿Quién es?

–Mati, dejame pasar.

Rafael abrió la puertita.

–Buscás puchos, ¿no?

–Sí, pero aparte quiero hablar de una cosa.

–Pasá.

Otra vez se sentaron en la cocina. Ahí había estado Rafael antes de que llegara Matías. Había una cerveza semivacía sobre la mesa de fórmica naranja, un atado de Marlboro por la mitad y un ventilador estratégicamente ubicado sobre el televisor, que transmitía un partido viejo.

Rafael siempre organizaba fiestas en la casa, pero cerraba con candado la heladera donde guardaba las cervezas, y también cerraba el kiosco. Hacía bien.

–Dale, de qué querés hablar.

Matías respiró hondo y se puso a mirar la cerveza porque era más fácil explicar algo si no miraba a la gente con la que hablaba. Así por lo menos sentía que estaba hablando solo.

–Te quiero... pedir... umm.

Encendió un cigarrillo y tuvo que empezar de nuevo. Rafael lo observaba atentamente.

–Nada, que tengo merca y quiero que me compres un poco.

Ahora Rafael encendía un cigarrillo. Se había quedado pensando y no parecía sorprendido, cosa que a Matías le llamó la atención.

–De dónde la sacaste.

Venía a decirle la verdad, ¿no? Porque diciéndole la verdad iba a conseguir lo que quería. Porque si Javier le había cagado la novia a Rafael, Rafael haría cualquier cosa por cagar a Javier. Le agradecía secretamente a Cintia por la información que le había dado sin saberlo.

–Me la dio Javier.

–¿Para que se la cuides?

Ahora Matías estaba sorprendido de verdad, ¿cómo podía saber?

–Bueno, sí, pero... –empezó a decir.

–Y se la estás cagando.

Ahora Rafael estaba enojado. Muy enojado.

–Yo sabía que eras un pendejo, pero no sabía que además eras un pelotudo.

Además de enojado estaba asustado, le parecía a Matías. Nunca había visto asustado a Rafael, y eso le dio miedo.

–¿Sabés de quién es esa merca, Matías? Porque no podés ser tan pelotudo y creerte que era de Javi.

–Bueno...

Rafael lo miraba como si él fuera un retrasado mental, con cara de «no te entiendo» y «no lo puedo creer» y también con un poco de lástima. A Matías le estaban dando ganas de llorar, porque Rafael siempre lo había tratado bien y no quería perderlo a él también.

–Por dónde carajo te empiezo a explicar –dijo Rafael, y encendió otro cigarrillo con la colilla del que se estaba terminando.

Rafael sabía quién había matado al Tigre, pero nunca había abierto la boca. No era botón, y les tenía tanto miedo a los chabones de la villa como a la Policía. Además, el Tigre era su amigo pero se la había buscado, se la había buscado bien.

El Tigre siempre había vendido merca. Si hasta había estado preso por eso, y en la cárcel de Caseros siguió vendiendo adentro, se la llevaba su hermano y, créase o no (por lo menos para Matías), Carla. Todo arreglado con los de Penitenciaría. Y cuando salió de la cárcel, se encontró con un panorama que no le gustó nada. La villa de a la vuelta ya no eran un par de casas, era una tremenda villa, y la gente ya no eran tipos que no tenían laburo o muy pobres, ahora además de los sin trabajo y los laburantes rotos y los chorros de siempre estaban los pendejos barderos y los transas, muy muy cabrones, amigos de la Policía que no entraba a la villa. Y tenían merca, buena y barata. Probablemente la del Tigre era mejor todavía, pero siempre la había hecho valer. Enseguida se dio cuenta de que no podía vender como antes, que no ganaba tanta plata como antes, y que los transas de la villa no querían tener competencia. De lo que no se dio cuenta fue de que sus policías amigos le soltaban la mano

cuando se trataba de la villa. En esa no lo iban a ayudar. Más todavía: lo iban a traicionar arreglando con los transas villeros. No había otra. Si hasta Javier, socio y amigo de toda la vida, se abría del Tigre por miedo. Pero el Tigre no les tenía miedo, ni a los policías ni a los transas, que eran lo mismo, a fin de cuentas. Eran unos negros de mierda, barderos, y a él no lo iba a cagar esa gente, no señor.

Los iba a mandar al frente con sus policías amigos, eso iba a hacer, y en la cárcel sus otros amigos les iban a hacer el culo a esos negros, si no los devolvían al Perú de donde nunca tendrían que haber salido (no eran peruanos, aclaró Rafael, pero el Tigre siempre había sido racista). El Tigre conocía a algunos policías todavía, que a veces lo ayudaban en los negocios. Nunca midió que ya no estaban más de su lado.

El problema con el Tigre era que nunca había aprendido a callarse la boca, eso no tenía que decírselo Rafael para que Matías lo supiera. Todo estalló en el cumpleaños de Javier. Había sido una fiesta grande, en la terraza de la casa de Javier, Matías se acordaba vagamente de esa noche, hacía poco que Cristian se había ido. Pero no le costaba imaginarse al Tigre, con los pantalones tan bajos que dejaban ver el ombligo, vaso de cerveza en mano, explicando cómo y cuándo iba a hacer cagar a esos tipos, bien cagados.

Alguien se enteró de que el Tigre andaba jeteando, amenazando con matar o hacer caer a los transas de la villa, y los transas se enteraron: alguien les contó. Los transas eran más duros que el Tigre, mucho más. Y sin confirmar si el rumor que les había llegado era cierto, le pegaron dos tiros al Tigre y lo tiraron en el container frente a la escuela en construcción. Lo habían hecho ellos, o sus amigos policías. Daba igual. Después Carla se había pegado el tiro. Ningún policía había vengado al Tigre, y ni hablar de investigar. No iban a investigarse a ellos mismos.

Ahora los transas de la villa eran dueños del barrio, de la merca, de los amigos del Tigre y empleados de la Policía. Kuco, el hermano mayor del Tigre, se había mudado prudentemente al Oeste, para dejar el campo libre, salvarse y no sentirse en la obligación de vengar a su hermano ni de traicionarlo.

Lo que nos lleva a Javi.

¿Javi era el botón? Rafael lo dudaba. Porque, si había botoneado, era el hombre de confianza de los transas y la cana, por un lado. Por el otro, era el hombre del que los transas y la cana más desconfiaban. Nunca se confía del todo en una rata, aunque lo haya beneficiado a uno. Los transas seguramente respetaban más al Tigre que a Javier, aunque hubieran tenido que bajarlo.

Pero más que seguro era que Javi trabajaba para la Policía, o los transas. Eran lo mismo, insistía Rafael, no se los podía distinguir, muchos transas eran policías retirados, una cosa tipo el huevo o la gallina. Ellos no podían venderle a cierta gente, porque no la conocían, porque eran exclientes del Tigre y esos compradores confiaban en una cara conocida. Y porque no tenían mucho campo de acción fuera del barrio. Si salían con merca, o si los encontraban haciendo una mano en otro lugar, fuera de la zona liberada, caían. Necesitaban a alguien con menos pinta de atorrante. Como Javier.

Javier cumplía con ellos, pero en el fondo los despreciaba. Porque era tan jodido como el Tigre, pensaba Matías, y pensaba, también, que de última eran unos negros de mierda.

–La joda es así –siguió explicando Rafael–. El Javi se hizo el vivo, agarró una merca para vender y tenía que tener la mano lista para los transas, pongámosle para decir algo, el domingo. Martes, miércoles, jueves, y el Javi no da señales de vida en lo de los chabones. Los chabones se ponen como locos y lo van a buscar. El Javi se hace el repelotudo, que no le cuesta mucho, y dice que se le atrasó pero que en tres días lo tienen. Los muchachos desconfían pero lo dejan. Mucha guita.

–¿Esa era la merca que me dio a mí?

–Pará, que falta. El Javi no la tenía toda, ni la plata. Porque había vendido para pagar deudas pelotudas, de la moto y no sé qué mierda más, se había tomado un montón, vendió más, pero no quería largar esa plata. Quería agarrarla, irse al carajo y cagarlos. En el medio de todo este quilombo, antes de que aparecieran a buscarlo, quedó embarazada la Cintia, y él le dio plata para que arregle el asunto. No te comas la de que lo quiero cagar a Javi por la Cintia. Me chupa un huevo, hay muchas minas y no me voy a dejar

matar por una mina. Yo sabía que andaba con el Javi, porque a la Cintia le gusta la merca y ¿quién tenía la merca? El Javi. Joderse.

–¿Le dio plata a Cintia?

–Dicen. Ella cree que yo no sé nada. No abras la boca. No me pienso hacer cargo de esa historia. Lo quiere tener, la atorranta. No me extraña que se haya quedado con plata del Javi. El boludo se puso romántico.

–Entonces él no tenía toda la plata...

–Ni toda la merca, vendió como dos gambas. Eran más de cinco gambas en merca. ¿Cuánta te dio a vos?

–Me dijo que eran como cuatro mil pesos, no sé cuánto es, no tengo balanza ni nada.

–Y no te mintió, pero la joda es que no tenía ni tiene de dónde sacar lo que gastó. Así que con las dos gambas que ganó se fue al carajo y te dejó el resto a vos para que se la cuides y venir a buscarla en tiempos mejores. A mí también me ofreció quedármela, me dejaba que venda una gamba y le guarde el resto.

–Y le dijiste que no.

–Conociendo el paño, más vale que le dije que no. Y tenía razón, porque ni bien este sorete desapareció del barrio, vinieron unos muñecos a preguntarme si sabía dónde estaba. No sé si eran ratis de civil o qué. Yo, cara de sota, el más boludo, les dije que no tenía ni idea. Y les dije lo que pensaba que era la verdad, porque no conviene mentirles. Les dije que se había ido con el paquete pero que no sabía adónde. No pienso que me creyeran que no sabía adónde, pero como les dije lo del paquete, confiaron en que estaba enterado y no me estaba haciendo el pelotudo. Así que me dejaron tranqui, pero me dijeron: si sabés algo, avisá. Y vos me ponés en este brete. No me tendrías que haber venido a contar, porque no te pienso mandar al frente, pero me parece que puedo cantar la ópera de la concha de la lora si me ponen un fierro en la nuca, ¿me entendés?

–Sí.

–¿Y qué carajo pensabas hacer con la guita, me podés explicar?

–Irme. Juntar para irme, en mi casa no se puede estar, quería dejarle algo a Lucía para que se alquile un departamento mientras

consigue trabajo y otro poco para que internen a Carla y después irme porque en casa no se puede estar más.

Rafael se quedó callado un rato. Entendía. Ya no estaba enojado, le estoy dando lástima, pensó Matías.

–Ahora te vas a tener que ir en serio, ahora no es onda «por ahí hago esto», porque van a atar cabos y van a llegar a vos, porque sos el cuñado del Tigre, hasta es raro que no hayan ido a buscarte ya. Y si Javier vuelve te caga a tiros, no lo dudes, porque es un hijo de puta. ¿Cuánto vendiste hasta ahora?

–Casi todo.

Rafael lo miró impresionado.

–Che, la hiciste bien. ¿Y adónde te querés ir?

Hasta que no se lo dijo a Rafael así, directamente, no se había animado a creerlo.

–A Barcelona, con Cristian.

–¿A España?

–No, a Barcelona.

–Barcelona es *en* España, boludo.

–¿Sí?

–Sí, bestia.

–Bueno, a España entonces.

–Pero, Matías, sos menor.

–¿Y qué? ¿No puedo?

–Poder podés, pero necesitás que te autoricen tus viejos, tienen que firmar pelpas con escribano y esa mano. Aparte, ¿tenés pasaporte?

–No.

Rafael lo miraba asombrado.

–Entonces cómo mierda querés irte.

A Matías le empezó a doler la espalda.

–¿Y no se puede arreglar algo, vos no conocés a nadie?

–Pst... es difícil, loco. No. Habría que truchar documento para hacer el pasaporte y *tenés* pinta de pendejo..., tenés *dieciséis*, macho, si tuvieras diecisiete vaya y pase, te escondo hasta el año que viene, pero te faltan dos años. Aparte el pasaporte no te lo dan de un día para el otro. Tarda tres semanas, y es bastante caro. Y la

autorización de tus viejos un par de semanas más. Y no tenés tanto tiempo: ni a palos. Así que apurate. Escondete. Acá no. En otro lado. Además no creo que te alcance la guita para el viaje y todo lo que querés hacer. No tenés idea, es mucho más caro. Por ahora, escondete.

–¿Hoy?

–Lo antes que puedas.

Era obvio que Rafael no lo iba a ayudar ni le iba a tirar ninguna punta, ni siquiera ofrecerle la casa de algún amigo. No quería tener problemas por un boludo como él. Así que se las tenía que arreglar solo. Mejor. Miraba a Rafael y lo veía distinto: parecía un perro que ladraba muy fuerte y mostraba los dientes, pero se encogía cuando alguien levantaba una mano y amenazaba con pegarle.

Papá estaba viviendo en el Centro. Lo sabía porque había dejado la dirección y un teléfono «por si necesitaban algo», y más vale que necesitaban pero cuando le pedían él decía que no tenía plata y cuando mamá le gritaba ¡¡¡¡¡¡¡¡PORQUÉNOVENÍSAVERATUHIJANOTENÉSCORAZÓNNOESCUCHÁSLOQUEDICEELPASTORESTUSANGRE!!!!!!!! Papá decía que no podía verla así, que le partía el alma, que no podía que no podía.

Además la mujer con la que se había mudado tenía dos hijos chiquitos y seguro que la estaba manteniendo. Así que no era muy buena idea ir a pedirle a Papá que lo tuviera en su casa (encima no le podía decir que estaba metido en un problema tan grande, y lo más cómico era que él no tenía ganas, pero para nada, de vivir con Papá por obvias razones, pero tenía mucho más miedo de que lo mataran. Podía quedarse en lo de Papá un par de días hasta que pudiera pensar claro y decidir qué hacer, hasta que se le fuera el cagazo por lo menos). Lo peor de todo era pensar qué les hacía Papá a los chiquitos, pero no no no, no tenía que pensar así, a Papá se le había pasado o se había curado cuando dejó de tomar y

empezó a ir a la iglesia, y de última él ni conocía a los pendejos, así que qué mierda le importaba.

Se acordaba de la primera vez que Papá Dio Testimonio. Había un montón de gente ese día en la iglesia. En esa época Mamá todavía lo obligaba a ir, porque él era chico. Cuando se ponían a orar siempre se asustaba porque todo el mundo empezaba a gritar y a llorar y había tanto olor a transpiración que mareaba. Se acordaba de una mujer que siempre se sentaba al lado de él; temblaba tanto que movía el banco y a él le daba risa hasta que Mamá le pegaba en la cabeza, pero no muy fuerte, porque ella estaba medio en trance también (era cuando recibían al Espíritu Santo o la Unción; Matías no los diferenciaba). Las mujeres usaban mantillas, todas, incluso las nenas. Carla en una época se entusiasmó con la Iglesia y oraba todo el día y leía el Nuevo Testamento y cantaba una canción que decía «al Gólgota ve alma mía». Cristian nunca se había enganchado, ni de chico: decía que era una idiotez y un lavado de cerebro y se borraba. A Carla se le pasó el fanatismo cuando se enteró de que la Iglesia no la dejaba salir con chicos ni escuchar rock'n'roll.

Bueno, esa tarde se subieron al escenario a dar testimonio un montón de gente y uno fue Papá. El pastor les ponía a todos los que subían una mano en la frente y les pedía que contaran cómo Dios les había cambiado la vida, cómo los había tocado. Papá dijo que Él Había Estado Preso Del Demonio De La Bebida

(Gloria a Dios, gritaban todos)

y que Le Había Hecho Cosas Malas A Su Familia, le pegué a mi mujer, hermanos, y a mis hijos, y le hice cosas diabólicas a mi hijo menor, a un niño, hermanos, era el Trabajo de Satanás, era Satanás No Era Yo, Hermanos

(vete, Satanás, Aleluya, gloria a Dios)

y un día, hermanos, vine a la iglesia obligado, mi mujer me trajo, hermanos, casi arrastrando, yo estaba borracho, todavía no sé cómo llegué ese día, Dios me Guió, Hermanos, porque yo no quería venir y el pastor dijo esa tarde que sentía que había alguien presente que estaba atrapado por el Demonio y supe que era yo y Jesús entró en mi vida y me dio otra oportunidad, hermanos, ¡y el demonio tuvo que liberarme!

(Fuera, Demonio, fuera de esta persona, alabado, Señor Jesús, gracias)

Y nunca más toqué una botella y me arrepentí, Señor, y todos los malos pensamientos me abandonaron y recuperé a mi familia.

Bueno, no tanto, pensaba Matías. Pero había sido más o menos así. Y la verdad era que había funcionado porque Papá no tomó más vino y nunca más lo tocó, pero lo loco era que le había confesado a un montón de gente que había violado a su hijo (no lo había dicho así, pensaba Matías, pero era bastante OBVIO, qué iba a significar «hacerle cosas diabólicas a mi hijo» si no, y él encima estaba presente, qué vergüenza, lo había hecho llorar un montón, el hijo de puta) y a nadie se le ocurrió denunciarlo, que era lo más lógico, ni le gritaron degenerado ni nada. Matías no sabía cómo se daba cuenta de que lo que había hecho Papá era un horror si salía de esa familia de locos donde nunca nadie se había hecho cargo de nada y nunca se había hablado después..., salvo Cristian, que por ahí no hablaba, pero se notaba que lo tenía presente y que odiaba a los viejos, y que estaba transtornado por eso. A lo mejor él se daba cuenta de que Papá era un degenerado y Dios y la Iglesia se podían ir a la puta que los parió. A lo mejor era la escuela o los amigos que tenía, que eran todos de familias normales, pero se dio cuenta de que a Papá lo habían perdonado así como así, y a otra cosa, pero Papá era un peligro, podía hacer todo de vuelta en cualquier momento porque si te gustan los pendejos no se te va a pasar de un día para el otro por más Dios y la concha de la lora.

Y ahora tenía que pedirle un favor y era lo peor que podía pasarle, porque hacía un montón que no hablaba con Papá, ni cuando vivían en la misma casa, buen día y esas cosas prácticas y listo, no le hablaba de verdad desde hacía años.

El lugar donde Papá estaba viviendo era extraño. Céntrico pero muy miserable y sucio. Además, el edificio tenía una cantidad imposible de departamentos: el de Papá era el 2.º 25, y ese piso tenía cerca de veinte más. Sin embargo, el edificio no era muy grande: los departamentos tenían que ser diminutos y la gente debía vivir amontonada. Al lado había un hotel familiar y en la puerta se sentaba una familia comiendo un pan que partían y compartían. En

la puerta del edificio de Papá no había nadie. El vidrio estaba roto en varios lugares y el pasillo estaba mugriento de colillas de cigarrillo y barro. El olor a frito era tan fuerte que a Matías le dieron ganas de vomitar (no era que a él le costara mucho vomitar, pensaba. Tenía que ir al médico, porque no podía ser locura solamente). Trató de hacerse sonar la espalda contracturada antes de tocar timbre, pero no había caso: le dolía demasiado. No podía parar de pensar. ¿Y si había ido Javier para su casa, o los policías o los transas, y estaban matando a Lucía o al nene? (Carla no importaba, pobre, y si la mataban a Mamá le hacían un enorme favor.) ¿Y si tenía que volver y lo estaban esperando?

¿Tenía que volver a su casa? Llevaba la plata encima, y eso también era una locura. ¿Si Papá le decía que no, que era lo más probable, y se la robaban en el tren a la vuelta? Tocó el timbre prestando atención para no equivocarse: eran tantos departamentos y estaba tan oscuro.

Atendieron enseguida, pero no Papá: una mujer. Le preguntó si Papá estaba.

–No. ¿Quién lo busca? ¿Quién es?

Sonaba histérica, desconfiada, bruta. Como Mamá.

–Matías, el hijo.

–¿Para qué lo querés?

–Necesito hablar con él.

Matías entró cuando la puerta chirrió. Era muy pesada. No había ascensor. Las bolsas de basura se juntaban en el pasillo, todas negras. El primer tramo de la escalera no era tan feo, sucio y frío sí, pero grande, y con una baranda de madera antigua y decorada. El segundo, el piso de su papá, era horrendo: las paredes a medio pintar de un turquesa que oscurecía y achicaba el pasillo, otras sin revocar, una luz horrible, y de ahí venía el olor a frito, a aceite quemado. Había un montón de gente en el pasillo, que era ancho y con el piso de baldosas rojas. Una mujer pasaba con una pava humeante, otra con una cacerola de agua hirviendo. La de la pava, que estaba en camisón, le sonrió y le dijo «nos cortaron el gas, la única que tiene es la señora del 28». Seguramente le explicaba

porque se lo confundía con otro, con algún hijo de vecino, ahí vivía tanta gente.

La puerta del departamento de Papá estaba abierta.

–Pasá –le gritó la mujer, y Matías dijo «permiso» y se puteó en voz baja, quién mierda le había enseñado a ser educado.

Casi no había lugar en el departamento, que era una pieza apenas, con dos camas matrimoniales, una mesa minúscula, la cocina empotrada en la pared y una heladera vieja, con la pintura blanca descascarada; hacía tanto ruido que, pensó Matías, debía ser imposible dormir ahí adentro. Las cortinas de la única ventana, muy chica, estaban hechas con sábanas. El olor a frito del pasillo se mezclaba con el olor a pies sucios del departamento, y el olor a hombre y a caca de bebé. Un nene chiquito dormía en una de las camas. En la única mesa había una Biblia abierta. Y la mujer de Papá era joven, sí, pero muy gorda. Del cuello le colgaba un medallón dorado y una cruz, y se notaba que había estado tomando sol, porque los hombros que dejaba ver su solero floreado estaban despellejados, muy rojos, casi lastimados. Tenía que dolerle mucho. Transpiraba y era tan fea, pensó Matías, tan fea o más que Mamá. Era Mamá joven. Y gritaba, claro.

–¿Qué querés?

–Buenas tardes, quería ver a mi papá porque...

–Tu papá no está. Vuelve tarde. No te puede dar plata. No tenemos plata.

–Ya sé, no quiero...

–No te puede dar plata. ¿Para qué lo querés? Dejalo tranquilo. Él no quiere verlos.

–Ya sé, pero...

–Yo sabía. Yo le dije, yo le dije que eran unos inútiles y que lo iban a empezar a perseguir, que le iban a empezar a pedir plata porque son unos vagos que no quieren trabajar y que lo iban a vivir. Él es un hombre trabajador...

–Pero yo no quiero...

–¿Quién te manda?

Menos mal que son cristianos, si no me pegaría un tiro esta gorda loca, pensó Matías. En realidad, él debería tener ganas de cagarla a

tiros. Él debería estar loco y hacía rato que tendría que haberlos matado a todos, o por lo menos enloquecer de verdad y andar por ahí sacado de pasta base y vino, pero no, él no era así. Lo único que le daba era cansancio, un poco de lástima también, y ganas de irse, todo el tiempo ganas de desaparecer. Ya era obvio que no iba a poder quedarse ahí ni aunque Papá lo dejara. No iba a aguantar el olor ni a la gorda ni al bebé cagado ni a ese edificio lleno de gente rara y no quería dormir en la misma pieza que Papá uno encima del otro; si se quedaba a lo mejor en serio enloquecía y agarraba un cuchillo de la cocina y los cortaba en pedacitos y después se cortaba las venas él. Ese lugar y esa gorda le estaban dando mucho miedo. Por un momento quiso pasar al baño antes de irse, para poder vomitar tranquilo, pero no veía ninguna puertita que pudiera ser un baño. Seguro estaba en el pasillo, sería compartido; antes de irse tenía que encontrarlo.

La gorda había empezado a decir algo de Dios y él había empezado a transpirar mucho, así que le bajó el volumen a la mujer, como hacía con su madre. Dijo bueno, hasta luego y salió casi corriendo por las escaleras, y no vio ninguna puertita que pudiera ser un baño, pero igual ya no tenía tantas ganas de vomitar una vez que salió de ahí, aunque el olor a frito no ayudaba. Por suerte había alguien abajo que le abrió la puerta y no tuvo que tocar el portero y volver a escuchar a la gorda. Nunca nunca más iba a volver a ese lugar, pero, se daba cuenta, no tenía muchos más lugares adonde ir.

No entendía por qué tenía que ser todo tan feo. En la casa de Rafael no era tan feo, por ejemplo. El papá también se había ido hacía mucho, pero la mamá tenía buen humor y trataba bien a la gente, y una vez la había visto bailando cumbia en la cocina, y Rafael se cagaba de risa y la abrazaba y la besaba y le decía que era una loca y la mamá se reía también; Matías se daba cuenta de que se querían mucho. A él nunca se le hubiera ocurrido darle besos a su mamá, desde hacía años que no le daba un abrazo. La sola idea de

tocarla le daba escalofríos. Rafael y su mamá tenían un perro hermoso que era como una persona y siempre comía en la mesa. Como la mamá atendía el kiosco, siempre estaba enterada de todo lo que pasaba en el barrio, pero no de chusma: a los que no tenían trabajo les fiaba, y no le rezongaba a Rafael porque no tenía un laburo fijo, lo entendía y sabía que era así, que estaba mala la cosa. A él siempre lo había tratado bien. Cuando Carla se pegó el tiro le había dicho «cualquier cosa que necesiten, Mati, en serio, cualquier cosa estamos a disposición. Nosotros tampoco tenemos plata pero si no nos ayudamos entre nosotros...». Y después les había conseguido a Lucía. Si hasta la habían asaltado unas cuantas veces y ella no estaba enojada, en el momento sí, pero no decía que había que matarlos a todos, decía que estaba mala la cosa y se ponía triste porque los que robaban eran todos chicos, «más chicos que vos, Mati». Un día le había mostrado en un mapa dónde quedaba Croacia, porque los padres de ella también habían venido de ahí, como los abuelos de Matías (en esa época se llamaba Yugoslavia, le explicó), y le contó que cuando los abuelos llegaron acá habían trabajado juntos en el mismo barco y por eso las familias eran amigas. Pero ahora no eran tan amigas porque a la mamá de Rafael no le gustaban algunas cosas, y estaba peleada con Papá y no se hablaba mucho con Mamá, pero a él y a sus hermanos nunca los había dejado de invitar a comer y había llorado de verdad cuando pasó lo de Carlita, más que con lo del Tigre, y había llevado a Cristian al aeropuerto con el auto cuando Cristian se fue y no le había reprochado nada, «ya se van a encontrar allá con el Rafa», le había dicho medio llorando, y Cristian la había abrazado fuerte (Cristian se llevaba bien con ella). Era una lástima que no pudiera ir a contarle todo esto ahora, pero no podía, por lo de la cocaína, ella se espantaba con «la droga», la llamaba así, o «falopa», y era más lástima todavía que ella no lo hubiera adoptado, pero ya era tarde a esta altura. Igual estaba bueno pensar en ella para darse cuenta de que todo no tenía por qué ser tan feo siempre.

Y se negaba a creer que Rafael pudiera dejarlo en la calle ahora. Tenía que convencerlo, contarle que no había podido hablar con Papá, pedirle que le encontrara un escondite en casa de algún

amigo. La mamá de Rafael estaba atendiendo el kiosco, y le dijo que pasara, que Rafa estaba en el fondo. Y estaba, fumando como transtornado y tomando una latita de cerveza, tan ansioso que casi gritó cuando lo vio. Pasaba algo raro.

–¿Qué?

Rafael no le contestó, pero, pálido, se lo llevó a la cocinita que quedaba en el fondo del kiosco, donde calentaba el agua para tomar mate.

–Menos mal que apareciste. Javier apareció muerto.

–¿Que qué?

–Eso. Lo cagaron a tiros, apareció con dos agujeros en la cabeza por Ciudadela, estaba parando en la casa del hermano.

Matías se quedó callado. Le temblaban las piernas.

–Así que te recomiendo que te vayas a la mierda *ya*, Matías. O por lo menos a algún lugar donde no te puedan encontrar, porque la mano viene recontra pesada. Te metiste en una de terror, pendejo, cuidate porque está todo mal de verdad. Andate en serio.

–¿Cómo te enteraste?

–Me avisaron, ¿qué carajo importa?

–No tengo... –Matías sentía que no iba a poder hablar, que la garganta se le había cerrado definitivamente, para siempre, que ni siquiera iba a dejar pasar el aire para respirar. Hizo un esfuerzo y se llenó los pulmones; no bastó para convencerlo de que le quedaba aliento, pero al menos pudo balbucear–: No sé adónde ir. Ayudame.

Rafael pitó el cigarrillo con furia, y Matías tuvo miedo de que le pegara. Estaba muy asustado, pero Matías creía que eso no era suficiente para justificarlo. Sin embargo, antes de que Rafael le respondiera, supo qué le iba a decir. Rafael no podía decidirse nunca. Y esta vez no tenía por qué ser diferente. Por un momento lo odió, tanto como odiaba a Cristian.

–Matías, yo te puedo mandar a algún lado, pero no puedo garantizar que no te manden al frente. No puedo, loco. La gente les tiene miedo a estos muñecos, están arreglados con la Policía, está todo mal, y yo no sé si Javier antes de morirse no les dio tu nombre. Ya hubieran aparecido, pero por ahí, no. No sé.

A Matías le daba miedo la cobardía de Rafael. Porque, y eso era lo

peor, se daba cuenta de que lo iba a mandar al frente, y no lo iba a cuidar. Le dio un poco de vergüenza, y de asco.

–¿Y ahora qué hago?

–Primero volá de acá ya. Después... vemos. Andate y dejame pensar.

Matías estaba demasiado cansado para irse a algún lado ya. Primero tenía que ir a su casa, hacer un bolso, y pensar. Caminó una cuadra sin sentir que movía las piernas, y entró al garaje. La moto del Tigre estaba corrida, un poco. O Lucía la había movido para limpiar o los que lo perseguían –¿quiénes, al final? Policías, transas, canas retirados que eran transas, transas que eran canas, no lo entendía del todo– ya habían encontrado la casa. Pero estaba agotado: no podía ir a ver si su familia estaba muerta, o amenazada. Se tiró en la cama. La casa estaba en silencio. ¿Y si de verdad los habían masacrado? Matías cerró los ojos, y se esforzó por respirar y detener, aunque sea un poco, los frenéticos latidos de su corazón que le hacían temblar todo el cuerpo.

Yo no tendría que estar buscando a mi madre en estos momentos, pensaba Matías, ni tendría que haber llamado a una ambulancia antes, porque me tengo que ir y tengo que decidir adónde, y si los transas o los canas o quien sea vienen y matan al pendejo o a Mamá (eso estaría tan bien, un par de lagrimones y nos la sacamos de encima a la loca). Y adónde se metió esta gorda pelotuda. Porque no está en casa de la tía Cristina ni en el grupo de oración ni en lo de la Chusma, y no conoce mucha más gente.

En el barrio no estaba seguro, pensó Matías. Imposible no enterarse.

Sin embargo, él no se había enterado hasta el hecho consumado, pero eso era porque había estado tirado en la pieza pensando sin parar, y porque ya no le prestaba atención a su hermana, que ya no era su hermana sino esa cosa que gritaba dentro de la pieza.

Lucía lo había interrumpido cuando él todavía estaba paralizado

sobre la cama, con los ojos cerrados. Llevaba en la mano el pasamontañas de Carla, y estaba pálida. A Matías le costó entender qué significaba ese pasamontañas en las manos de Lucía. Por un momento pensó que ella venía a pedirle que fuera a comprar alguna crema, porque estaba en plena curación. Pero la cara de Lucía no decía eso, decía que algo terrible pasaba. No, terrible no. Loco. Demencial.

–Se escapó.

–Qué.

–Tu hermana, te digo que se escapó. Sin el pasamontañas.

–Y adónde se fue.

–Y cómo carajo querés que sepa, che –le gritó Lucía, y salió de la casa dando un portazo.

Matías la siguió. Carla no había ido demasiado lejos, no podía, si apenas caminaba. Había ido hasta el kiosco de Rafael, si toda esa gente estaba en la puerta del negocio por lo que Matías suponía que estaban. Lucía corría, pero él no. No quería verla. La había visto tantas veces ahí antes del accidente, porque era el lugar donde se juntaba con los chicos del barrio, Carla tomando cerveza del pico, con el pelo largo y la panza al aire en verano. Rafael ponía a los Stones en el kiosco y si a Carla le gustaba mucho un tema, bailaba. Matías se daba cuenta de que su hermana era una de las chicas más lindas del barrio y de que todos se morían por ella y envidiaban al Tigre. ¿Cómo podía haber errado el tiro esa chica infalible? Porque estaba borracha cuando intentó matarse, pensaba Matías. A lo mejor ni siquiera quería matarse de verdad. Y había errado de la peor manera posible. Con un arma de menor calibre, o una desviación apenas mayor del tiro, ni siquiera le hubiera rozado la cara. Matías pensaba que si el disparo hubiera dado en el techo, Carla, asustada, no lo habría intentado otra vez. Pero no, como había ubicado el cañón justo bajo el mentón, el impacto le había destrozado la lengua –tuvieron que cortarle la mitad, Matías se acordaba de cuánto había gritado Mamá cuando el médico se lo dijo–, una parte importante de la mandíbula, y la bala se había incrustado en el ojo.

¿Papá se habrá acostado con Carla, también? ¿Por eso quiso matarse, no por el Tigre?

No. A Papá le gustan los varoncitos.

Pero a lo mejor sí se había acostado y ella lo había olvidado y de pronto recordó todo, y después se murió (lo mataron) al Tigre y no lo soportó, pobre, y le erró, qué mala suerte.

Carla estaba en la puerta del kiosco, medio tirada en el escalón, y gritaba (no me digan, pensó Matías). Tenía la cara –lo que quedaba de la cara– desnuda, y el pijama celeste sucio con restos del puré de zapallo que no quería comer. Matías observó con una fascinación morbosa lo que no se atrevía a mirar en su casa: el hueco donde había estado el ojo, con la película de piel tan fina y arrugada, el pedazo de mandíbula que le faltaba –parecía un mordiscón, pensaba Matías– y los labios desfigurados, verdaderos costurones de un color violeta amarronado. Esa parte de la cara tenía gran cantidad de colores: rosa brillante, como la piel debajo de las cascaritas cuando uno se raspa, marrón claro –como si tuviera arena pegoteada a la cara–, violeta, en algunas partes negro. Pero la otra parte de la cara era hermosa, todavía, aunque muy demacrada: la ojera negra no podía ocultar que el ojo, ahora enloquecido, era azul oscuro con pestañas muy largas, y el pómulo saliente destacaba esa nariz perfecta que era la envidia de sus amigas –la nariz estaba intacta, pequeña y desafiante–. De a ratos, cuando Carla movía tanto la cabeza que el pelo le ocultaba la parte destrozada de la cara, era posible imaginar que solo estaba penosamente borracha, y por eso no podía levantarse del suelo. Pero los que la rodeaban sabían que no era así.

Toda esa gente que la miraba en un semicírculo, como si su hermana fuera un accidentado, murmuraba «pobrecita», «mirá cómo quedó», «pobre familia», «qué loca», «la tienen que internar», «no la tienen que dejar salir a la calle», «qué irresponsables». Rafael intentaba levantarla, pero Carla se resistía y pataleaba y gritaba, y Rafael parecía descompuesto, transpiraba, y a Matías le pareció que quería llorar, pero debía ser por los nervios. Lucía le gritaba a la gente, que qué miraban y la puta que los parió.

Bueno, era obvio lo que miraban.

Lucía se sentó al lado de Carla y le empezó a hablar, pero Matías no llegaba a entender lo que le decía. Trató de acercarse a su

hermana para alejarse un poco del círculo de la gente, pero solo se quedó parado mirando, y quería que Carla se dejara de joder y volviera para la casa, qué mierda se le había metido en la cabeza a esta pendeja ahora, qué locos que estaban todos, por Dios. Le daba ¿lástima? Un poco, sí, pero sobre todo le daba bronca, porque, bueno, paremos con esta mano del griterío y los papelones, no será para tanto tampoco, al final. Podían juntar plata y había posibilidades de reconstruir la cara de Carla con cirugía, podía volver al psiquiatra, y podía volver a ser mamá de Juan, podían arreglarse las cosas; no iba a ser rápido, obviamente, pero con probar no se perdía nada. Le hubiera gustado decirle eso a Carla, pero ahí en la calle no podía, y nunca podía, la verdad, porque no sabía cómo decirle las cosas a nadie y además a lo mejor estaba equivocado y ella tenía razón y nada tenía arreglo y más vale enloquecer y salir a la calle con la cara así y mandar todo al carajo porque nada podía estar peor.

Lucía había conseguido que Carla se levantara y después de putear un poco más a los vecinos logró empujarla hasta hacerla pasar entre la gente. Carla arrastraba las piernas, y ya no gritaba. Parecía desmayada, pero Matías vio que su ojo sano miraba a la gente. Matías los odió profundamente, manga de buitres que iban a comentar lo de la pobre chica de la otra cuadra durante semanas en la panadería y en la verdulería y en el almacén. Rafael las acompañó, él que siempre encontraba en la calle a toda esa familia loca, muertos y vivos. Matías caminó adelante porque no quería verla más, así no, que se pusiera el pasamontañas.

Cuando llegaron a la casa, Rafael le dijo que llamara una ambulancia y buscara a su mamá, y eso estaba haciendo porque no hubiera podido hacer nada sin órdenes y Rafael se había dado cuenta, entonces le dijo qué hacer, y él lo hizo. Lucía había llevado a Carla hasta la pieza y estaba intentando ponerle el pasamontañas, pero ella gritaba de vuelta, más fuerte que en la calle y a Matías le dieron ganas de ahorcarla para que se callara y adónde carajo está Mamá. Llamó a la tía Cristina, pero no le dijo para qué la buscaba porque no quería que apareciera a grito pelado, culpando de todo a las drogas y a los trabajos de magia negra.

Pero tenía que encontrar a Mamá porque los de la ambulancia después de atender a Carla iban a recomendar un manicomio, seguro, y él era menor de edad y no podía firmar, Lucía tampoco porque no era familiar. Mamá estaba a cargo de Carla. Y se la tenían que llevar, se la tenían que llevar porque si no Lucía se iba a volver loca y él también, o si no uno de los dos iba a matarla, y punto.

Lucía salió de la pieza. Nunca la había visto tan pálida.

–Qué pasa.

–Ya llamé la ambulancia, pero tengo que encontrar a mi mamá. El psiquiatra vuelve mañana, así que por ahí está todo bien, la internan y él la va a ver.

A Lucía no le pareció raro que Matías pensara en internar a Carla así, como si fuera lo más natural. Era lo más natural, era lo que había que hacer. Resignación, pensó Matías, mi hermana está loca, y tuvo ganas de llorar, pero tragó y le dolió la garganta.

–No está con la tía.

–Debe estar en la cadena de oración esa.

–Ya llamé, dicen que no.

–Ahora va a otra. Está ahí anotado el teléfono.

Matías llamó. Estaba ahí la vieja puta. Ella misma había atendido. Matías reconoció sus jadeos, finitos, al borde de la histeria.

–Vení para acá, Mamá, hay quilombo.

–Por qué, qué pasó, Dios...

–Carla está loca, la vienen a buscar, vení te digo.

–Pero QUÉ PASÓÓÓ...

–Vení y te enterás. Ah, ¿está ahí Juan?

Silencio y jadeos, mugidos. Vaca puta, pensó Matías.

–Está. Bueno, dejalo ahí porque no da para que vea nada.

Cortó. Ahora estaba llorando definitivamente y Lucía lo abrazaba y le decía muy bien, Matías, estuviste muy bien, porque ni Lucía sabía qué decir, y Matías intentó dejar de llorar porque no quería que su Mamá lo viera, y ya sabía que no quería saber más nada de ellos, y que iba a irse a la mierda de verdad mañana, o esa misma noche, sí, esa misma noche, pero todavía no sabía adónde.

La ambulancia tardó, y le dio tiempo a Mamá para llegar. Empezó a gritar ¡¡¡MI CHIQUITA!!! Todavía le decía «mi chiquita» a Carla, había

que tener amor de madre. Lo peor no había sido eso. Lo peor había sido que Mamá gritaba, aullaba que le subía la presión y se tocaba las tetas (porque debajo de las tetas estaba el corazón y Matías la miraba casi entusiasmado porque si se moría de un ataque ahí nomás sería genial) y Carla seguía chillando y Rafael decía «qué quilombo» por decir algo pero nadie se había percatado de que el nene estaba ahí mirando todo con los ojos grandotes, porque a pesar de que Matías se lo había pedido especialmente, la Vaca Gorda lo trajo igual. Lucía fue la primera en darse cuenta, pero la cagada ya estaba hecha. Se lo llevó al patio y Juan le dio la mano y la siguió, pero Matías lo miró y le vio en los ojos que el nene estaba cagado para toda la vida, la cabeza en pedacitos, y cómo no se le iba a partir la cabeza. Y cuando se dio cuenta de eso, Matías tuvo que ir al baño y vomitó en serio, ya no más arcadas, y le dolían las rodillas, como si tuviera fiebre, porque se había dado cuenta de que él también había ayudado a arruinarle la cabeza al nene, tal como Carla y Cristian y Mamá habían ayudado a cagarle la cabeza a él. Se dio cuenta de que él también estaba arruinado para toda la vida, que ya era historia, que estaba listo. Nadie venía al baño a ver cómo estaba, o por lo menos sostenerle los pelos (ya los tenía todos sucios de vómito, qué lindo cuando cayeran los de la ambulancia, se los iban a llevar a todos). Y nadie venía a ayudarlo porque todos se daban cuenta de que era inútil: no cambiaba nada que lo trataran con cariño ahora, ya era tarde. Si llevaba comiendo apenas y vomitando hacía tiempo, y nadie se había dado cuenta siquiera.

Y, al mismo tiempo, tenía que reconocer, de rodillas ante el inodoro, que todo el plan de juntar la plata y después irse a buscar a su hermano a Barcelona era lo más estúpido e irreal que podía haber pensado. Porque aunque conocía a algunos malandras, había que ser recontra malandra para poder sacar a un pendejo de dieciséis años del país sin la firma de los padres y seguro que si le salía bien ese trámite y podía subirse al avión, lo atrapaban ni bien pisaba España. Para colmo, recién se había enterado de que Barcelona era España cuando se lo dijo Rafael porque era tan bruto, ¿cómo iba a hacer alguna en Europa siendo tan bruto? Porque Cristian sabía manejar equipos de sonido, y por eso había conseguido trabajo allá,

porque durante años había estudiado por su cuenta y les había hecho el sonido a grupos de música, primero a grupos desconocidos en bares, después en locales más grandes, y al final lo habían contratado en un centro cultural. Cuando uno de los grupos le pidió que los acompañara a una gira por Europa, era obvio que Cristian iba a aceptar, y que pronto conseguiría trabajo allá, porque Cristian sabía hacer algo y le gustaba, pero él no sabía hacer nada de nada, y además para qué iba a hacer algo.

Y encima era tan complicado porque necesitaba la firma de Papá y Mamá para salir del país, y ellos no se la iban a dar. ¿Cómo iba a hacer para juntarlos en un juzgado? ¿Y si los juntaba y ellos se reconciliaban? Eso era peor, mucho peor. ¿Era capaz de dejar solo al nene con todos esos locos de mierda? No sabía, pero tampoco se podía llevar a Juan con él, era imposible. El nene estaba arruinado, era lo mismo dejarlo, total..., pero si a él lo hubieran agarrado tan chiquito, a lo mejor cuando crecía no quedaba tan trastornado, un poco, pero bueno, hasta podía zafar y estaba bien ayudarlo, porque Juan era divino y Lucía decía que había psicólogos y ¿asistentes sociales? que te ayudaban..., y si venían los asistentes y se llevaban al nene a un orfanato, capaz que estaba mejor que en casa con la abuela loca, lo más lejos posible del abuelo degenerado. A Matías le daba terror pensar que Papá pudiera estar con Juan. Era un chico precioso, y tan callado, ideal para él. Podía ir a explicarle a un juez (algunos jueces parecían piolas en la televisión, era cuestión de anotar el nombre de algún juez buena gente y verlo a él nomás) y capaz que arreglaban lo del nene. Pero eso no lo podía hacer si se iba, y ahora le parecía que no irse era mejor, si él igual iba a estar mal en todas partes, y si conseguía un trabajo, con la plata que ya tenía, se podía ir más normalmente en dos años, por ejemplo, dos años no era tanto tiempo, y a esa altura, con suerte, Mamá se habría muerto de un ataque al corazón, Carla seguiría internada y hasta se podía llevar al nene. Eso estaba bien: el plan era que Mamá se muriera un día (unos días) después de que él cumpliera dieciocho, para estar seguro, porque si se moría antes era un bajón, porque él seguiría siendo menor y no habría más gente grande (salvo Papá) y le iban a sacar al nene y se lo iban a dar a Papá y ahí

tenía que matar a Papá y al nene también, porque si no mataba al nene era un hijo de puta, para qué dejarlo vivir tan arruinado, y si él iba a la cárcel daba lo mismo porque no podía pasar nada peor.

¿Y si Mamá no se moría? ¿Se animaba a matarla?

Capaz.

Porque, además, ¿qué mierda iba a hacer él en Barcelona? Cristian, estaba claro, no quería que él fuera, y por algo no le daba su dirección a Rafael. Nunca había llamado por teléfono tampoco. Y si tomaba una decisión tenía que comunicarse con él rápido, antes de que lo asesinaran. Eso era un problema grave, porque le arruinaba el plan de esperar que Mamá se muriera y quedarse en casa cuidando al nene. Porque, a lo mejor, podía zafar de los transas-o-policías, ¿y si en realidad Rafael era un paranoico? ¿Si no lo estaban buscando?

Pero lo estaban buscando. Podía sentirlo. Basta basta basta.

Se sentó sobre la tapa del inodoro, que se había roto; la rajadura estaba arreglada torpemente con un pegamento barato que en cualquier momento iba a ceder. Trató de limpiarse el vómito del pelo con papel higiénico. Ahora, con la cabeza erguida, lejos del agua quieta del fondo del inodoro y la taza manchada de sarro, sintió que estaba dramatizando. Estaba harto de ser el chico indeciso, abusado, tímido, quedado y traumado, porque eso era lo que debía ser. O si no, un drogadicto suicida y rebelde, pero para eso no le daba el cuero porque las drogas y el alcohol le hacían mal. Flojo y cagón como siempre, con cara de me-arruinaron-lavida, y eso era mentira. A lo mejor sí se la habían arruinado, pero lo podía soportar, ¿o no? No tenía la cara destrozada. No se había pegado un tiro. Tenía mucha plata, porque contra todo pronóstico había hecho bien sus pequeños negocios. Todavía no lo habían encontrado los transas-o-lospolicías. Y ni siquiera había enloquecido ante la idea de tener que convivir con Papá. La había descartado, cierto, pero cuando el miedo lo obligó a pensar de forma práctica, lo había hecho. Ahora tenía que salir del baño, nada más que eso. No podía ser tan difícil.

Los enfermeros de la ambulancia llegaron finalmente, y Matías salió del baño justo cuando salían de la pieza de Carla. Parecían impresionados, y no era como para culparlos, pobre gente. Uno quiso inmovilizar a Carla, pero ella se le escapó y eso sí que era impactante, pensó Matías, porque Carla, horrible, flaca, la cara deformada (sin el pasamontañas, nadie había podido volver a ponérselo), se retorcía y el enfermero la agarraba fuerte de atrás, le apretaba la panza, y las tetas de Carla se bamboleaban, hasta que intervino Rafael y la agarró de las piernas, y entre los dos la acostaron en la cama y entonces el enfermero pudo ponerle una inyección. Y Carla aulló como nunca, y la boca abierta dejó ver el vacío donde debía estar la lengua; Matías pensó que nunca se iba a olvidar de eso, aunque se muriera y reencarnara en un bicho, siempre se iba a acordar de eso. Al rato, Carla dejó de gritar y entre Rafael y el enfermero la acostaron en la camilla. El otro enfermero estaba ocupado con Mamá tomándole el pulso y la presión, hablándole, pero Matías no escuchaba.

¿Y ahora? Habría que subir a la ambulancia... o averiguar dónde se la llevaban, por lo menos, porque como no tenían plata seguro que Carla terminaba en uno de esos loqueros siniestros del Estado.

Pero después de todo esos lugares siniestros no iban a ser tan terribles para su hermana; seguro que hasta las locas se iban a asustar de ella. La ambulancia no había que pagarla, eso se acordaba, pagaban la cuota desde después del accidente.

Como le seguían doliendo las rodillas, se sentó. En ese momento Mamá se levantó del sillón con expresión de QUÉ HEROICA SOY, toda desfalleciente, y les dijo a los enfermeros:

–Voy con mi hija.

Bueno, bravo, pensó Matías. Se van juntas las dos locas de mierda a la reconcha de su madre.

Lo raro fue que ni bien Mamá cerró la puerta el silencio de la casa resultó tan espantoso como los gritos. Habría que poner música, pensó Matías, pero quedaba mal; solo un insensible podía pensar en música después de esa escena. Nadie sabía qué mierda decir, y Matías no se animaba a encender un cigarrillo, porque tenía miedo

de marearse. ¿Cuánto hacía que no comía bien? Más de una semana.

Rafael se había sentado en el sillón de mamá y lloraba, como un hombre, pensaba Matías, secándose las lágrimas compulsivamente, antes de que le humedecieran las mejillas, y decía «ta que lo tiró de las patas». A Matías no le dio lástima. Estaba enojado. No creía que el enojo se le fuera a pasar nunca. Lucía apareció desde el fondo con Juan. El nene tenía un juguete de plástico en la mano, pero no le prestaba atención. La otra mano también la tenía cerrada en un puño; a lo mejor el juguete solo había quedado ahí, atrapado entre sus dedos. Miraba el piso. Y Lucía se abrazó con Rafael y los dos se pusieron a llorar, como si fueran amigos, y Matías se dio cuenta de que otra vez nadie pensaba en consolarlo a él, y eso sí que era extraño, porque la deforme transtornada era su hermana, así que de última *él* era el más pobrecito de la situación (teniendo en cuenta que Juan, principal afectado, estaba tan silencioso que ignorar su presencia era lo más sencillo del mundo).

Lo que pasaba, a lo mejor, era que él no lloraba. No tenía ganas de llorar. Una vez Lucía le había dicho:

–Matías, no podés estar tan...

–Tan qué.

–Tan tranquilo. Tenés que explotar porque te vas a volver loco. Rompé algo, agarrátela conmigo, mamate, pero pará porque te va a hacer mal.

Esa vez él no le había podido explicar a Lucía por qué no rompía nada o no se ponía histérico. Le parecía que para enojarse había que estar mucho menos triste de lo que él estaba.

Interrumpió el abrazo y los llantos. Lo tenían cansado. Dijo que quería estar un rato solo en la pieza, y cuando Lucía y Rafael escucharon su voz parecieron avergonzados, y le dijeron «claro claro». Como si Matías los hubiera despertado, miraron alrededor y los dos se arrodillaron frente a Juan; Lucía lo alzó en brazos y lo llevó hasta la cocina. Probablemente se iban a quedar ahí, a hablar durante horas de lo que había pasado, una de esas situaciones, pensaba Matías, que no volvías a mencionar nunca más en la vida o que pasaban a ser anécdotas que contarían una y otra vez, como

una confesión, como un «yo viví esto» durante años. ¿Por qué Rafael se quedaba en su casa, ahora que lo pensaba, si supuestamente iban a venir los transas de la villa y la policía de un momento a otro, a cagarlos a tiros a todos? ¿No estaba muerto de miedo? A lo mejor había exagerado. No importaba. Él se tenía que ir.

Ni bien cerró la puerta armó el sobre con plata para Lucía, y escribió una pequeña nota que decía «me voy no puedo decir adónde Lucía alquilate algo y traé a tu nene usá esta plata para Juan si necesita. Te quiero M». Al principio, cuando comenzó a vender la cocaína de Javier, había pensado en dejarle algo de plata a Rafael para compensar lo del remís y ayudarlo en su plan de viaje a Europa, pero ahora la sola idea le parecía absurda. No tenía por qué ayudar a un... No era un traidor Rafael, tampoco para tanto, pero un cobarde seguro. Ni siquiera le iba a dejar una nota. Estaba imitando a Cristian, le parecía, pero no le molestaba seguir su ejemplo. Después llenó la mochila de ropa. No tenía mucha, y además era casi lo único que quería llevarse aparte del resto de la plata, los cuadernos de Cristian, el cepillo de dientes, el walkman y casettes. Todo lo demás se lo podían quedar, regalarlo, no le importaba. Tenía que cambiarse antes de irse, porque estaba transpirado, con feo olor en el cuerpo, como a cebollas mezcladas con jugo de limón. Ahora sabía adónde ir, tenía un plan. Podía pasar esa noche en un hotel, pero como era menor no estaba seguro de que le fueran a dar una pieza. A lo mejor conseguía una en un hotel bien berreta de Constitución. No creía que en esos lugares preguntaran demasiado. Antes de salir se tiró en la cama a fumar un cigarrillo, el último que iba a fumarse en esa pieza, esperaba. Cuando lo terminó, lo arrojó hacia la moto del Tigre. Ojalá se prenda fuego, pensó, aunque sabía que no tenía nafta. Sacó los cuadernos de Cristian, esta vez pedía que por favor le dijeran algo. Pero leer esa frase era justo lo que no necesitaba: «El optimismo me da náuseas. Es perverso. La posición propia del hombre, desde la Caída, ha sido la de la miseria y el dolor»: JKT.

¿Quién sería «JKT»? Un escritor, seguro. Tenía que averiguar tantas cosas. Probó otra vez: «Un fuego de origen desconocido / Se llevó a mi nena» (Patti S.). ¿Y si incendiaba la casa, como último

acto? Incendio de origen desconocido. No era lo que buscaba. Abrió otra vez. Se estaba atrasando. No importaba. «Lo más seguro en esta vida es lo que nunca se conoce. Bajo los cielos del espacio ellos, los que no tienen brazos, tienen manos limpísimas, y así como el fantasma sin corazón es el único ileso, así el ciego es el que ve mejor.» Qué difícil. Vamos, hermano, algo que sirva.

«Así que plantás tu propio jardín y nutrís tu propia alma, en vez de esperar que alguien te traiga flores» (La señora J. Whitman). ¿Quién sería la señora? Porque quería agradecerle. Cuando guardó los cuadernos en la mochila, cayó un papel sobre la cama, que había estado guardado entre las páginas. Era el volante del show de la banda de Nada, esa misma noche, en el Sombrero Club. Lo dobló y lo apretó fuerte en un puño, y se lo metió en el bolsillo. Sabía la dirección y el horario de memoria, igual. Cuando salió, Lucía y Rafael seguían en la cocina, pero se callaron cuando lo vieron aparecer. «Voy a dar una vuelta... voy a visitar a... a un amigo», les dijo, y ellos, «claro claro». No les llamó la atención el tamaño de la mochila porque él nunca salía sin ella, y no tenía dudas de que Lucía iba a encontrar el sobre antes que Mamá, porque Mamá nunca entraba a su piezagaraje, ni siquiera para gritarle que la ordenara.

Llamó a Marcela desde el locutorio de la avenida, pero atendió la abuela, otra vez. Cortó antes de que terminara de decirle que su amiga no estaba. Ahora que pensaba, ¿quería quedarse en la casa de Marcela? ¿No la comprometería? Javier estaba muerto, así que ya no podía recordarla como a aquella chica que se había cogido una noche, solo porque él tenía cocaína, y Marcela quería tomar. Por ese lado, no había peligro. Pero, más importante, *¿podía* quedarse con ella? Porque la abuela era una verdadera bruja y seguro que ni muerta le permitiría dormir en su casa, ni siquiera por una noche. Marcela tenía un montón de amigos pero tenía miedo de dejar pistas, y que ella fuera una. ¿Si los transaso-los-policías ataban cabos y la encontraban? Parecía imposible, pero nunca se lo iba a perdonar si le pasaba algo a Marcela. Ella lo había salvado. Tenía miedo porque llevaba demasiada plata encima, y se tomó un remís hasta el centro. Ahora no había necesidad de seguir usando el tren o el colectivo.

Nada no tenía el pelo tan parado, pero era por la transpiración. De cerca se notaba que se había teñido las puntas de rojo, y estaba preciosa. Tenía puesta una musculosa roja que estaba húmeda, y no usaba corpiño. Sus tetas eran terriblemente lindas, pensaba Matías.

Se le acercó despacio, y si no hubiera sido porque la necesitaba de verdad, porque ella era su única oportunidad, se habría escapado. Pero ahora era demasiado tarde, porque Nada lo había visto, y le sonreía mientras lo saludaba con la mano. Matías no podía creer cuánto le estaban temblando las rodillas, que nunca habían dejado de dolerle. Ella se acercó y le ofreció su latita de cerveza.

–Hola. ¿Te acordás de mí, Matías? Nos conocimos...

–Claro que me acuerdo. Yo te invité a que vengas a vernos, ¿o no? ¿Te gustó?

–Mucho –dijo Matías, y le estaba diciendo la verdad, pero temblaba tanto que no quería hablar, necesitaba tranquilizarse antes, no quería que Nada se diera cuenta de que estaba tan asustado. Ella le contó algo sobre Gonzalo el Loco; Galo había averiguado que todavía estaba internado, pero a Matías no le importaba nada. No podía calmarse: cómo hacerlo si hacía tres días que no dormía y apenas comía, y de golpe se había dado cuenta de que todo el resto de su vida dependía de esa chica rara que apenas conocía, tan linda que lo ponía nervioso, que parecía muy inteligente y seguro creía que él era un estúpido; ni siquiera era su amiga, no tenía por qué hacerle ningún favor, y menos un favor tan grande como el que iba a pedirle. A lo mejor estaba confundido, y confiaba en Nada porque se había portado bien con ese Gonzalo; pero podía estar equivocado, ¿y si lo habían ayudado por casualidad? Quiso fumar, pero le transpiraban las manos y no podía hacer funcionar el encendedor.

(Tengo que pensar en ese Richey del cuaderno de Cristian, «vomitando / temblando / aun así les doy el asiento a las viejitas» o la otra parte, «trato de caminar en línea recta / una imitación de la dignidad». Pero él no era tan fuerte, no podía, era demasiado difícil.)

Logró encender el cigarrillo, pero fue peor, porque la primera pitada le dio arcadas; no pudo ocultarlas ni hacerlas pasar respirando hondo, y se apoyó en la pared para vomitar. Largó una flema ácida que le quemaba el pecho y la garganta. Cuando terminó,

le latía la cabeza y se dio cuenta de que Nada le había sostenido el pelo en una colita, para que no se lo ensuciara.

–Ey– le dijo ella mientras lo obligaba a sentarse en una especie de banco largo–. ¿Te pegó mal algo, qué tomaste?

–No, yo no tomo drogas, me siento mal, nada más.

Matías trató de respirar. Tenía que hablar con Nada ahora, antes de que se fuera pensando que estaba dado vuelta, o volviera con sus amigos y no le prestara más atención.

–Es que estoy mal porque estoy en tremendo despelote y me fui de mi casa y yo sé que no te conozco pero justo encontré en el bolsillo el volante y no tengo con quién hablar, porque Marcela es mi amiga pero no está, y no tengo más amigos, o bueno sí pero...

Estaba llorando. Mierda. Cuando lloraba no se le entendía lo que decía, se daba cuenta, pero no podía evitarlo. Nada lo agarró fuerte del brazo y se lo llevó a una especie de cuartito al fondo del boliche, lo hizo pasar entre un montón de gente que estaba demasiado borracha como para prestarle atención a él, que no dejaba de llorar; algunos saludaron a Nada, pero ella no paró a hablar con nadie. La música estaba fuerte y lo aturdía. Nunca se había desmayado en su vida, y creyó que esta podía ser la primera vez. Qué buen momento, pensó. El cuartito estaba lleno de botellas de cerveza y cajones, parecía un depósito, y ahí la música no retumbaba tanto. Ella encendió la luz y después le explicó que conocía al dueño y que usaba ese lugar para «estar tranquila cuando hace falta».

–Ahora decime qué te pasa.

Matías trató de explicarle lo mejor que pudo, pero terminó diciendo que estuve pensando en lo que me dijiste la otra vez, cuando charlamos, ¿te acordás?, que tenías miedo de morirte, y yo en ese momento no entendí mucho porque medio que quería morirme, la verdad, pero ahora sí tengo miedo porque me pueden matar, sabés, y no quiero, porque todavía no hice nada, y yo no soy tan de terror me parece, quiero decir soy de terror pero podría no ser así si me voy a otro lado, porque mi casa es muy terrible y mi barrio es horrible, no sabés qué horrible que es, si me quedo ahí nunca voy a poder hacer nada, no sé qué hacer todavía, pero seguro que en mi casa nunca se me va a ocurrir, ¿entendés?, y voy a

terminar mal, bueno, ahora voy a terminar muerto, pero quiero decir, si no estuviera en este quilombo igual voy a terminar mal y a mí me parece que yo podría ser distinto, a veces dudo, pero me parece que podría, vos decías que a veces te levantabas y te ponías a escribir, a pintar, a hacer cosas, tenías que dejar algo antes de morirte, no podías desaparecer y ya, y yo quiero desaparecer, irme a otro lado, para poder dejar algo, no sé qué pero voy a pensar, voy a averiguar, yo sé que puedo ser distinto, no quiero morirme así, ahora que soy patético y todos se van a acordar de mí como alguien patético. Y vos también decías que no hay ninguna necesidad de sufrir y que uno no tiene por qué quedarse en el mismo lugar todo el tiempo. Y mi hermano, sabés, se fue a la mierda y él me dijo más o menos lo mismo y me dejó unos cuadernos con frases que yo no las entiendo mucho, pero esa mañana que estaba en tu casa leí una, decía que no había por qué mirar la pared si se puede hacer otra cosa. Y es verdad, me parece.

Nada lo había escuchado atentamente, pero quiso saber más. Y mientras le contaba, más tranquilo, lo de Javier y la cocaína, incluso lo de los transas-o-polícias, se dio cuenta de lo densa que sonaba la historia. Estaba seguro de que ella le iba a decir, «lo siento mucho», y lo iba a dejar solo, espantada. Pero Nada le preguntó:

–¿Y por qué creés que te puedo ayudar?

–Porque... porque necesito quedarme en algún lado aunque sea un tiempo y pensé que me podías dejar estar unos días en tu casa. Por lo menos hasta que se me ocurra otra cosa. Por favor. Mirá.

Matías sacó un fajo de billetes del bolsillo.

–Con esto puedo pagar el alquiler por un tiempo, si te queda una pieza vacía.

–Tengo lugar en casa, sí. Tendría que hablar con Galo. Va a decir que sí. Pero, Matías, vos sos menor.

–Ya sé, pero yo no tengo la culpa.

Eso la hizo reír.

–Tenés razón. Pero es muy pesado en lo que estás metido. Es siniestro. Me estás hablando de policías y transas de la villa, decís que son socios. Te creo, me parece lógico, pero es demasiado. Tengo que saber más y no me mientas por favor. Me doy cuenta

cuando la gente miente. En serio. Por ejemplo, ¿estos tipos que te buscan saben que me conocés?

–No, y no saben que Javier me dio la merca a mí. Pero pueden averiguar, qué sé yo. La única que sabe que te conozco es Marcela, mi amiga, la chica alta que vende zapatos en la galería. Y los que me buscan tampoco la conocen a ella. Quiero decir, ni yo los conozco. Y Javier está muerto.

–Marcela es de confianza. ¿Les dijiste a tu familia y a tus amigos del barrio que estuviste en mi casa? ¿Saben la dirección?

–No hablo con mi familia, de cosas mías quiero decir, nunca, y no, no le conté nada a mis amigos, aparte no tengo tantos. Marcela nomás.

Nada lo miró en silencio un rato, seguro para descubrir por su expresión una mentira, y Matías se dio cuenta de que le creía, porque le estaba diciendo la verdad.

–¿Y no te siguió nadie hasta acá?

–No. Estoy reparanoico así que miré para todos lados, y no, y hasta me traje el volante para que no quedara en casa ni nada.

Nada suspiró, y se sentó. Hasta ese momento había estado parada, mirándolo de arriba, porque era muy alta. Se le había secado la transpiración, y estaba pensando, con el ceño fruncido. A lo mejor no era tan buena como a él le había parecido, o tenía miedo, o desconfiaba. Y no podía culparla por eso. Pero estaba demasiado ansioso para esperar.

–Mirá, si no podés, decime y ya, así pienso en otra cosa.

–En qué mierda vas a pensar, por favor, no me pongas nerviosa. Te venís a casa esta noche. Y después vemos. Mañana charlamos tranquilos. Yo también me fui una vez, y también me ayudaron y yo también era menor. Soy una hija de puta si te digo que no, Matías.

No hacía tanto calor esa noche, y el viento que le pegaba en la cara lo refrescaba. El taxista tenía todas las ventanillas bajas, y Matías no las subió. Se sorprendió un poco al darse cuenta de que

hacía un montón de tiempo que no andaba en taxi por Capital, desde que era muy chico.

Si el taxista chocaba y se mataban, pensó Matías, si no podía llegar a la casa de Nada esa noche, no iba a ser tan terrible. Porque había logrado irse y, cierto, no era gran cosa, pero era lo primero que lograba hacer solo. Seguro que le había cambiado la cara. Tenía ganas de mirarse en un espejo para comprobarlo. Quiso pedirle al taxista que se desviara y lo llevara a otro lado, a un lugar con música y gente que lo hiciera sentir vivo, diferente. Era tan bueno sentir, por primera vez, que no tenía que volver a casa. Había dejado de ser *su* casa de verdad, porque había hecho las cosas de tal manera que no podía regresar nunca más. Mamá siempre dejaba las luces prendidas, era horrible, era como si lo estuviera esperando, y las lamparitas en su casa nunca daban una luz fuerte, siempre eran amarillentas, y odiaba la luz azul del televisor y el ruido de la llave en la puerta. Ahora tenía otra llave, que le había dado Nada, y tenía plata en el bolsillo para pagarse ese taxi y todos los que quisiera, por lo menos esa noche. Seguía con ganas de vomitar, y el dolor de espalda, pero sabía que se le iban a pasar pronto, o algún día. Sacó de la mochila un cuaderno de Cristian, para ver si lo abría y encontraba algo que fuera justo para ese momento, pero el taxi se movía y estaba demasiado oscuro para leer. Le iba a devolver los cuadernos si alguna vez se lo encontraba en Barcelona o en otro lugar del mundo, y le iba a decir gracias por habérselos dado. O se los iba a mandar por correo, con una carta, si averiguaba su dirección. Y después, a lo mejor, iba a comprarse uno, a lo mejor después quería tener un cuaderno propio.

Edición en formato digital: septiembre de 2025

© Mariana Enriquez, 2004

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 1997
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 9788433948229

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es